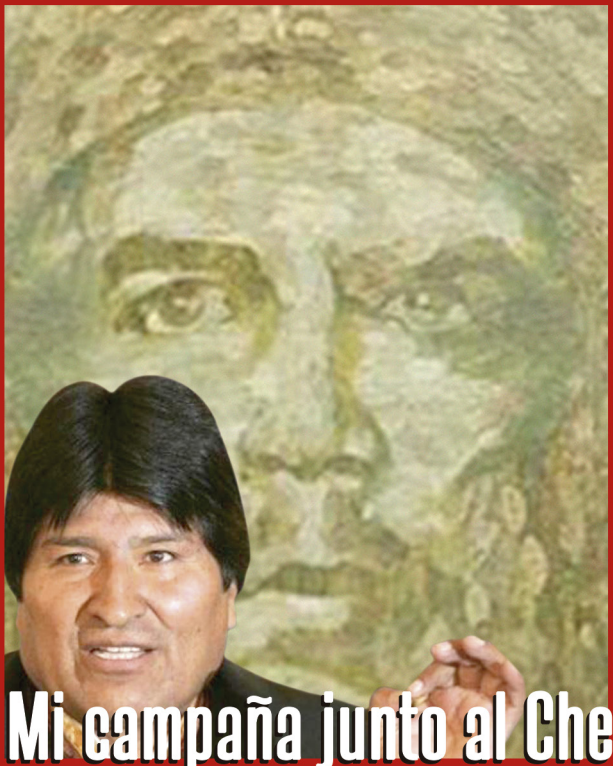


Mi campaña junto al Che

Inti Peredo

Inti y Coco, combatientes

Antonio Peredo

Prohibida su venta

Biblioteca Laboral Nº 8

Ministerio de Trabajo, Empleo y Previsión Social
Foto: Evo Morales en Palacio Quemado. ABI
La Paz - Bolivia
octubre - 2015

Mi campaña junto al Che

Inti Peredo

Inti y Coco, combatientes

Antonio Peredo

ÍNDICE

Prólogo 4

MI CAMPAÑA JUNTO AL CHE 5

El Che en Ñancahuazú 6
Bolivia: país de vanguardia 8
Hacia un nuevo Vietnam 14
La deserción del P. C. 17
El monte: escuela para el Hombre Nuevo 38
El nacimiento del ELN 43
Los primeros combates 59
La búsqueda de Joaquín 80
La emboscada de la Higuera 98
El Yuro 105
La ruptura del cerco 117
El foco: esperanza de liberación 126
Che: hombre del siglo XXI 133

INTI y COCO, COMBATIENTES 145

El camino a la vida 149
Los nacimientos 152
El mundo íntimo 156

Aprendiendo a vivir 161
Definiciones 165
Los retos de las ansias 172
Los ríos verdes 176
El mundo de la acción 180
En marcha 185
Los combates 193
La ronda de la muerte 202
En la quebrada del destino 206
Con ardor renovado 210
Muriendo como vivió 216

Prólogo

El Ministerio de Trabajo, Empleo y Previsión Social pone a consideración de la ciudadanía en general y de los trabajadores en particular el texto "Mi campaña junto al Che", de Inti Peredo, e "Inti y Coco combatientes", de Antonio Peredo, para conocer esta etapa de la historia de Bolivia, en la que el legendario Ernesto Che Guevara instauró una guerrilla en el país.

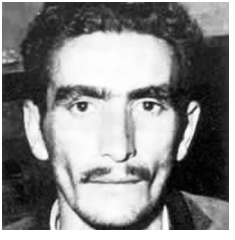
El documento es útil para analizar esta experiencia, que ha sido un aporte a la lucha emprendida por los trabajadores de Bolivia en pos de su liberación económica y política, a lo largo de la historia.

El material será usado en la Escuela de Formación Política Sindical del Ministerio de Trabajo, como texto de consulta y de análisis.

El actual Proceso de Cambio es una transformación política, liderada por los movimientos sociales, pero con base en la democracia, una vía de lucha distinta a la propulsada por Che Guevara. Pero la pelea del combatiente forma parte del proceso libertario de los pueblos. Pero además, su ejemplo de vida enmarcado en el concepto de "nuevo hombre" es valioso para las nuevas generaciones.

Mi campaña junto al Che

Inti Peredo



I
El Che en Ñancahuazú

El Che estaba sentado en un tronco.

Fumaba deleitándose con la fragancia del humo. Tenía la gorra puesta. Cuando nuestro grupo llegó, sus ojos relampaguearon de alegría.

El hombre más buscado por el imperialismo, el guerrillero legendario, estratega y teórico de proyecciones mundiales, bandera de lucha y esperanza, estaba allí, metido tranquilamente en el corazón de uno de los países más oprimidos y explotados del continente.

Era la noche del 27 de noviembre de 1966.

Su viaje a Bolivia había sido uno de los secretos más fascinantes de la historia. Pronto sus enemigos y el mundo entero serían testigos de su "resurrección". Esta imagen se me ocurrió al recordar que los cables de las agencias imperialistas habían extendido su certificado de defunción " victimado por el paredón castrista".

Me golpearon varias reacciones: turbación por el respeto que le tenía (y mantendré siempre), emoción profunda, orgullo de estrecharle la mano, y una satisfacción difícil de describir al saber con absoluta seguridad que en ese momento me convertía en uno de los soldados del ejército que dirigiría el más famoso Comandante Guerrillero.

El Che, o Ramón, como lo presentaban a la tropa, saludó con afecto al grupo. Indicando con la mano me dijo:

-Tú eres Inti.

Me sentí más cohibido.

Algunos compañeros le habían dado antecedentes míos y sabía que yo llegaba en ese grupo. Por mi parte también tenía conocimiento que el Che estaba en el monte, esperándonos. Aun así no logré dominar mis sentimientos.
Nos sentamos en unos troncos.
Al poco rato Pombo me entregó una carabina M-2 (mi primera arma) y el equipo de combatiente. Todo sucedió en forma increíblemente sencilla. Sin embargo, esa noche comenzó mi vida de revolucionario.
La conversación brotó fácil, animada en torno a temas generales. Yo hablé poco, porque aún estaba impactado por este encuentro. Momentos más tarde el grupo brindó por el éxito de la lucha guerrillera y por la confianza que existía en la victoria final.
Avanzada la noche, Tuma, uno de los hombres que se convirtieron con el transcurso del tiempo en uno de los seres más queridos por nosotros, me ayudó a armar la hamaca.
No tuvimos tiempo para dormir.
Cerca de las dos de la mañana los que aún permanecíamos despiertos debutamos con la "góndola", término que se haría popular mundialmente con el desarrollo de la guerra. La "góndola" consistía simplemente en ir desde nuestro campamento hasta la Casa de Calamina a cargar víveres, armas, municiones. Era una tarea dura, pero Tuma con ese carácter alegre que dinamizaba a nuestra columna, bautizó este trabajo con el nombre de "góndola", comparándolo irónicamente con los autobuses destartalados que recorren las ciudades bolivia-

nas y llevan ese nombre.
La noche estaba muy oscura.
En la casa de Calamina el Ché nos dio su primera lección práctica de lo que debía ser un jefe sencillo y capaz: eligió el saco más pesado y lo colocó en su espalda, iniciando el camino de regreso. En el trayecto se tropezó y se cayó porque se veía muy poco. Recogió nuevamente su carga y continuó al campamento.
Nosotros seguimos su ejemplo.
El ejército guerrillero empezaba a desarrollarse.

II
Bolivia: país de vanguardia

El último día que estuve en La Paz fue el 25 de noviembre de 1966. Cerca de la medianoche salimos en un jeep con Joaquín, Braulio y Ricardo. En otro vehículo más adelante iban Urbano, Miguel, Maimura y Coco. Doce horas después estábamos en Cochabamba. Allí me despedí de mi compañera, que estaba viviendo en casa de mi suegro. La conversación fue tranquila, desprovista de dramatismo. Ella ya estaba informada de que partía definitivamente al monte. Antes de salir besé a mis hijos.
Mi decisión de ingresar en el proceso de la lucha armada fue producto de una serie de consideraciones que estaban madurando desde hacía tiempo. Militante del Partido Comunista de Bolivia junto con Coco desde

1951, conocí la estrategia, táctica y mecánica de este partido. También por haber convivido con ellos, sabía perfectamente cuál era la mentalidad de la dirigencia.
Pero también es justo dejar establecido que mientras no hubo perspectivas reales de lucha armada en Bolivia, nosotros participamos y estuvimos plenamente de acuerdo con las decisiones de esa dirección. Ésta es una experiencia qua estimamos puede ser recogida por otros militantes de partidos comunistas en alguna parte del continente que confunden la "incondicionalidad" con la fidelidad a los principios. Para nosotros sólo los principios tienen valor permanente.
La política de la mayoría de los PC latinoamericanos es llegar "al borde de la lucha armada". Es una especie de juego peligroso en el que han adquirido gran maestría, en ese límite se detienen y vuelven a sus posiciones originales para reiniciar la conciliación o sumergirse en la institucionalidad. Cuando han llegado al "borde de la guerra", comercian los principios, se olvidan de sus muertos y adecuan la teoría de su conducta reformista o traidora.
El PCB no era ni es una excepción. Comprometido con muchos meses de anticipación en la lucha guerrillera de nuestro país, había escogido a un grupo de compañeros para este trabajo. Pero la dirección, manteniendo una conducta dual que nosotros captábamos sin esfuerzo, siempre estaba indecisa, a la expectativa.
Nosotros perdimos la confianza en esos dirigentes y, personalmente, no creía que el PC fuera a ingresar a la

guerra como partido, o que prestara toda su colaboración, esforzándose al máximo y con lealtad.

El grupo asignado para el trabajo preparatorio, entre los que se encontraban el Ñato, el Loro, Rodolfo, Coco, etcétera, estaba claro, sin embargo, de cuál era nuestra única e irrenunciable estrategia, y nuestra decisión de luchar hasta el final se mantuvo siempre firme.

Esto es natural y ha sucedido también en otros países. Muchos militantes situados "al borde de la guerra", lejos de retroceder con sus direcciones conciliadoras dan un paso decisivo y se sitúan en la vanguardia. Se alza una nueva fuerza, dinámica, agresiva y valiente: es la guerrilla. Incluso remontándonos a antecedentes históricos, estábamos conscientes de que nos encontrábamos al borde de una oportunidad que podría marcar una nueva etapa en el destino de Bolivia.

Para nosotros la separación del Alto Perú del imperio español fue un proceso de emancipación interrumpido. Las bases sociales no se alteraron. El poder político y económico fue transferido a la aristocracia criolla y a los españoles ricos asentados en el país. El pueblo, principal actor de esa gesta del siglo pasado, no disfrutó ni siquiera de las migajas del poder, aunque a lo largo de casi siglo y medio de lucha ha pugnado por romper sus cadenas.

La oportunidad histórica de obtener la verdadera y definitiva independencia, se presentaba ahora, con el desarrollo de la guerrilla cuyo embrión estaba germinando

en plena selva boliviana.

Por lo demás esta forma de lucha está enraizada en la tradición del pueblo. Durante quince años -desde 1810 a 1825- guerrilleros como Padilla, Moto Méndez, el cura Muñecas, Warnes, Juana Azurduy y otros, combatieron heroicamente contra los colonialistas españoles enarbolando las banderas de emancipación continental de Bolívar y Sucre.

Naturalmente entendíamos y estábamos plenamente conscientes de que las condiciones eran y son completamente diferentes. Los patriotas del siglo pasado enfrentaron a un imperialismo decadente, acosado por otras potencias imperialistas, que surgían con ambiciones de dominación mundial. Ahora nos enfrentamos al imperialismo norteamericano hegemónico, la potencia industrial - militar más poderosa del mundo, que ejerce su dominio con crueldad, sin escrúpulos, brutalizado, rapaz y genocida. Por otra parte también las motivaciones son distintas: ahora luchamos como vanguardia del pueblo por la conquista del poder, para construir el socialismo y formar el hombre nuevo, eliminando al imperialismo y sus lacayos.

Es necesario advertir, además, que en el pueblo latinoamericano se ha desarrollado un gran sentimiento chauvinista, estimulado, fundamentalmente, por el imperialismo. Este nacionalismo deformado se ha empleado como instrumento para dividir a los pueblos y desatar entre ellos guerras fraticidas. Los partidos tradiciona-

les de izquierda, lejos de combatir esta tendencia, la han fomentado e incluso defendido como principio elemental, contribuyendo con la táctica impuesta por el enemigo. Bolivia en esta etapa de lucha guerrillera no fue una excepción.

Este planteamiento nos rondaba por la mente al conocer, cada vez con mayor certeza, que el PCB no se integraría a la guerrilla.

De todas maneras, nosotros estábamos dispuestos a combatir hasta las últimas consecuencias, independientemente de la actitud que asumiera el PC. Cuando supimos que el Ché dirigiría la lucha tuvimos la absoluta seguridad de que el proceso revolucionario sería verdadero, sin claudicaciones. Por eso al ver esa noche de noviembre a Ramón, la emoción del encuentro fue tremenda.

Al día siguiente llamó a Coco, al Loro y a mí, para conversar sobre el carácter de la lucha. Fue la primera conversación política, interesante y profunda como todas las que tuvimos durante la guerra. El primer concepto que fluyó en forma categórica fue el de la continentalidad. El Ché nos explicó con su franqueza habitual que la lucha tendría estas características claras: dura, larga y cruel. Por lo tanto nadie debía acomodar su mentalidad a situaciones "corto-placistas". Enseguida expuso por qué se había escogido a Bolivia como escenario de la guerra. Su elección, afirmó, no es arbitraria, "está ubicada en el corazón del Cono Sur de nuestro continente, limitada con cinco países que tienen una situación político-eco-

nómica cada vez más crítica, y su misma posición geográfica la convierte en una región estratégica para irradiar la lucha revolucionaria a naciones vecinas.

Hay que tener presente que Bolivia no puede liberarse sola, o por lo menos es extremadamente difícil que ello ocurra. Aun derrotando al ejército y derrotando al poder, el triunfo de la revolución no está asegurado, puesto que los gobiernos lacayos dirigidos por el imperialismo o directamente el imperialismo con la colaboración de los gobiernos lacayos tratarán de aplastarnos. Sin embargo si en el desarrollo de la lucha se nos presenta la alternativa de tomar el poder, no vacilaremos en asumir esta responsabilidad histórica. Claro que ello encierra una gran cuota de sacrificio de los revolucionarios bolivianos.

El Che nos explicó luego lo que él entendía por "cuota de sacrificios" de los revolucionarios bolivianos. Nos dijo que había elaborado un documento para la reunión tricontinental de los pueblos que se realizaría en La Habana en julio de 1967. En ese documento, recalcó, expone lo siguiente: "Solamente podremos triunfar sobre ese ejército en la medida que logremos minar su moral. Y ésta se mina infligiéndole derrotas, y ocasionándole sufrimientos repetidos."

"Pero este pequeño esquema de victorias encierra dentro de sí sacrificios inmensos de los pueblos, sacrificios que deben exigirse desde hoy, a la luz del día, y quizás sean menos dolorosos de los que debieran soportar si re-

huyéramos constantemente el combate, para tratar que otros sean los que nos saquen las castañas del fuego."
"Claro que, el último país en liberarse, muy probablemente lo hará sin lucha armada, y los sufrimientos de la guerra tan larga y tan cruel como la que hacen los imperialistas, se le ahorrará a ese pueblo. Pero tal vez sea imposible eludir esa lucha y sus efectos, en una contienda de carácter mundial, y se sufrirá igual o más aun. No podemos predecir el futuro, pero jamás debemos ceder a la tentación claudicante de ser los abanderados de un pueblo que anhela su libertad, pero reniega de la lucha que ésta conlleva, y la espera como UN mendrugo de victoria."
Para el Che la cuota de sacrificios significaba la participación del pueblo boliviano como abanderado de la lucha guerrillera, y de ninguna manera la postergación de la toma del poder.
En otros términos, nosotros nos convertíamos en un pueblo de vanguardia que obtendría la liberación combatiendo y no como un "mendrugo de victoria"

III
Hacia un nuevo Vietnam

El Che fue certero también al definirnos la relación que existe entre la lucha del heroico pueblo de Vietnam contra el imperialismo norteamericano y la guerra de guerrillas en nuestro continente. La guerra de Vietnam,

afirmó, es una parte, pero la más importante, de la lucha mundial contra el imperialismo. La guerra de Vietnam es nuestra propia guerra, ese heroico país ha sido convertido en un laboratorio de experimentación imperialista para aplicar después las desarrolladas técnicas guerreras de destrucción contra el pueblo de todo nuestro continente. Allí se ha visto claramente cómo el imperialismo no solamente viola las fronteras, sino que las borra, reivindicando su "derecho" de perseguir a los patriotas de las FAPLN a través de Camboya o Laos, bombardea las aldeas de esos países y extiende impunemente su brutal genocidio.

Lo mismo pasará en América Latina, explicó el Che. Las fronteras son conceptos artificialmente impuestos por el imperialismo para separar a los pueblos.

Los pueblos que reconocen fronteras están condenados al aislamiento y su liberación será más lenta y dolorosa. El concepto de frontera será roto por la acción. Cuando nuestra guerrilla se desarrolle, los gobiernos vecinos enviarán primero armas, asesores, aprovisionamiento. Tratarán de cercarnos. Luego su lucha será coordinada. Los ejércitos se unirán en acción antiguerrillera. Cuando sean incapaces de vencernos intervendrán los "marines" y el imperialismo desencadenará todo su poder mortífero. Entonces nuestra lucha será idéntica a la que libra el pueblo vietnamita. Los revolucionarios comprenderán, si es que todavía no sienten esa necesidad, que es preciso unirse para enfrentar coordinadamente y

como una sola fuerza, a los opresores.
Muchas de las frases previstas por el Che se cumplieron. Indudablemente las restantes también se habrían puesto en práctica, ya que el imperialismo, en esa época, había concentrado sus estudios de inteligencia y análisis en los escritos de nuestro Comandante y, con mucha agudeza, había captado la dirección de su estrategia. El Ché también estaba consciente de este problema, como lo veremos más adelante.
Por desgracia, sólo las fuerzas "progresistas" o las que se autodenominan "vanguardia" eran extremadamente miopes o cobardes. Por eso eludían, distorsionaban o no entendían el sentido de la lucha.
Durante el desarrollo de la guerra, los norteamericanos enviaron a Bolivia gran cantidad de armamento moderno, de inmenso poder mortífero, que ya había sido experimentado en Vietnam, y "asesores" con larga experiencia en contraguerrillas. Estos últimos estaban encargados de convertir a los soldados en autómatas, con una mentalidad sádica, en seres inhumanos e inescrupulosos, como lo demostraron más tarde.
Por otra parte la CIA instaló su cuartel general en el Palacio Quemado en forma grosera, mostrando a Barrientos como lo que es: una simple figura decorativa; luego ordenó a los gobiernos limítrofes que cerraran sus fronteras a los revolucionarios, e impidieran cualquier tipo de colaboración.
Las huellas digitales del imperialismo aparecían grotes-

cas cuando después de cada batalla capturábamos fusiles SIG (una variación del FAL belga), granadas norteamericanas con inscripciones de la NATO o latas de alimentos enviadas como "fraternal" contribución por los ejércitos de Argentina, Brasil, Paraguay o Perú, transportadas impunemente por territorios de esos países.

IV
La deserción del P. C.

El Che era hombre de una sola palabra y con un sentido de lealtad extraordinariamente desarrollado. Si se examina su Diario en la fecha correspondiente al 27 de noviembre de 1966, aparecen dos problemas que a simple vista no tienen mayor importancia, pero que con el transcurso de los días cobrarían gran relieve. Dice: "Ricardo trajo una noticia incómoda: el Chino está en Bolivia y quiere mandar veinte hombres y verme. Esto trae inconvenientes porque internacionalizaremos la lucha antes de contar con Estanislao".
Luego anota:
"En conversación preliminar con el Inti, éste opina que Estanislao no se alzará, pero parece decidido a cortar amarras".
Estos breves apuntes del Che, consignados sólo para su uso personal, tienen antecedentes más sólidos que los que pude conocer y apreciar, porque me dio una amplia información y luego porque fui testigo de muchos

acontecimientos.
Ramón tenía esperanzas de que el Partido Comunista cumpliera fielmente su compromiso. "Los Partidos Comunistas latinoamericanos" -nos explica al día siguiente de nuestra llegada- tienen una estructura institucional inadecuada para las condiciones de la lucha actual. Tal como están constituidos son incapaces de tomar el poder, y derrotar al imperialismo. Incluso muchos de sus dirigentes, como Jesús Farías, Vittorio Codovilla, etc., se han anquilosado, son arcaicos."
Luego de hacer este análisis hizo resaltar su fe de que en alguna parte de este continente alguno de estos partidos podría asumir una conducta revolucionaria. El Che pensaba que ese papel lo podría jugar el PCB.
"Me da esa impresión, afirmó, porque el Partido es nuevo, sus dirigentes son jóvenes y, especialmente, por el inmenso peso moral de los compromisos que han adquirido, desde hace bastante tiempo, con la revolución continental".
Este planteamiento refleja la pureza moral del Che, su acendrada lealtad y firmeza para respetar los compromisos. Pero el Partido y sus dirigentes, especialmente Monje, cuyo nombre clandestino era Estanislao, no tenían esa escala depurada de valores morales. Acostumbrados a pactar con partidos corrompidos, con dirigentes traidores y oportunistas, con políticos venales que comerciaban sus principios, habían adquirido esas mismas taras. Por eso le dije a Ramón que estaba seguro que el Parti-

do no se alzaría y mucho menos lo haría Monje, a quien ya consideraba un cobarde.

Este juicio no era arbitrario. Monje había recibido entrenamiento militar junto con otros compañeros que más tarde murieron con el Che. En esa oportunidad, por propia iniciativa, propuso un "pacto de sangre" que los ataba, defendiendo la lucha armada hasta la muerte. Esta conducta había impresionado a muchos. Pero tal imagen se borraría pronto. Monje estaba informado de la preparación del foco, y nueve meses antes del primer combate, en julio de 1966, ya estaba en contacto directo en La Paz con Ricardo y Pombo. En esa época se había comprometido a designar a veinte hombres del PCB para que se incorporaran a la lucha armada. Un mes más tarde, cuando los compañeros le preguntaron por esos veinte guerrilleros en potencia, contestó -¿Qué veinte hombres?

Días después Monje amenazó con retirar a los cuatro compañeros bolivianos que trabajaban con los compañeros cubanos en la preparación del foco desde hacía meses. Tal conducta era no sólo la de un hombre vacilante, sino también la de un político extorsionador que quiere sacar el mejor provecho posible a situaciones conflictivas creadas por él mismo.

El 28 de septiembre en una reunión que tuvo con Ricardo y con Pombo en La Paz sugirió que se asignaran tareas a diversos núcleos del Partido para garantizar una "mejor organización" de la lucha.

En esa oportunidad fue desleal incluso con su organización, porque planteó "despistar al Secretariado del PCB" ya que hablan mucho. Incluso informó de que en el Congreso del Partido Comunista del Uruguay, Kolle había dado cuenta de los planes que existían sobre Bolivia, y Arismendi exigía que todos los Secretarios Generales de PC conocieran el problema. Según Monje el Secretario General del PC uruguayo había amenazado con informar personalmente si los bolivianos no se decidían a hacerlo. A principios de octubre Monje se reunió nuevamente con los compañeros anunciando que el CC del PCB "había dado un paso positivo al aceptar unánimemente la línea de la lucha armada como la vía correcta para llegar al poder". Agregó despectivamente: "Muchos apoyan la lucha armada sólo verbalmente porque son físicamente incapaces de participar en ella." Pero días más tarde volvió a crear problemas exigiendo incluso dinero para financiar los sueldos de los funcionarios del partido, cuestión a la que los compañeros accedieron.

En esas condiciones llegamos al monte. Mi desconfianza en la dirección del PCB se había ahondado por otra serie de conversaciones que había sostenido con él. Sin vacilaciones saltaba de un extremo al otro. Sus dudas políticas las justificaba con el amor a la familia. Querer a la familia es un acto natural de un guerrillero porque la lucha, si bien es cierto, es dura, está motivada por un profundo sentimiento de amor. Por eso le dije en alguna oportunidad:

-Creo que amo a mi familia tanto o más que tú. Pero mi mundo no es sólo mi familia: es todo el pueblo. Porque yo no quiero que mis hijos vivan en una sociedad canibalesca, donde el más fuerte devora al más débil, y el más débil es siempre el hijo del pueblo. Debemos mejorar esta sociedad y ella no se mejora si tenemos actitudes escapistas o cobardes. Es necesario combatir.
De allí que en la primera conversación que tuve con el Che le manifesté con franqueza mi desconfianza en la acción del partido y en la conducta de Monje. Incluso le propuse que, dado el cargo que aún ocupaba en el Comité Regional de La Paz, podía reclutar a la mejor gente para ingresarla a nuestro núcleo guerrillero.
El Che me respondió que esta actitud era equivocada pues con el Partido las relaciones debían desarrollarse en un plano de mutua lealtad. En la misma oportunidad recalcó con firmeza: "Estoy siempre dispuesto a entregar toda mi experiencia guerrillera al PCB e incluso darles la dirección política de la guerra."
Por eso en el Diario aparece como una frase en clave la referencia al Chino y a Estanislao, aunque como dos cuestiones separadas. Pero es evidente que tienen relación: el Che no quería que se incorporaran combatientes de otros países sin definir la situación con Estanislao, a pesar de que la conducta de éste no había sido honesta. De todas maneras, Monje conocía con anterioridad cuál iba a ser el alcance de la guerra y estaba de acuerdo. Pero el Che quería reiterárselo personalmente.

Así llegamos a la víspera del Año Nuevo. El 31 de diciembre llegaron a la Casa de Calamina Monje, Coco, Tania y Ricardo, que desde ese día se quedaría definitivamente con nosotros.

Con el Che nos trasladamos al primer campamento.

Monje estaba muy nervioso. En el trayecto de la ciudad a la finca, Coco le había dicho que Ramón estaba dispuesto a darle la dirección política de la guerrilla al partido, pero que no le entregaría la dirección militar, lo que él, Coco, consideraba justo. Luego presionó a Monje para que se decidiera a incorporarse pronto a nuestro núcleo. Monje nos dio la mano muy fríamente. Mientras el Che saludaba a los otros compañeros me preguntó:

-¿Y cómo esta aquí la cosa?. Le repliqué: -Está muy bien, ya lo verá. Además llegas oportunamente porque la guerra hay que empezarla pronto. Decídete a luchar con nosotros.

Monje contestó: -Ya lo veremos, ya lo veremos...

Che y Monje partieron solos y conversaron durante unas horas. Tarde regresaron al campamento base. Cuando llegó vio a nuestra gente, la saludó y empezó a hablar con todos. Luego examinó la disposición del campamento y entonces hizo el siguiente comentario:

-Éste es un verdadero campamento. Cómo se nota que aquí hay dirección efectiva que sabe lo que quiere, aquí tiene experiencia. Luego alabó la defensa que el Che había planificado y la división de nuestra columna en

vanguardia, centro y retaguardia. Dijo otra frase que recuerdo bastante bien:

-Todo esto demuestra una preparación combativa eficaz.

Al poco rato Monje me pidió conversar con los compañeros bolivianos. Inmediatamente consulté con el Che para preguntarle si esto era posible. Che contestó afirmativamente. Se inició entonces una reunión dramática, tensa a veces persuasiva en otros momentos, dura en otros pasajes. Monje relató a rasgos generales su conversación con Ramón, y luego centró el problema a tres puntos fundamentales, que son los que aparecen en el Diario:

1) - Renunciaré a la Dirección del Partido, porque creo que el Partido como tal no entrará en la lucha, pero por lo menos trataré de lograr su neutralidad. También trataré de sacar de la organización algunos cuadros para la lucha.

2) - Le exigí al Che que la dirección político-militar de la lucha debe corresponderme en forma exclusiva a mí por lo menos mientras ésta se desarrolle en Bolivia. Cuando se continentalice podemos hacer una reunión con todos los grupos guerrilleros y en esa oportunidad yo haré entrega del mando al Che, delante de todos.

3) - Le propuse al Che manejar las relaciones con otros partidos comunistas latinoamericanos y tratar de convencerlos para que apoyen a los movimientos de liberación.

Enseguida explicó con más detalles estas cuestiones y agregó con firmeza: -No hemos llegado a ningún acuerdo.

Las palabras de Monje no nos sorprendieron, pero causaron un impacto doloroso, sobre todo en compañeros que aún tenían esperanzas en él y el partido.
Surgieron preguntas exigiendo mayores antecedentes. Monje desarrolló de la siguiente manera sus planteamientos:
-Esta guerrilla debe dirigirla el Partido. Por eso como Primer Secretario debo tener la dirección total en lo militar y en lo político. Yo no puedo quedarme en un lugar secundario porque donde quiera que esté represento al Partido. El mando militar es una cuestión de principios para nosotros, tan de principios que el Che no me lo quiere entregar. Por eso nuestro desacuerdo es absoluto aun cuando en otros aspectos coincidamos o él accede a nuestras peticiones. Sentenciosamente agregó: -Cuando el pueblo sepa que esta guerrilla está dirigida por un extranjero le volverá la espalda, le negará su apoyo. Estoy seguro que fracasará porque no la dirige un boliviano, sino un extranjero. Ustedes morirán muy heroicamente, pero no tienen perspectivas de triunfo. Las palabras de Monje nos indignaron sobre todo cuando calificó al Che de "extranjero", negándole estúpidamente su calidad de revolucionario continental. Pero su desvergüenza llegó a extremos cuando nos propuso desertar.
-Ustedes, dijo, tienen libertad y garantías para abandonar la lucha. Váyanse ahora conmigo. Nosotros sólo tenemos un compromiso: aportar cuatro compañeros para trabajar con el Che en cualquier parte. El resto debe

partir. El que quiera quedarse puede hacerlo. El Partido no tomará ninguna medida represiva. Pero como Primer Secretario les aconsejo que se vayan conmigo.
El solo hecho de que nos pidiera abandonar al Che en el monte era una actitud traicionera. Tal vez pensó que alguno iba a aceptar su miserable proposición. Todos le replicamos con firmeza que no nos íbamos. Que él se quedara, que era un falso orgullo revolucionario negarse a estar bajo las órdenes de otro, sobre todo cuando ese "otro" era nada menos que el Che, el revolucionario más completo y más querido, el hombre junto al cual querían luchar miles de latinoamericanos. Algunos compañeros, el Ñato Méndez entre ellos, le rogaron que se quedara. El Ñato, que quería mucho al Partido, pero que amaba más profundamente a la revolución, le dijo con palabras que denotaban emoción:
-Quédate, Mario. Tu permanencia con nosotros significará levantar el prestigio del PCB y de todos los partidos comunistas latinoamericanos, que han perdido toda autoridad por falta de acción, por su conciliación con el enemigo. Salva tu prestigio de comunista y quédate.
Luego intervino Carlos tres o cuatro veces insistiendo:
-Mario, no te vayas. Tú no debes asumir una posición tan claudicante. Es increíble que el partido se porte en forma tan vacilante. Nosotros estamos seguros que triunfaremos.
"Jamás hemos pensado en un fracaso. Estamos seguros de la victoria. Sin el Partido nos costará un poco más,

pero tenemos al Che. En él tenemos confianza y sabemos que nos llevará a la victoria. Nuestra revolución triunfará porque el pueblo comprenderá tarde o temprano que nuestro jefe no es un "extranjero", como tú dices, sino un revolucionario, el mejor de todos, y la tarea tuya y la del Partido es, precisamente, esclarecer en el pueblo que el Chéees un revolucionario continental y no un extraño.

Otros compañeros le dijimos a Monje que el internacionalismo proletario no debe aprisionarse en un marco tan estrecho. La presencia del Che entre nosotros, le recalcamos, es una verdadera muestra de internacionalismo proletario.

Más adelante nos aseguró que renunciaría a la Dirección del Partido, porque ya nada tenía que hacer dentro de la organización.

-Para mí, afirmó, es evidente que el único camino es la lucha armada, pero no ésta, sino una forma de sublevación general. Como este planteamiento no es posible hacerlo dentro del Partido, mi cargo no tiene mayor validez. Quedaré como un pobre diablo. Por eso es mejor que me vaya.

Le preguntamos: -¿Qué vas a hacer? ¿Te dedicarás a tu profesión de maestro o a otra actividad?

Respondió: -Posiblemente me tengan a su lado como un combatiente más. Yo no tengo otra salida que la revolución. Más tarde conversando con otros compañeros bolivianos les manifestó que él no quería convertirse en

un traidor al Partido (sin embargo ya había traicionado a la revolución). Como broche de oro colocó a la conversación el siguiente final:

-Yo no estoy para convertirme en un Van Troi.

Con ello quería significar que Van Troi, el héroe vietnamita asesinado por los norteamericanos, joven que es ejemplo para todos los revolucionarios del mundo, se había convertido en un "mártir inútil". Basta esa frase para sentir por Monje un profundo desprecio. Pero el tiempo lo mostraría enfangando aun más su conducta y la de su partido. La reunión fue penosa en sí, no tanto por el impacto emocional que había provocado entre los compañeros bolivianos, sino más bien por su actitud y sus conceptos que lo retrataron como cobarde, traidor y chauvinista. Esa noche se hizo un brindis. Yo no estuve, porque a esa hora, cuando en la ciudad estaban anunciando con cohetes y campanas al vuelo el advenimiento del año 1967, me tocaba hacer posta. Los compañeros me contaban que Monje, alzando su copa, afirmó que allí en Ñancahuazú se iniciaba una nueva gesta libertaria y deseó éxito a nuestra guerrilla. El Che respondió que efectivamente se iniciaba una nueva gesta libertaria y que este grito de independencia era similar al que había iniciado Pedro Domínguez Murillo. Tal vez muchos, dijo Ramón, no lleguen a ver el triunfo final. Pero para triunfar hay que dar la primera batalla. Y ese momento ha llegado, agregó.

-Éste es un grupo decidido a combatir, no como solda-

dos suicidas, sino como hombres que saben que obtendrán la victoria. Pero aun suponiendo que en esta etapa no se logre el triunfo definitivo, estamos seguros que este grito de rebeldía llegará al pueblo. A la mañana siguiente Monje se despidió abruptamente. El Che lo invitó a quedarse hasta la tarde, hora en que regresaba el jeep a la ciudad.

-¿Qué vas a hacer solo en el primer campamento? - le preguntó.

-Prefiero estar solo allá, respondió Monje.

Era evidente que estaba nervioso y no se atrevía a quedarse con nosotros porque se sentía incómodo. En la tarde el Che nos reunió a todos y nos explicó la actitud de Monje, sus exigencias, y la forma en que había forzado la ruptura. Dirigiéndose a los combatientes bolivianos anunció:

-Especialmente para ustedes vendrán días difíciles, momentos de angustia moral, conflictos emocionales. Puede ser que en algún momento de la lucha recuerden este episodio, la falta de apoyo del Partido y piensen que a lo mejor el PC tiene razón. "Mediten mucho. Todavía es tiempo. Más tarde será imposible. A los que tengan problemas trataremos de solucionárselos mediante la discusión colectiva o a través de los comentarios". En esa misma oportunidad nos comunicó que contactaría con todas las fuerzas que quisieran incorporarse a la revolución.

Le informé plenamente a Ramón la conversación que Mon-

je había tenido con nosotros y las objeciones que hacía.
-Son las mismas que me hizo a mí, contestó.
Luego me dio a conocer otros detalles que no aparecen consignados en su Diario. El diálogo, tal como me lo contó Ramón, lo recuerdo claramente:
MONJE: Mientras la guerrilla se desarrolle en Bolivia exijo la dirección total. Si la lucha se efectuara en Argentina estoy dispuesto a ir contigo aunque nomás fuera para cargarte la mochila. Pero mientras estemos aquí en Bolivia el mando absoluto lo debo tener yo.
Ché: Esto es un criterio estrecho y absurdo respecto al internacionalismo proletario. El tipo de lucha que estamos planteando sobrepasa los marcos nacionales. Aun cuando estuviera dentro de ese esquema ¿crees tú que es una posición marxista exigir el mando como un derecho de nacionalidad? Tú estás equivocado. Eso no es internacionalismo proletario. Te voy a poner el siguiente ejemplo: si Fidel fuera a Argentina a iniciar la guerra, yo me pondría de nuevo incondicionalmente a las órdenes de Fidel, por la posición histórica que él tiene, y porque tú bien sabes que lo considero mi maestro. Por ese mismo cariño y respeto que yo tengo a Fidel aceptaría gustoso su mando. ¿O crees que haría cuestión de nacionalidad? Esa misma relación existe entre tú y yo. Las circunstancias históricas me han situado en determinado lugar. Tengo una experiencia militar que tú no tienes. Tú no has participado en ninguna. Ahora te pregunto: ¿tendrías la misma posición si en este

momento no estuviera yo contigo aquí en Ñancahuazú sino Malinovski?
MONJE: Ni aun cuando viniera Lenin. Mi conducta sería la misma. Irónicamente el Che replicó.
Che: Si estuviera Malinovski aquí estarías hablando en otros términos.
En otro momento de la conversación Ramón le dijo con firmeza:
Che: yo ya estoy aquí, y de aquí sólo me sacan muerto;
Cada vez que se le terminaban los armamentos, Monje volvía al círculo vicioso del mando total y a la categoría de "extranjero" de Ramón y enredando sus propias contradicciones e inseguridades que se aprecian claramente en sus diálogos. Más adelante la conversación continuó así:
Che: Bien, el problema es de mando efectivo. Imagínate que tú seas el jefe de la guerrilla. Pero ¿qué pasará cuando se sepa que aquí están Che Guevara y Mario Monje? Nadie va a creer que Mario Monje está dirigiendo la guerrilla y que Che Guevara está a las órdenes de Monje. Independientemente de que eso fuera así, todo el mundo sabe que yo tengo más capacidad que tú para dirigir esta columna. La falsa modestia no nos conduce a nada. Tú puedes aparecer como jefe, firmar todos los comunicados en nombre de nosotros, pero la dirección real y efectiva la tengo yo.
MONJE: La dirección tiene que ser real y desde el principio debe estar en mis manos. Por mi falta de ex-

periencia te pediré consejo y asesoramiento hasta que yo adquiera capacidad de dirección y pueda hacerme cargo solo de la guerrilla. Tú puedes ser mi asesor más importante.

Che: Aquí no soy asesor de nadie. No soy partidario de eludir las responsabilidades y un asesoramiento significa eso: eludir responsabilidades. Nunca me consideré asesor.

MONJE: Pero es ridículo que yo aparente ser jefe. Tú sabes que la CIA puede infiltrar esta guerrilla y el agente de la CIA se dará cuenta inmediatamente de que yo no soy el jefe efectivo. Esa noticia saldrá afuera y todo el mundo pensará que soy un "monigote".

Che: Sí de eso se trata estoy dispuesto a levantarme todas las mañanas, cuadrarme delante de ti en presencia de la tropa y pedirte las instrucciones para dejar satisfecho al agente de la CIA.

A pesar de la actitud a veces agresiva de Monje, Che mantuvo siempre gran serenidad. Cuando Monje le planteó que renunciaría al Partido, le contestó que ése sería un problema personal, pero que lo consideraba un error, porque protegía el nombre de quienes debían ser condenados históricamente por su posición claudicante. También aceptó que Monje solicitara ayuda a otros partidos comunistas latinoamericanos para la lucha guerrillera aunque le advirtió que era una gestión inútil, condenada al fracaso; le dijo:

-Pedirle a esos partidos que colaboren con la lucha ar-

mada es exigirles que renuncien a su razón de existir; solicitarle a Codovilla que apoye a Douglas Bravo es igual que exigirle que perdone un alzamiento dentro de su partido.

Otro aspecto conflictivo tratado en esa oportunidad fue la contactación con el grupo de Moisés Guevara. Monje se oponía tenazmente pero sólo daba razones de tipo partidario sin consistencia. Calificaba a Moisés como un "pro-chino". Eso bastaba para estigmatizarlo. Ché le planteó a Monje:

-¿Por qué tienes esa posición tan sectaria? Nuestra guerrilla debe abrirles las puertas a todos los que quieran participar. Tenemos una concepción de la toma del poder revolucionario y si hay gente honesta que coincide con nosotros no debemos rechazarla. Es absurdo asustarnos porque el poder para el pueblo lo tome, en determinado momento, un grupo que se llame tal o cual cosa. Del seno de la lucha armada surgirán los nuevos dirigentes y no es justo tener prejuicios al respecto, pues la dirección la asumirán siempre los más consecuentes.

"La convivencia diaria, las batallas que se dan juntos, el permanente jugarse la vida, va desarrollando una hermandad de sangre, mejora a los hombres, los convierte en seres más honestos, más puros. Así como hay gente buena y mala dentro de lo que tú llamas "pro-chinos", también hay gente buena y mala dentro del PC.

El tiempo daría la razón al Che y reivindicaría a Moisés Guevara. En cambio condenaría como traidores y

cobardes a Monje y los otros dirigentes claudicantes. Moisés Guevara era un hombre honesto. Dirigente minero combativo, querido por sus bases, amaba la revolución. Se incorporó al Partido Comunista Pro-Chino convencido de que Zamora y su dirección sinceramente se incorporarían a la lucha armada, con un contingente proletario numeroso. Pronto se dio cuenta de que Zamora era tan oportunista y falso como otros autodenominados "vanguardistas". Sin embargo dentro del Partido peleó por el cumplimiento de las promesas que se hacían al pueblo: iniciar la lucha armada. En una conferencia partidaria realizada en Huanani, precisamente la zona donde Moisés tenía mayor ascendiente, el PC pro-chino lo expulsó, acusándolo de estar en "contubernio con la camarilla de Monje" para ingresar a la guerrilla.

Aunque la incorporación de Guevara y otros compañeros de ese grupo se produce mientras nosotros realizábamos la marcha de exploración con el Che, es necesario examinar este problema en el presente capítulo.

La gente que trabajaba con nosotros en la ciudad había contactado a Moisés a mediados de 1966. Él se había comprometido a entrar al monte con veinte hombres. Después del regreso de Monje desde Ñancahuazú, Ramón decide hablar directamente con Guevara, y exigirle que su incorporación debe ser incondicional, incluyendo la disolución de su grupo. Existía un leve temor de que en algún instante pudieran producirse roces en-

tre estos compañeros y los que ya estábamos dentro, por las discrepancias chino-soviéticas.

Moisés llegó a nuestro campamento y conversó con el Che. Con una modestia y sinceridad extraordinarias, planteó: "Yo no vengo aquí a poner condiciones, sino a solicitar mi ingreso como un soldado más. Para mí es un honor combatir al lado del Che, el revolucionario que más admiro."

La conducta de Moisés fue magnífica. Nunca hubo problemas con él, y ese temor de que afloraran discrepancias políticas se disipó inmediatamente. Se produjo lo que el Che había previsto: la lucha hermana a los hombres, desarrolla los sentimientos solidarios y fortalece la ideología. Murió meses más tarde, combatiendo heroicamente junto al grupo de Joaquín.

Distinto fue el destino de Zamora. El hombre que aparecía como ultrarrevolucionario condenó a los que ingresaban a la guerrilla. El Che también tenía un juicio formado sobre Zamora. En La Habana, cuando aún desempeñaba su cargo de Ministro de Industrias, había conversado durante un tiempo con él. Zamora, militante del PC, le contó al Ché que volvería a La Paz a dividir el Partido y que formaría otro porque el PCB era incapaz de hacer la revolución.

Ramón le manifestó: "La división del Partido para formar otro no tiene objeto, es inútil, no contribuye en nada al desarrollo de la lucha armada. Muchas veces esos grupos son los más sectarios o los más obcecados ene-

migos de la guerrilla o de cualquier otro tipo de lucha que no se ajuste exactamente el pensamiento de Mao.

"Yo estoy de acuerdo que un grupo se separe del Partido si evidentemente va a ingresar a la lucha armada porque el Partido mantiene una posición claudicante. Pero la división porque sí se llama simplemente politiquería.

Zamora obtuvo el ofrecimiento de valiosa ayuda para desarrollar la lucha armada. Incluso si empezaba los trabajos se le asignaría, como un colaborador importante, un hombre que más tarde continuaría jugando un gran papel en el trabajo de preparación del foco guerrillero: Ricardo. Che pensaba que las condiciones objetivas y subjetivas más ricas para iniciar la lucha de liberación en el cono sur del continente estaban en Bolivia. Allí iba a partir a mediados de 1965, luego de finalizar su gira por Asia y África.

Pero a pesar de tener gente de experiencia a su lado Zamora se preocupó más de dividir al PCB y a desatar rencillas de tipo personal, que en dedicarse honestamente a la preparación de un trabajo tan importante y delicado. Desaprovechó esta oportunidad histórica, postergó la apertura del foco y esterilizó la acción. Más tarde tuvo la osadía de condenar a los militantes de su fracción que, convirtiendo en realidad los planteamientos que formulaban, se incorporaron con nosotros a la guerrilla.

La vergonzosa deserción del Partido Comunista nos provocó graves problemas. En la ciudad nos quedamos prácticamente sin organización. El trabajo de Coco,

Loyola, Rodolfo y Tania era insuficiente para atender nuestras necesidades, cada vez más crecientes.
Estábamos en los umbrales de la guerra y era necesario armar una red clandestina que funcionara en La Paz, se ramificara a otras ciudades y pueblos hasta desembocar en nuestro centro militar. Éstas eran las tareas asignadas al PCB. Todavía teníamos que trasladar hasta el monte gran cantidad de provisiones, armas y hombres que se integrarían a nuestra columna. El trabajo de Coco y Rodolfo fue abrumador. Una serie de acontecimientos que ocurren más tarde, aparecen como "errores tácticos". La verdad es que no los hubo. Si tal situación se produjo fue por efecto de la traición de Monje, que agravó su cobardía saboteando la labor de los compañeros que no acataron sus órdenes y se integraron lealmente a la lucha guerrillera. Un ejemplo: La finca donde estaba la Casa de Calamina debía protegerse con una buena "fachada legal". Che era partidario de que allí se llevara un ingeniero agrónomo para que hiciera producir, ya que era sospechoso que tan extensa propiedad sólo estuviera cultivada por cinco hectáreas de maíz. En cada viaje que venían compañeros de la ciudad, Ramón insistía en el ingeniero agrónomo. La finca no era para nosotros una zona de operaciones. Pero los compañeros no pudieron conseguir el agrónomo -problema que tenía que solucionar el Partido- -, porque se dedicaron a atender las necesidades más urgentes de la guerra.
El Che decía: -Si la finca se "quema", que no sea por

culpa de nosotros. Que la descubra el ejército, pero nosotros no se la entregaremos porque sí.

Por las razones explicadas, nunca se pudo dar a esa propiedad una fachada legal.

Por otra parte, cuando Coco regresa a la ciudad, después de dejar a Monje nos informa de los primeros aprestos del Partido contra la guerrilla. El famoso Estanislao, hombre que en entrenamiento militar había hecho un "pacto de sangre" jurando no abandonar jamás la lucha armada, alertaba al Comité Central diciendo que en Ñancahuazú había un grupo armado que iniciaría la lucha guerrillera, formado por muchos extranjeros y un núcleo de bolivianos.

Algunos miembros del Comité Central decidieron apoyar activamente nuestra lucha, pero entonces Monje, esgrimiendo sus mejores recursos de politiquero corrompido, tocó las fibras sectarias de los dirigentes del PCB y nos acusó de ser "pro-chinos", fraccionalistas y enemigos del Partido que se han aliado con la "camarilla de Zamora". Zamora por su parte condenó a los guerrilleros por "fraccionalistas", revisionistas, enemigos del Partido que se alían con la "camarilla de Monje".

¡Los enemigos irreconciliables unidos por su odio a la lucha armada de liberación de Bolivia!

Pero la traición no tuvo límites. Monje y el PCB se movilizaron por todo el país alertando a las bases contra el "grupo fraccional", impidiendo con engaños que algunos militantes honrados se incorporasen al trabajo

en la ciudad e interceptaban a los hombres que regresaban al país con entrenamiento militar y los convencieron de que no ingresasen a la guerrilla. La conducta de los que estaban preparados para luchar y no lo hicieron por presión del Partido no debe calificarse de debilidad ideológica, realmente fue cobardía.

V
El monte: escuela para el Hombre Nuevo

Los problemas provocados por la deserción del Partido en el instante que más precisábamos de él no fue obstáculo para que nuestro grupo guerrillero elevara su moral y realizara trabajos preparatorios que tenían carácter educativo.

El Che estimaba que el hombre, cuando está metido en el monte, proscribe los hábitos de la ciudad, no sólo por la dureza con que se desarrolla la lucha y falta de contacto con algunas formas culturales o de "civilización". La vestimenta andrajosa, la falta de higiene personal, la comida escasa y a veces primitiva, muchas veces la carencia de utensilios domésticos, obliga al guerrillero a adoptar ciertas actitudes semi-salvajes.

Che combatía con energía esta conducta y orientaba el trabajo para estimular un espíritu constructivo y creador del guerrillero, la preocupación por la ropa, las mochilas, los libros y todo lo que constituía nuestros "bienes materiales". Por eso dirigió con cariño las

"obras públicas" del segundo campamento, ubicado a unos ocho kilómetros de la Casa de Calamina. Rápidamente se construyeron bancos, un horno para el pan, que estaba a cargo de Apolinar, y otro tipo de "comodidades". Regularmente ordenaba lo que él bautizó como "guardia vieja": una limpieza a fondo de todo el campamento. Algunos periodistas y críticos de nuestra guerra han considerado que ese campamento era la base de operaciones estables. Es una apreciación falsa. Ramón nunca pensó quedarse ahí definitivamente. Todo el trabajo realizado, con excepción de las cuevas estratégicas, tuvo el carácter ya descrito: para que el hombre estuviera en permanente actividad y no perdiera sus costumbres adquiridas.

Allí surgió también lo que podría denominarse la primera "escuela de cuadros". Todos los días de 4 a 6 de la tarde los compañeros más instruidos, encabezados por el Che, daban clases de gramática y aritmética, en tres niveles, historia y geografía de Bolivia y temas de cultura general, además de clases de lengua quechua. En la noche, a los que deseaban asistir voluntariamente (las clases de la tarde eran obligatorias). Che les enseñaba francés. Otro tema al que le daba primerísima importancia era el estudio de la Economía Política.

Frecuentemente nos señalaba el papel de "vanguardia de la vanguardia" que tiene el guerrillero. Pero para hacer honor a esa denominación, afirmaba, es necesario que ustedes se conviertan en cuadros dirigentes.

-El guerrillero, recalcaba Ramón, no es un simple tira-tiros.
Es el gobernante en potencia, el hombre que en algún momento se convertirá en el conductor de su pueblo. Por eso debe estar preparado para cuando llegue ese momento. Siempre buscaba la oportunidad para ponernos de ejemplo a Fidel y la Revolución Cubana, especialmente cuando se refería a la necesidad urgente de consolidar y desarrollar la revolución después de la victoria.
-Cuando nosotros triunfamos y tomamos el poder en Cuba, nos decía, nos encontramos con un problema más difícil que el de la guerra: no teníamos gente capacitada para asumir responsabilidades. En un principio los cargos burocráticos se designaron prácticamente "a dedo". La rápida ruptura con el imperialismo nos mostró la dramática realidad: nos faltaban expertos para dirigir la economía, las industrias, la agricultura. Especialmente doloroso resultó comprender que no teníamos gente preparada en niveles intermedios, para orientar y dirigir a la masa que en contacto con la revolución había adquirido una sensibilidad extraordinaria y estaba ansiosa de aprender. Nos faltaban cuadros, es decir, hombres con un adecuado desarrollo político para interpretar las directivas que emanaban del poder central, convertirlas en realidad, trasmitiéndolas sin distorsiones a ese conglomerado de hombres y mujeres que tenían fe en nosotros, y a la vez poseer la suficiente sensibilidad como para percibir las manifestaciones

más íntimas de ese núcleo humano y, a su vez, darlas a conocer al poder central.

Para el Che, el cuadro debía reunir, entre otras, las siguientes cualidades:

-Gran valor físico y moral, desarrollo ideológico que le permita defender con su vida los principios revolucionarios, capacidad de análisis para tomar decisiones rápidas y adecuadas, sentido de la creación, disciplina y fidelidad.

El Che quería que nosotros nos desarrolláramos no tan sólo como cuadros, sino también como hombres nuevos dentro del proceso de la lucha guerrillera. Constantemente nos repetía que teníamos que ser los mejores, el núcleo que debía convertirse en maestro de los nuevos combatientes que se fueran incorporando.

Pero esa formación del '"hombre del futuro", la toma definitiva de conciencia de clase que nos debía convertir en agente catalizador de las aspiraciones e inquietudes de la masa, teníamos que adquirirla en el transcurso de la guerra.

El Che consideraba que el hombre es un ser fácilmente moldeable. Esta verdad la había descubierto la sociedad capitalista, por eso nos había educado en el respeto hacia el sistema. En las frecuentes conversaciones que teníamos durante las caminatas o en las exploraciones, nos instaba a eliminar las taras de la vieja sociedad decadente, "tomar conciencia". La conciencia era para él un valor fundamental. Su definición era breve y certera:

-No puede verse el comunismo meramente como un resultado de contradicciones de clase en una sociedad de alto desarrollo, que fueran a resolverse en una etapa de transición para alcanzar la cumbre; el hombre es un actor consciente de la historia. Sin esta conciencia, que engloba la de su ser social, no puede haber comunismo. La toma de conciencia que significa romper las cadenas que atan al hombre con la sociedad decadente, equivale a su realización plena como criatura humana.

Otro de los rasgos que estimulaba era el amor hacia sus semejantes.

A mi juicio uno de los trabajos que retrata mejor al Che como hombre, como político revolucionario, como el hermano más generoso de los pueblos oprimidos, es "El Socialismo y el Hombre en Cuba" en el que plantea:

"Déjeme decirle, a riesgo de parecer ridículo, que el revolucionario verdadero está guiado por grandes sentimientos de amor. Es imposible pensar en un revolucionario auténtico sin esa cualidad. Quizás sea uno de los grandes dramas del dirigente; éste debe reunir a un espíritu apasionado una mente fría y tomar decisiones dolorosas sin que se le contraiga un músculo. Nuestros revolucionarios de vanguardia tienen que idealizar ese amor a los pueblos, a las causas más sagradas y hacerlo único, indivisible. No pueden descender con su pequeña dosis de cariño cotidiano hacia los lugares donde el hombre común lo ejercita."

Che fue generoso siempre. Fuimos testigos de cómo

trató sin rencor a los soldados enemigos, curó sus heridas aun restando medicamentos a nuestra propia gente, les dio trato digno y justo. Más tarde ellos, animalizados por el imperialismo, responderían a este gesto asesinándolo cobardemente.
Las lecciones del Che están vigentes y creemos que se plasmarán en los hombres del E.L.N., el ejército que él fundó.

VI
El nacimiento del ELN

En vísperas de la caminata que se inició el 1º de febrero, cuya duración estaba programada para aproximadamente 20 días, ya se podía hablar de un núcleo guerrillero vertebrado, que se dividía en vanguardia, centro y retaguardia. A mediados de diciembre Che había hecho los primeros nombramientos, que recayeron en Joaquín como segundo jefe militar, y jefe de la retaguardia, Marcos jefe de la vanguardia, Alejandro como jefe de operaciones; Pombo de servicios; Ñato de abastecimientos y armamento y Rolando y yo como comisarios políticos. Además se me encargaron las tareas de finanzas. Moro fue designado jefe de los servicios médicos. De esta manera, al iniciar nuestra larga exploración, la columna ya estaba estructurada, para rendir su primera prueba de fuego. Los objetivos que el Che había planteado para esta maniobra militar eran los siguientes.

-Dar un fuerte entrenamiento al núcleo guerrillero para que adquiriera experiencia, se endureciera, aprendiera a sobrevivir en las condiciones más difíciles, conociendo lo que es el hambre, la sed, la falta de sueño, las caminatas agotadoras de día y de noche, y al mismo tiempo aprender en el terreno nociones tácticas más profundas.
-Examinar las posibilidades de formación de núcleos campesinos, contactándonos con ellos para explicarles el objetivo de nuestra lucha. Ramón estaba plenamente consciente de que en el primer momento el campesinado tiene más bien una actitud de desconfianza, que en la segunda etapa mantiene una posición de neutralidad, y en la tercera, cuando la guerrilla se desarrolla, está francamente de parte de las fuerzas liberadoras. Por lo tanto debíamos pasar por la experiencia de la primera etapa y tratar de formar bases de apoyo en el campo, aun cuando fueran débiles. Estamos seguros que, de sobrepasar ese período, los campesinos habrían estado de parte nuestra, como indudablemente ocurrirá en el futuro.
-Por último, conocer en detalle el terreno en el cual íbamos a operar. Desde el momento en que el Che ingresó al monte con otros dos compañeros las perspectivas de combatir eran inmediatas. En ningún instante se planteó la disyuntiva de que nos fueran a apresar mansamente, sin oponer resistencia.
Por eso destinó cuatro compañeros para la defensa del campamento principal, a pesar de que éste no tenía

características de "base de operaciones". Ellos fueron Arturo, Ñato, Camba y Antonio. Coco se quedó en la casa de Calamina, esperando a Moisés Guevara y sus hombres. Previniendo la posibilidad de una sorpresa dejó un plan de emergencia, una forma de alarma para advertir si había ocurrido algún ataque, instrucciones para la retirada, un esquema del recorrido que nosotros haríamos, y por último, recomendó que cada uno de los hombres llevara siempre dinero de reserva consigo. Desde el principio la exploración fue durísima, un adelanto de lo que vendría más tarde. En los primeros días muchos compañeros quedaron prácticamente sin zapatos y la ropa se fue destrozando lentamente. La zona estaba prácticamente deshabitada, a pesar de que en los mapas oficiales estaban marcadas varias casas. El día 10 de febrero establecimos contacto con el primer campesino. Resultó ser Honorato Rojas, un hombre al que Ramón calificó inmediatamente de "potencialmente peligroso". Más tarde Honorato Rojas se convertiría en un delator y principal colaborador del ejército en la emboscada en la que perdieron la vida Joaquín y el grupo de la retaguardia. Yo me presenté a Rojas como "cazador" y el Che asistió en carácter de "ayudante" mío. Moro, nuestro médico, curó a los hijos del campesino que tenían gusanos en distintas partes del cuerpo. Incluso uno de ellos tenía varios hematomas, producto de una patada que le había dado una yegua. Después de pedirle datos sobre casas por la cercanía, ubicación de

otros campesinos, posibilidades de comprar alimentos, etc., nos despedimos, comprometiéndose él a colaborar con nosotros. La idea del Che era llegar hasta el río Masicurí, para que viéramos a los soldados, decisión sicológica importante, aunque no deberíamos entablar combate con ellos en esos momentos.

Casi al terminar el mes ocurren dos hechos dolorosos: el primero de carácter conflictivo y el segundo, la pérdida de uno de nuestros hombres antes de combatir. Dos compañeros, Marcos y Pacho, tuvieron un incidente de proporciones, motivado no solamente por el carácter de ambos, sino también por las condiciones en que íbamos marchando, con alguna gente enferma, sin comida, en condiciones que durante algunos días fueron infernales. Me tocó conocer el problema, pues en mi carácter de comisario político junto con Rolando debía intervenir en la solución de ellos. Un mes más tarde el Che conocería de otras actitudes de Marcos y lo amenazó con expulsarlo deshonestamente de la guerrilla. Marcos contestó que antes prefería morir fusilado. Por desgracia el Diario del Che es sólo la recopilación de apuntes para su uso personal donde consignaba fundamentalmente los errores que debían corregirse. Por eso no colocó algunos hechos que demuestran la firmeza ideológica y el coraje de los compañeros.

Después de estos incidentes en que Marcos fue sustituido de la vanguardia, mantuvo una conducta de absoluta disciplina, y se empeñó por ser el mejor de todos. Inclu-

so se destacaba por cargar, en condiciones cada vez más difíciles, la mochila más pesada, y además de su fusil Garand, una ametralladora 30. Marcos y Pacho murieron combatiendo heroicamente, convirtiéndose en hombres ejemplares y queridos. El otro hecho penoso fue la muerte de Benjamín, un joven boliviano de físico muy débil; sin embargo tenía un carácter fuerte, una posición ideológica muy desarrollada, y una decisión inquebrantable de defender con su vida nuestros ideales. Che quería mucho a Benjamín, y en los meses que permaneció con nosotros, siempre lo estimuló a seguir adelante. En el Río Grande Benjamín caminaba muy agotado y tenía dificultades con su mochila. Cuando marchábamos por una faralla hizo un movimiento brusco y cayó al río que iba muy crecido, y con fuerte corriente. No tuvo fuerzas para dar unas cuantas brazadas. Corrimos a salvarlo e incluso Rolando se tiró al agua y buceó tratando de rescatarlo. No lo pudimos ubicar. Estos problemas hicieron impacto en nosotros. Fue allí cuando afloró nuevamente el genio del Che quien nos dio lecciones de solidaridad, disciplina y moral.

En los momentos más angustiosos nos decía:

-Las principales armas de un ejército revolucionario son su moral y disciplina. La moral tiene dos sentidos: uno ético y otro heroico. En nuestros guerrilleros deben reunirse las dos condiciones. Ustedes, por ejemplo, no pueden saquear una población si ésta cae en poder de nosotros, ni maltratar a sus habitantes, ni faltarles

el respeto a las mujeres. Esto en lo ético. En el sentido heroico es la decisión que debe tener cada uno de ustedes para vencer, para combatir hasta la muerte en defensa de la revolución. Ésa es la fuerza que nos llevará a realizar las más extraordinarias hazañas. A estas dos condiciones hay que agregar la disciplina, que no es la tradicional, la que ustedes han podido apreciar en los ejércitos represivos. Disciplina para nosotros no es cuadrarse ante un superior jerárquico. Ésta es una actitud extrema, formal, automática. Nuestra disciplina es consciente, motorizada por una ideología. Ustedes saben por qué luchan, por qué aspiran a tomar el poder. Los soldados de los ejércitos represivos son entes fríos, mecánicos, vacíos por dentro. Ésa es la diferencia entre ellos y nosotros. Y esa diferencia radica en que ellos no tienen conciencia de lucha. Nosotros sí la tenemos.
También estimulaba el desarrollo de la solidaridad entre nosotros. En una oportunidad nos dijo:
-Es nuestro deber rescatar a los guerrilleros muertos y darles sepultura. Pero si por esa acción se va a perder otra vida, nadie debe correr ese riesgo. Con nuestros heridos la sensibilidad debe ser mayor. Debemos jugamos por rescatarlos. El esfuerzo por salvarlos debe ser real. La solidaridad entre los combatientes es una muestra acabada de humanismo.
Estas conversaciones se realizaban cada vez que hacíamos un alto en la marcha o cuando nos reuníamos en tomo a una fogata a comer una alimentación pobre de proteínas.

Durante la exploración el Che se enfermó. Sin embargo nos estimulaba con su ejemplo. Nosotros sabíamos que iba mal, pero él continuaba sin ceder un instante, con una voluntad férrea. Incluso se enojaba cuando tratábamos de atenderlo o aliviarlo o si el cocinero trataba de darle preferencia en la comida, o si veía que se le cambiaban las postas por horarios más cómodos.

Hombre sensible, la muerte de Benjamín también lo golpeó. Por eso habló nuevamente de la necesidad de recibir estos hechos con estoicismo como un riesgo de la guerra.

-No deben desmoralizarse recalcó. Hay ocasiones en que parece que las energías hubieran llegado al límite de nuestras fuerzas. Es entonces cuando ustedes deben apelar con energía a su voluntad y dar un paso más. Después de eso otro y otro, sin detenerse nunca.

Una anécdota de la que fui testigo muestra otra de las ricas facetas de su personalidad. Por desgracia ella tampoco aparece reflejada en su Diario. El 5 de febrero la vanguardia encontró dos animales: una yegua y un potrillo. Como no había casas a muchos kilómetros de distancia, entendíamos que esos animales no tenían dueño. Seguramente algún arriero pasó por aquí con su tropilla y los animales se extraviaron, quedándose en el monte. El hambre que pasamos en el período subsiguiente fue tan grande que muchos hicimos comentarios de que regresando, los mataríamos para comerlos. Ese comentario se convirtió luego en una actitud mental, una especie de obsesión que nos intranquilizaba.

Che había dicho que esos animales los llevaríamos a la finca para emplearlos en labores agrícolas, ya que veía los acontecimientos con perspectivas futuras. Faltando tres días para volver al campamento, hinchados por la carencia de proteínas, de grasas, hambrientos, cansados, el problema de los animales recrudeció. Hubo un instante en que el Che amenazó a dos compañeros con dejarlos sin comer si volvían a insistir en el tema, sobre todo porque ya estábamos cerca de nuestro destino. Él deseaba que nos forjáramos un carácter tal que nos permitiera vencer todos los obstáculos, especialmente éste que podría presentarse más adelante.

Algunos compañeros salieron a cazar pero sólo mataron unos pocos pajaritos. En estas circunstancias Che cambió de actitud y ordenó matar al potrillo para que toda nuestra gente repusiera sus energías. ¿Qué significa esto? Simplemente que el Che era un hombre de buen criterio, que sabía analizar con serenidad todas las circunstancias y resolver con justicia los problemas. No era un hombre obcecado que defendiera porque sí las decisiones. Sabía cambiarlas si a su vez las circunstancias se modificaban. La pérdida de otro hombre -Carlos-, volvió a entristecemos. Era un combatiente que pertenecía a la retaguardia. De él dice el Che en su Diario:

"Hasta este momento era considerado el mejor hombre de los bolivianos, en la retaguardia, por su serenidad, seriedad y entusiasmo."

Su muerte fue similar a la de Benjamín. Cruzando el Río Grande en la desembocadura del Ñancahuazú, la balsa fue arrastrada por la fuerte corriente. Un remolino lo sacó con violencia, junto a Braulio, y se perdieron en las aguas turbias del río. Braulio se salvó, Carlos fue arrastrado, al parecer inconsciente. Joaquín, que había salido más adelante con el resto de la gente de la retaguardia, no lo vio pasar.

El Che conoció esta nueva pérdida luego que Miguel y Tuma, que se habían adelantado para llevar comida a la gente de la retaguardia comandada por Joaquín, regresaron de su misión. Habíamos perdido otro hombre sin entrar en combate. Esta experiencia lamentable también fue aprovechada para sacar conclusiones y estimular a los compañeros a que siguieran adelante sin vacilaciones. En una de sus frecuentes charlas en este período subrayó:

Vencer a la naturaleza, sin desafiarla ciegamente

-A la naturaleza hay que vencerla. El hombre siempre triunfará sobre ella. Pero no hay que desafiarla ciegamente. La valentía debe estimularse siempre que no se convierta en imprudencia. En esta oportunidad el río venía muy crecido, con una corriente violenta. Tal vez se pudo esperar mejores condiciones. En todo caso en el futuro debe tenerse en cuenta esta situación.

El 19 de marzo tuvimos el primer presagio de que algo importante ocurriría al ver una avioneta que sobrevolaba en insistente misión de reconocimiento por la zona.

Casi al llegar al campamento Che se encontró con el Negro (el médico peruano que venía a quedarse con nosotros) y con Benigno, quien se había adelantado para llevarnos comida. Las noticias que nos dieron fueron nutridas. En el campamento principal estaban esperándonos Debray, el Chino, Tania, Bustos y Guevara, con los nuevos combatientes. El ejército había atacado nuestra finca después que dos hombres habían desertado entregando valiosa información, luego de ser apresados en Camiri. Es necesario referirse a los desertores con el objeto de trasmitir nuestra experiencia a otros revolucionarios latinoamericanos: A la guerrilla se ingresa en muchas ocasiones con escasa preparación ideológica, motivados por las hazañas épicas, episodios heroicos o simplemente por intuición político-militar. Se produce entonces un proceso de idealización falsa de la lucha y de la vida guerrillera, fenómeno que se acentúa más entre los estudiantes, universitarios especialmente. Se tiene la equivocada impresión de que el guerrillero está cómodamente instalado en su campamento, durmiendo en una hamaca, comiendo poco. Desde allí planifica una batalla, se enfrenta con el ejército, alza sus muertos y heridos y regresa al campamento a reponer energías. Por eso cuando llegan y se enfrentan con la realidad, sufren un fuerte impacto. Eso no es lo que ellos pensaban, una vida extremadamente dura, el constante "gondoleo" o tareas de constructor, la carga pesada de la mochila que a veces dobla las piernas, el hambre que a veces se clava

en el estómago como un cuchillo afilado, las caminatas largas por terrenos difíciles, y la siempre latente posibilidad de encontrar soldados emboscados, influye en la mente de esa gente débil ideológicamente. Por eso es necesario tener un criterio muy selectivo en el reclutamiento de hombres para la guerrillas teniendo siempre en cuenta que ésta es la "vanguardia de la vanguardia". Tal cosa ocurrió con algunos hombres. La realidad los asustó y desertaron. Un desertor siempre es un delator en potencia. Cuando llegaron a Camiri el ejército los detuvo presumiendo que venían de la finca donde ellos creían que se fabricaba cocaína. Lo demás es conocido como para abundar en detalles: hablaron, dijeron que había un grupo alzado pero no pudieron dar mayores antecedentes, porque nosotros estábamos en exploración y ellos no nos vieron. Sin embargo entregaron algunos indicios de que en Nacahuazú podía estar el Ché, pues habían escuchado algunas infidencias. También sabían que habían hombres de otras nacionalidades.

Ramón conversó con el Chino, que venia a incorporarse con otros tres compañeros peruanos a nuestro grupo guerrillero el día 20 de marzo, el Che me relató más tarde aspectos sobresalientes de esta charla, y profundizó la idea sobre algunas cuestiones tácticas con relación a la continentalidad de la lucha, y la conducta que debía seguirse en ese momento. El Chino planteó entrenarse con nosotros en forma práctica, participando en algunos combates, para luego alzarse en el Perú. En

su Diario Ramón explica escuetamente:
"Hablé preliminarmente con el Chino. Pide cinco mil dólares mensuales durante diez meses y de La Habana le dijeron que discutiera conmigo. Le dije que en un principio si, sujeto a que en seis meses se alzara. Piensa hacerlo con 15 hombres y él como jefe en la zona de Ayacucho. Convinimos además, en que le recibiría cinco hombres ahora y quince más con algún lapso y los enviaría con sus armas luego de entrenarlos en combate."
Ché tampoco quería que la Internacionalización de la lucha trascendiera rápidamente los ámbitos bolivianos, y se conociera su presencia allí por razones puramente tácticas. En diversas conversaciones me dijo que si el imperialismo ignora en la primera etapa su presencia, y la composición de la guerrilla, sólo iba a entregar armas y "asesoramiento" al ejército. Sin embargo si conocía en forma inmediata las perspectivas de la lucha entraría con todas sus fuerzas en forma directa como lo ha hecho en Vietnam para aplastar el foco en su embrión.
-Esto ocurrirá tarde o temprano -decía el Che-, pero mientras más se retrase tanto mejor. Ello nos permitirá foguearnos, adquirir experiencia, endurecer nuestras fuerzas y convertirlas en un núcleo mucho más eficiente.
"Sabemos que finalmente enfrentaremos en forma directa al ejército imperialista, pero de todas maneras es necesario por ahora, tomar ciertas medidas de tipo táctico. Independientemente de esa cuestión, si es necesario enfrentar ahora al ejército imperialista, lo ha-

remos sin vacilaciones. Hasta la víspera de nuestro primer combate guerrillero -la emboscada de Ñancahuazu- nuestra columna no tenía nombre. Existía como un ejército diminuto, pero decidido a dar batalla, en cualquier instante. Es cierto que todavía se observaban algunas debilidades, pero éstas eran producto de su incipiente formación. Sin embargo ya habíamos tenido una prueba de fuego durante la marcha de 47 días que endureció a nuestros hombres y afloró en toda su inmensa realidad las características de la lucha, que tendría dimensiones épicas.

Los lineamientos programáticos de nuestro núcleo se habían estudiado suficientemente durante nuestra marcha de exploración, de manera que todos conocíamos por qué pelearíamos, y cuales eran nuestras perspectivas futuras. Sin embargo el Che, en una actitud pedagógica característica en él, decidió dictarnos un manifiesto que se distinguía por carecer de todo tipo de signos gramaticales. Cada vez que se refería a nuestra guerrilla dejaba un espacio en blanco, con el objeto de que nosotros la "bautizáramos". Su explicación fue la siguiente:

-Este manifiesto que les he dictado tiene dos objetivos: el primero tiene carácter de cultura general (ustedes deben poner la puntuación y corregir la redacción); el segundo tiene carácter político. Es necesario que lo lean bien, agreguen antecedentes, eliminen lo que crean conveniente, definan qué somos y para qué estamos aquí. Por último coloquen el nombre que tendrá

nuestro ejército.
Durante la exploración continuamos con cierta irregularidad nuestros estudios habituales, pero no fue posible examinar debidamente el documento. De regreso encontramos que los acontecimientos se precipitaban aceleradamente: Llegaron los visitantes, entró el ejército a la finca, y luego se produjo la primera emboscada netamente exitosa para nosotros. Fue entonces cuando hubo necesidad de divulgar nuestro primer manifiesto, redactado completamente por el Che, y que por su valor histórico lo reproducimos íntegramente:

Comunicado Nº 1 AL PUEBLO BOLIVIANO
Frente a la mentira reaccionaria,
la verdad revolucionaria

El grupo de gorilas usurpadores, tras asesinar obreros y preparar el terreno para la entrega total de nuestras riquezas al imperialismo norteamericano, se burló del pueblo con una farsa comicial. Cuando llega la hora de la verdad y el pueblo se alza en armas respondiendo a la usurpación armada con la lucha armada, pretende seguir su torneo de mentiras.
En la madrugada del 23/III fuerzas de la IV División, con acantonamiento en Camiri, en número aproximado de 35 hombres al mando del mayor Hernán Plata Ríos se internaron en territorio guerrillero por el cauce del río Ñancahuazu. Su grupo íntegro cayó en una emboscada tendida por nuestras fuerzas. Como resultado de

la acción quedaron en nuestro poder 25 armas de todo tipo, incluyendo 3 morteros de 60 mm con su dotación de obuses, abundante parque y equipos. Las bajas enemigas fueron siete muertos, entre ellos un teniente, y catorce prisioneros, cinco de los cuales resultaron heridos en el choque, siendo atendidos por nuestros servicios sanitarios, con la mayor eficiencia que permiten nuestros medios. Todos los prisioneros fueron puestos en libertad previa explicación de los ideales de nuestro movimiento.

La lista de bajas enemigas es la siguiente:

Muertos: Pedro Romero, Rubén Amézaga, Juan Alvarado, Cecilio Márquez, Amador Almasán, Santiago Gallardo, y el delator y guía del ejército apellidado Vargas.

Prisioneros: Mayor Hernán Plata Ríos, Cap. Eugenio Silva, soldados Edgar Torrico Panoso, Lido Machicado Toledo, Gabriel Durán Escobar, Armando Martínez Sánchez, Felipe Bravo Siles, Juan Ramón Martínez, Leoncio Espinoza Posada, Miguel Rivero, Eleuterio Sánchez, Adalberto Martínez, Eduardo Rivera y Guido Terceros. Los cinco últimamente nombrados resultaron heridos.

Al hacer pública la primera acción de guerra establecemos lo que será norma de nuestro ejército: La verdad revolucionaria. Nuestros hechos demostraron la justeza de nuestras palabras. Lamentamos la sangre inocente derramada por los soldados caídos, pero con morteros y ametralladoras no se hacen pacíficos viaductos, como afirman los fantoches de uniformes galonados,

pretendiendo crearnos la leyenda de vulgares asesinos. Tampoco hubo ni habrá un solo campesino que pueda quejarse de nuestro trato y de la forma de obtener abastecimientos salvo los que, traicionando a su clase, se presten a servir de guías o delatores.
Están abiertas las hostilidades. En comunicados futuros fijaremos nítidamente nuestra posición revolucionaria; hoy hacemos un llamado a obreros, campesinos, intelectuales, a todos los que sientan que ha llegado la hora de responder a la violencia con la violencia y de rescatar un país vendido en tajadas a los monopolios yanquis y elevar el nivel de vida de nuestro pueblo.

EJÉRCITO DE LIBERACION DE BOLIVIA

De acuerdo con los planteamientos tácticos formulados desde un principio por el Che el documento estaba dirigido "al pueblo boliviano", denunciaba que el país estaba "vendido en tajadas a los monopolios yanquis" y entregaba una relación estrictamente verdadera de lo ocurrido. Estaba fechado el 23 de marzo de 1967 y lo firmaba el "Ejército de Liberación Nacional de Bolivia". Más tarde otros comunicados se abreviaron firmando simplemente "E.L.N.".
Los acontecimientos guerrilleros que conmovieron a la opinión pública durante los ocho meses siguientes popularizaron el nombre de "E.L.N.", su denominación actual. En los documentos falta nuestra consigna de ¡VICTORIA O MUERTE! creada también por el Che. Ella no

es una simple frase. Tiene una motivación muy importante que fue desarrollada de esta manera por Ramón:
El pueblo tiene una sola alternativa: la victoria. Nuestros enemigos también tienen una sola alternativa: la muerte. Podemos ser vencidos, o nuestra lucha puede sufrir tropiezos, pero independientemente de esas dificultades transitorias, el pueblo vencerá. Ésta es una verdad indiscutible. La alternativa de victoria o muerte -ambas- son para nosotros, los guerrilleros. Podemos llegar a ver el triunfo final, o podemos caer en el camino, Pero si morimos la lucha seguirá adelante sin detenerse.

VII
Los primeros combates

El programa preliminar del Che, descansar varios días, para reponer energías mientras se entrenaban loa nuevos compañeros, fue bruscamente alterado. El 17 de marzo alrededor de 60 soldados se habían metido por el camino de Algarañaz y se llevaron preso a Salustio. Uno de los reclutas que debutaba como mensajero. En el ataque a la Casa de Calamina, el Lorito había matado a uno de los guardias. Al conocer la noticia, Marcos ordenó la retirada porque estimaba que no se debía defender posiciones. En el Diario del Che aparece descrito el problema en la siguiente forma:
-Rolando había sido enviado para organizar la retirada de todo, un clima de derrota imperaba. Poco después

llegó un médico boliviano recién incorporado con un mensaje para Rolando en el que se le comunicaba que Marcos y Antonio estaban en la aguada, que fuera a entrevistarse. Le mandé a decir con el mismo mensajero que la guerra se ganaba a tiros, que se retiraran inmediatamente al campamento y allí me esperaran. Todo da la impresión de un caos terrible, no saben qué hacer. Más tarde el Che me explicó su decisión. El criterio de que la guerra no defiende posiciones es correcto, pero hay que tomar en cuenta una serie de factores que se habían acumulado hasta ese momento.

En primer lugar, nosotros no "defendíamos una posición" puesto que el campamento no tenía ese carácter. Además en el trabajo preparatorio de las acciones militares habían quedado demasiadas huellas por la falta de cuadros para realizar una serie de labores preliminares. Eso nos obligó a "quemar" compañeros. La misma Casa de Calamina se había convertido en un foco de sospecha y Algarañaz incluso nos había enviado un cazador para que nos vigilara constantemente. Retirarse en ese momento, sin dar batalla cuando la guerrilla había sido detectada por los datos que habían entregado los desertores, significa simplemente que se iniciara una persecución contra nosotros por un ejército con energías, fresco, con moral elevada. Por el contrario, combatir significaba foguearse para afrontar con decisión las futuras batallas. Hay que tener en cuenta que de todas maneras, tendríamos que combatir en los días

subsiguientes, por los factores ya mencionados. Otra alternativa, aunque parezca extremista, habría sido desaparecer como guerrilla hasta crear las condiciones en la ciudad, tomar contactos nuevamente, reclutar nuevos elementos para recomenzar. Esto era absurdo. Por otra parte, por las penurias que nos ocasionó la marcha de exploración, veníamos con la moral no muy alta, no con buena disposición combativa. El momento táctico se presentaba ahora con todas sus perspectivas favorables para nosotros. Por eso el Che consideró un grave error retirarse en esos momentos y ordenó a Rolando tender una emboscada río abajo. Enseguida ordenó la defensa en la entrada del campamento y envió a un grupo de compañeros a explorar río abajo.

El día 22 de marzo fue de tensos preparativos. A las 7 de la mañana del 23, mientras Rolando revisaba las posiciones de los guerrilleros emboscados, se sintió un chapoteo por el río. Rápidamente se situó en su lugar y esperó que la tropa fuera avanzando lentamente. Se mantuvieron en silencio hasta que penetró un grupo grande. Rolando, como responsable de esta primera acción nuestra, abrió fuego sorpresivamente. Muchos soldados se desplegaron en posición combativa. Los pocos que hicieron frente fueron abatidos en forma rápida. El resto huyó. El fuego duró aproximadamente unos seis minutos, según informó Rolando al Ché, hasta que las fuerzas enemigas se rindieron.

En estos combates participaron Rolando, Benigno,

Coco, Guevara, Pablito, Ernesto, Apolinar y Walter, los que mataron a 7 soldados, hirieron a 6 y tomaron 11 prisioneros. Otros 8 soldados escaparon. Como se puede apreciar las fuerzas enemigas eran cuatro veces más grandes que la nuestra. Nosotros no tuvimos bajas. Además quedaron en nuestro poder 3 morteros de 6O mm, y ocho cajas de granadas, una ametralladora calibre 30 con 500 tiros, 2 ametralladoras BZ, 2 metralletas UZI, 16 Mauser con dos mil cartuchos, 2 aparatos de radio y otros elementos.

Coco llegó a las 8 de la mañana a nuestras posiciones para dar cuenta del resultado de la batalla. Inmediatamente Che ordenó que Marcos saliera por el camino de maniobras número 1 con el objeto de cortarle la retirada por detrás al ejército si éste avanzaba por el cañón del río tratando de llegar al campamento y a Braulio lo envió con la retaguardia por el camino número 2 para impedir que saliese del cañón que era una verdadera trampa mortal. El centro atacaría desde las posiciones que ya estaban ocupadas. Che me ordenó interrogar a los prisioneros y presentarme como jefe. Esta misión la cumplí durante todo el transcurso de la guerra.

El mayor Plata, jefe de las fuerzas prisioneras, lloriqueó largamente mientras los soldados nos pedían que lo fusiláramos por los malos tratos y los abusos que cometía. Por encargo del Che le dije que todos los prisioneros quedarían en libertad, que le dábamos plazo hasta el 27 a las 12 del día para retirar a sus muertos. Muy

asustado manifestó que se retiraría del ejército. Nos dio una serie de datos importantes sobre las operaciones que se estaban realizando. Por ejemplo, nos dijo que ese ataque estaba programado junto con un bombardeo que se iniciaría a mediodía. Ellos debían dejar señaladas sus posiciones, con el objeto de que no sufrieran bajas. La emboscada los hizo perder contacto radial e impidió que la aviación actuara. En realidad, el bombardeo se realizó al día siguiente. El capitán Silva, otro de los prisioneros, también habló mucho informando que había reingresado al ejército por petición del PCB, que tenía un hermano estudiando en Cuba y luego dio los nombres de otros dos oficiales que podían ser colaboradores. Les quitamos toda la ropa a los prisioneros, excepto a los dos oficiales que conservaron sus uniformes, y les dimos nuestras vestimentas civiles que estaban guardadas en las cuevas. También curamos a los heridos y les explicamos a los soldados los objetivos de nuestra lucha. Ellos nos contestaron que no sabían por qué los habían mandado a combatirnos, que estaban de acuerdo con lo que nosotros decíamos y nos reiteraban la petición de fusilar al mayor Plata, oficial que tenía una actitud déspota en la unidad pero que ahora, delante de la tropa, se comportaba como un cobarde. Le explicamos que nosotros no matábamos a enemigos desarmados y tratábamos a los prisioneros como seres humanos, con dignidad y respeto.

Los días siguientes a la emboscada fueron de euforia y

presión y alegría porque se iniciaba una etapa histórica con una fuerza combativa, pequeña pero con la moral muy alta. Además el resonante y sorpresivo triunfo revelando la presencia de un foco guerrillero acaparaba el primer lugar de las noticias que escuchábamos por radio. La presión era producto de la presencia de los dos visitantes: Régis Debray y Ciro Bustos (el Pelao). Tania había sido detectada y forzosamente tenía que quedarse con nosotros hasta esperar una oportunidad adecuada para que saliera con la más absoluta seguridad. El Chino, que también había quedado como visitante, decidió quedarse como combatiente. Pero Debray y Bustos debían salir en el menor tiempo posible. En una reunión, realizada el 27 de marzo, Ché planteó que las tareas inmediatas eran:

a) Sacar a los visitantes por un camino seguro, cercano a la ciudad.

b) Esconder todo el armamento y materiales que habían caído en nuestro poder después de la primera emboscada más algunas cosas nuestras para lo cual era necesario abrir otra cueva estratégica, labor que estaría a cargo de Moisés Guevara.

c) Enviar 10 hombres a buscar maíz a la finca, tarea que debían realizar con mucho cuidado para evitar que el ejército los sorprendiera.

Al día siguiente cuando nuestros hombres fueron a la finca a buscar el maíz se encontraron con que la cueva táctica había sido revisada por el ejército. Sorpresiva-

mente llegaron también siete funcionarios de la Cruz Roja, varios soldados sin armas y dos médicos. Más tarde apareció un camión lleno de soldados, pero nuestros compañeros les ordenaron retirarse, cuestión que el ejército cumplió obedientemente.

Estos acontecimientos se producían 24 horas después del plazo que les habíamos dado para que recogieran sus muertos, lo que demuestra la desmoralización que había en sus filas y el respeto a nuestros hombres.

Mientras tanto Debray planteó que para él era un deber moral integrarse en nuestro núcleo guerrillero.

El famoso autor de "Revolución en la Revolución", conocido entre nosotros por Dantón, quería demostrar que no era un simple teórico, sino también un hombre de acción. Che nos explicó que en esas circunstancias el filósofo francés era más necesario afuera que dentro. Dantón podría servir para dirigir un gran movimiento de solidaridad con nuestro foco, obtener declaraciones de intelectuales, reunir dinero, hacerse cargo de la propaganda, etc. Por lo escueto y personal, el Diario del Che no refleja la opinión cabal que tenía sobre Debray, hombre al que estimaba mucho y le concedía gran valor intelectual, Che le dijo que en ese momento debería salir y que más tarde tendría suficiente tiempo para realizar su experiencia guerrillera.

Con el objeto de sacar a los visitantes y cambiar nuestra zona de operaciones, conforme a los planes trazados previamente por Ramón, nos dirigimos a Gutiérrez por-

que el camino a Muyupampa, según nuestras primeras informaciones, estaba cortado por el ejército; sin embargo en Pirirenda nos enteramos de que en Gutiérrez también había tropas, por lo que decidimos regresar a Ñancahuazú, luego de la fuga de uno de los pobladores que, supusimos, informaría de nuestra presencia al ejército.
En Iripití nos juntamos con la retaguardia que estaba al mando de Rolando y con el personal enfermo en el que estaba Joaquín. Ahí acampamos y se iniciaron las exploraciones para dirigirnos nuevamente a Gutiérrez, lugar que parecía más indicado para evacuar a los visitantes, Iripití fue el escenario de nuestro segundo combate y la tumba de nuestro primer compañero, el Rubio, José Suárez Gayol, un hombre de magníficas condiciones humanas, excelente compañero, con una moral sencilla y valiente, Vice-Ministro del azúcar, dejó todo, familia, honores para incorporarse a nuestra lucha.
A las 10 de la mañana del 10 de abril, nuestra retaguardia que estaba emboscada avistó una patrulla del ejército de varios hombres. La dejó avanzar hasta una distancia prudente. Veinte minutos más tarde comenzaba el combate con un saldo de tres muertos, un herido y siete soldados capturados. En nuestro poder cayeron también 6 fusiles Garand con una carabina M-1 y 4 fusiles mausers. Por nuestra parte perdimos al Rubio.
Cuatro soldados escaparon. Por esta razón, Che ordenó adelantar la emboscada, esperando que el ejército enviara refuerzos de tropas a investigar lo ocurrido.

Nuevamente me tocó interrogar a los prisioneros. Nos dijeron que formaban parte de una compañía, que estaba río arriba, en Ñancahuazú, que había atravesado el cañón, recogido sus muertos y tomado el campamento. Tal como se pensaba, una compañía de aproximadamente 120 hombres al mando del mayor Sánchez, entró en nuestra emboscada. A las 17:10 empezó de nuevo el combate con una victoria para nosotros, y un saldo negativo para el enemigo de 7 muertos, 6 heridos y 13 prisioneros, incluyendo al jefe de la columna. Además ocupamos una Browning, un mortero, 15 garands, 4 M-3, 2 M-1 y 5 mausers. Inexplicablemente, esta columna entró confiada a nuestra emboscada, sin tomar ninguna medida de seguridad. Cuando se les abrió fuego trataron de buscar protección. Como no encontraron dónde cubrirse se dispersaron y el resto de la tropa huyó internándose en el monte. Comenzamos entonces una persecución con tiros esporádicos contra los soldados. En ella Coco apresó al mayor Sánchez, al que Rolando. que estaba cerca, lo conminó a que diera la orden de rendición a su tropa. Sánchez ordenó a su gente que se retirara.

El mayor Sánchez pensó que lo íbamos a fusilar y cuando lo interrogué me pidió por favor se le permitiera enviar un recado a su esposa con uno de los soldados. Como lo había hecho anteriormente con el cobarde mayor Plata, le dije al mayor Sánchez que era norma nuestra respetar al enemigo vencido, garantizarle su

vida, curar a sus heridos y permitirle llevarse a sus muertos junto con sus efectos personales. Le pregunté enseguida por qué había entrado tan confiado en el cerco y contestó:

-Veníamos a buscar a nuestros muertos y a investigar lo ocurrido. Como nos han enseñado que el guerrillero da un golpe y se retira no nos imaginamos que ustedes estaban aquí de nuevo esperándonos.

La respuesta del mayor Sánchez es una lección para las fuerzas guerrilleras. No debemos regirnos por esquemas, debemos crear siempre, desconcertar al enemigo.

En la mañana siguiente pusimos en libertad a los prisioneros y les permitimos llevarse a los muertos y heridos de ambas batallas. También les concedimos una tregua de 24 horas.

El interrogatorio hecho a los prisioneros nos había llevado a la conclusión de que las tropas que cerraban el Ñancahuazú arriba eran las que se habían desplazado hasta la Casa de Calamina. Por lo tanto, el camino a Muyupampa estaba expedito. Como ya estábamos detectados en la zona de Iripití, Ramón cambió de itinerario y en lugar de partir hacia Gutiérrez iniciamos la marcha hacia Muyupampa, siempre con el objetivo de sacar con seguridad a Debray y a Bustos.

Emotivo acto por la primera sangre caída, cubana...

La muerte de Rubio conmovió a todos. Yo había visto que ocupaba una mala posición, pues era visible desde el río. Por eso le sugerí que la corrigiera. Cuando lo

fueron a ver luego del tiroteo de la emboscada de la mañana, tenía una bala en la cabeza y murió a los pocos instantes. Fue su primer y único combate. Che hizo un emotivo acto de recordación resaltando que la primera sangre caída era cubana, por lo que era necesario más que nunca integrarse con afecto y eliminar cualquier tendencia chauvinista.

El 17 de abril nos quedamos esperando que avanzara el ejército, después que un campesino se escapó. No sucedieron acontecimientos guerreros. Ese mismo día "El Pelao" habló con Pombo y le planteó que estaba muy inquieto por sus hijos, que no les había dejado recursos económicos para subsistir y tenía que cumplir otra serie de misiones en Buenos Aires. Le solicitó también que la salida no se realizara por un lugar donde la guerrilla hubiese operado para no llamar la atención del ejército. Pombo le contestó que no había por qué agitarse y esperara tranquilo el momento oportuno. Ya se notaba en él los primeros síntomas de desesperación.

En lo sucesivo es necesario mencionar una serie de fechas, pues se producen hechos que tienen una secuela de consecuencias posteriores. Ese mismo día Ché dio orden a Joaquín que se quedara con cuatro hombres considerados "resacas" y agregó al grupo de Moisés Guevara, Alejandro y Tania, pero estos últimos en calidad de enfermos. Moisés había sido afectado por un fuerte cólico hepático y Tania junto con Alejandro tenían el cuerpo hinchado y fiebre que oscilaba entre los

38 y 39 grados. Joaquín debía esperar por la zona, maniobrar pero sin chocar frontalmente contra el ejército. Como se puede apreciar se preveían dos cuestiones: nuestro pronto regreso (3 a 5 días) después de evacuar a los visitantes y la posibilidad de reintegro a la escuadra del centro que mandaba el Che, de cuatro compañeros: los tres enfermos más el médico -Negro- que se había quedado con ellos. Éste fue, sin embargo, el último contacto que tuvimos con la retaguardia por una serie de factores que narraremos más adelante. Debemos destacar que siempre, en toda oportunidad, tratamos de ubicar a estos compañeros: incluso pensamos que Joaquín iría al Rosita, región que habíamos explorado en febrero-marzo y que era uno de los lugares de maniobra que el Ché había dado a conocer al jefe de la retaguardia. Nosotros sabíamos que Joaquín no tenía fuerza combativa con cuatro hombres/resacas, tres enfermos de consideración y sólo 10 compañeros que tenían que llevar todo el peso de las operaciones, de manera que nuestro afán por contactar con él fue permanente.

El 18 fue de caminata y exploración. Además detuvimos a algunos campesinos para que nos vendieran alimento y nos entregaran información. Al día siguiente se produjo otro acontecimiento novedoso: llegó hasta nosotros el periodista anglo-chileno George Andrew Roth, guiado por unos muchachitos del lugar por donde se había quedado operando Joaquín. El periodista nos pareció sospechoso. Su pasaporte tenia tachada la pro-

fesión de estudiante y cambiado por la de periodista, aunque él decía ser fotógrafo profesional que trabajaba como "free-lancer" para algunas publicaciones extranjeras. También tenia documentos como instructor dé los Cuerpos de Paz, visa de Puerto Rico. Además en su libreta de apuntes traía un cuestionario de preguntas que, según él, tenían por objeto confirmar los rumores difundidos por el ejército de que el Che estaba con nosotros con el nombre de Ramón, además de la presencia de Tania y Debray. Estos informes los habían entregado los delatores.

Nuevamente me correspondió interrogar al prisionero. Contó que había estado con el ejército en nuestro campamento, y que incluso se había encontrado un diario de Braulio, donde se decía que Ramón era el Che. Roth y los muchachitos guías relataron luego que el ejército estaba en Lagunillas y conocía nuestra presencia.

Le entregué a Roth una entrevista conmigo -el "Jefe" de la guerrilla- que había sido redactada por Che y contenía un apretado relato de las acciones que habían ocurrido los días anteriores y los objetivos de nuestra lucha.

Che se quedó con Pombo, Tuma y Urbano, cerca de Muyupampa. Al llegar cerca del pueblo dejamos al Pelao, Debray y Roth. Régis me pidió encarecidamente que le dijera al Che que él salía en ese momento sólo por no dejar abandonado a Bustos, el que se encontraba muy desesperado y con bastante miedo. A esas alturas el Pelao ya mostraba lo que sucedería en el futuro.

Por eso no nos sorprendió mucho que se convirtiera en eficiente colaborador del ejército, identificara a los cadáveres de nuestros compañeros muertos e hiciera dibujos de nuestros rostros, además de entregar una serie de datos característicos.

El objetivo nuestro y la petición de los visitantes estaban cumplidos. Esa noche no quisimos tomar Muyupampa porque nos informaron que el ejército nos estaba esperando en el pueblo.

El día 20 fue de agitación, "parlamentarismo" y bombardeo. En nuestro viaje de regreso para juntamos con Joaquín tratamos de conseguir alimentos, que ahora se convertía en un serio objetivo.

Llegamos a la casa de Nemesio Caraballo, un hombre que la noche anterior nos había ofrecido café y había tenido una actitud amable con nosotros. Ahora no estaba. Se había ido dejando solo a unos trabajadores que estaban muy temerosos. Les compramos algunos víveres y organizamos el almuerzo. Pasado el mediodía apareció una camioneta con una bandera blanca en la que venía un sacerdote, un médico y el subprefecto de Muyupampa. El cura era alemán. Nos traían en señal de buena voluntad, algunas golosinas y cigarros. La delegación nos ofreció "paz de tipo nacional" y nos rogó que no atacáramos Muyupampa porque el ejército estaba atrincherado. "No queremos derramamiento de sangre", reiteró.

Les contesté que no queríamos una "paz nacional" a

menos que nos entregaran el poder, que era el objetivo de nuestra lucha como vanguardia del pueblo. Les pregunté cómo vivían los campesinos de los alrededores, la forma como los explotaban y al médico le exigí datos sobre la mortalidad infantil. Como en toda Bolivia, el cuadro era allí deprimente. Les dije: ¿Encuentran justa esa situación? Nosotros estamos peleando para que los pobres no sean más pobres y los ricos más ricos. Nosotros estamos combatiendo por el progreso del pueblo, para que no haya tanta hambre, tanta miseria. Especialmente el cura, contestó en forma de crítica que con nosotros estaban participando extranjeros. Le repliqué que los pobres, que los revolucionarios de todos los países, teníamos derecho a unirnos para luchar contra un enemigo común que estaba unido antes que nosotros y que era cruel y fuerte que esta situación daba carácter internacional a la lucha y que por eso nuestro ejército tenía abiertas las puertas a los patriotas de cualquier parte del mundo que quisieran participar con nosotros en la gran empresa de libertar a Bolivia. (Por instrucciones expresas del Che, yo no debía desmentir categóricamente la presencia de compañeros de otras nacionalidades, aunque tampoco había de confirmarla, pues él sabia que este diálogo sería publicado y difundido Internacionalmente.)

Finalmente les ofrecí una paz para Muyupampa con la condición de que nos trajeran antes de las seis de la tarde una camioneta con víveres y medicinas que ne-

cesitamos. Por los mismos personajes nos informamos que Dantón, Roth y Bustos habían sido detenidos.
La delegación se retiró, pero en lugar de medicinas y alimentos llegaron los aviones a bombardearnos. Tres AT-6 dejaron caer sus cargas mortíferas cerca de la casita donde estábamos ubicados y una esquirla hirió levemente en un pie a Ricardo.
Esa noche salimos rumbo a Ticucha. Desde ese momento tratamos de ubicar a Joaquín y al mismo tiempo proveernos del máximo de alimentos. El 22 tuvimos un breve choque con el ejército. En la mañana habíamos sorprendido al chofer de una camioneta de Yacimientos Petrolíferos Fiscales Bolivianos (YPFB) que estaban examinando nuestras huellas acompañado por un campesino que habla delatado nuestra presencia. Los apresamos. Enseguida nos emboscamos para detener otros vehículos y golpear al ejército si se acercaba hasta nuestras posiciones. Sólo logramos conseguir alguna mercancía y plátano de un camión que cayó más tarde.
A las 8 de la noche, cuando estábamos listos para partir, se sintió un breve tiroteo. Era Ricardo que sorprendió a un grupo de soldados y a un guía que llegaban a un firme para enseguida caer sobre nosotros. No supimos si habíamos ocasionado bajas al enemigo. En esa oportunidad se nos perdió el Loro Vázquez.
Nuestros hombres estaban emboscados y Rolando había dado orden de abandonar las posiciones a las 18.30 horas. Después de ese plazo, le esperaron un largo rato

pero no apareció. Días más tarde la radio anunció que había sido capturado herido. Luego difundió su "fuga" del hospital de Camiri. Algunos periodistas han divulgado la idea de que el Che lo envió en una misión solitaria. Esto es absolutamente falso.

Nunca supimos qué había pasado con él. El mismo Ramón explica en su Diario que el saldo es "negativo" entre otros factores, por la "pérdida" (aunque espero que transitoria) de un hombre...". Antecedentes que hemos recogido con el tiempo nos permiten conocer, sin embargo, que Loro murió como un valiente. Herido, fue bestialmente torturado por los esbirros del presidente Barrientos. Como no le pudieron sacar ni una sola confesión que nos delatara, se lo llevaron en un helicóptero y lo tiraron vivo, en medio de la selva. Lorito fue un hombre valiente, audaz, leal. Fue uno de los cuatro que trabajó incansablemente en la preparación previa al foco.

Al día siguiente de ese pequeño choque. Ramón envió a Benigno y Aniceto a una misión de cuatro días para buscar a Joaquín. Mientras tanto nosotros seguimos en los alrededores, esperando el cumplimiento de esa misión. El 25 de abril tuvimos otra pérdida sensible: la de Rolando. Mientras estaban de posta Pombo y Eustaquio descubrieron una columna del ejército de aproximadamente 30 soldados. Luego regresó Eustaquio diciendo aun no eran 30 sino 60 los soldados. Ché dispuso ocupar posiciones en forma rápida, pero nos vimos obligados a luchar en un lugar no apto para la

emboscada. Rolando, que era un hombre de gran coraje, se puso en la posición más difícil a la salida de una curva y tuvo que enfrentarse directamente con un ametralladorista que le disparó varias ráfagas. Un balazo le partió el fémur y todo el paquete vásculo nervioso. A pesar de los esfuerzos que se hicieron para salvarlo, se desangró rápidamente. Rolando, comisario político, hombre de apenas 24 años de edad, tenía un porvenir brillante. Era el más desarrollado política y militarmente de todos los compañeros que allí habían.

Ésa fue la emboscada que dirigió personalmente el Che y que relata de la siguiente manera:

"Al poco rato, apareció la vanguardia que para nuestra sorpresa estaba integrada por tres pastores alemanes con su guía. Los animales estaban inquietos pero no me pareció que nos hubieran detectado, sin embargo siguieron avanzando y tiré sobre el primer perro, errando el tiro, cuando iba a darle al guía se encasquilló el M-2. Miguel mató otro perro, según pude ver sin confirmar, y nadie más entró en la emboscada. Sobre el flanco del ejército comenzó un fuego intermitente. Al producirse un alto, mandó a Urbano para que ordenara la retirada pero vino con la noticia de que Rolando estaba herido, lo trajeron al poco rato ya exangüe y murió cuando se empezaba a pasarle el plasma."

La retirada fue lenta y nos preocupamos de salvar todas las cosas y enterrar a Rolando. Por la tarde nos encontramos con Benigno y Aniceto que habían perdido

las mochilas después del breve tiroteo con el ejército. Eso determinó una nueva situación. Entre nosotros y Joaquín se interponían ahora los soldados y nuestras salidas naturales estaban bloqueadas. Por lo tanto había que tirarse hacia las montañas abriendo sendas y alejándonos un poco de Joaquín para tratar de llegar hasta su posición por otro lado.

Hasta ese momento el triunfo era neto para nuestras fuerzas. Debíamos lamentar la muerte de Rubio, Rolando v la desaparición de Loro. La moral estaba muy alta y la disposición combativa excelente. Sólo se hacían denodados esfuerzos para tomar contacto con Joaquín y con ese propósito estábamos operando.

En mayo hubo tres batallas mientras dábamos vueltas por la zona realizando nuestro trabajo de persuasión campesinos y la denodada búsqueda de Joaquín. Todas fueron victorias, resonantes para nosotros, a pesar de las radios y los partes oficiales que inventaban "grandes bajas guerrilleras". La primera fue el 8 de mayo. Che había dispuesto una emboscada en Ñancahuazu, en nuestro campamento, que lo habíamos retomado. Estaba e cargo de Pacho. A las 10.30 de la mañana herimos a dos soldados que se internaron descuidadamente. Luego de curarles sus heridas los dejamos prisioneros. A las 12 detuvimos a otros dos que venían desarmados bajando por el Ñancahuazu. Los cuatro eran unos mentirosos redomados. Trataron de desinformarnos diciendo que habían salido a cazar pero a su regreso la com-

pañía había desaparecido. Ahora la andaban buscando. Todo era falso, la compañía estaba situada más arriba.
La emboscada siguió en su puesto hasta que a las 7 de la tarde, cuando ya estaba oscureciendo, el ejército se asomó tomando muchas medidas de seguridad. Llegó hasta la entrada del cañón y se retiró, al parecer probando si se les disparaba o no. En una de estas oportunidades se internaron y cayeron en la trampa. El combate fue breve. En la acción cayó muerto el subteniente Laredo junto con dos soldados. Tomamos seis prisioneros más, pero el resto del pelotón huyó. El saldo fue: tres muertos, 10 prisioneros (2 de ellos heridos), siete M-1, cuatro mausers, equipo personal, parque y un poco de comida.
El subteniente Laredo tenía un diario de campaña y una carta de su mujer que nos causó tremenda sorpresa. En el diario en la fecha mercada de 1º de mayo se refería a los trabajadores como holgazanes y otros adjetivos despectivos. En cuanto a su tropa hablaba de la falta de moral combativa, mencionando a soldados que lloraban cuando se enteraban de la presencia cercana de los guerrilleros. La carta de la esposa se refería a la preocupación que ella tenía por Laredo. pero luego hacía un agregado en el que más o menos decía lo siguiente: "Nuestra amiga te pide que nos traigas una cabellera de guerrillero y yo te pido lo mismo para adornar el living de la casa".
Este episodio nos hace recordar los tristes y siniestros días del nazismo y la profunda brecha que existía entre la conducta o el animo del ejército respecto a los gue-

rrilleros, que contrastaba con el trato digno y humano que nosotros dimos a los prisioneros.

El respeto del Che por la persona humana, independientemente de la conducta que ésta observara, se puso de manifiesto una vez más al decidir esperar una oportunidad adecuada para devolver el diario del teniente Laredo a la madre de éste, puesto que el oficial enemigo así lo hacía constar. como un deseo expreso, si llegaba a morir en combate o era capturado por nosotros. El diario de Laredo permaneció en la mochila del Ché hasta la emboscada de Yuro el 8 de octubre.

El segundo combate del mes de mayo fue el día 30. Habíamos llegado hasta la línea del ferrocarril a Santa Cruz buscando el Michuri, siempre con el pensamiento puesto sobre Joaquín que, al parecer, se había movido hacia el norte. En un camino petrolero Ché dejó una emboscada mientras se realizaba una exploración en un jeep que se había requisado a YPFB. A las tres de la tarde se produjo el choque.

Nuevamente dimos un golpe: tres soldados muertos y un herido. Al día siguiente cerramos el mes de mayo con otro triunfo, aunque menor de lo que esperábamos. Dos camiones del ejército que avanzaban por el camino fueron atacados por nosotros. Uno huyó, pero destruimos otro. Pudimos provocar grandes bajas en sus filas si el Ñato en su apresuramiento, no dispara una granada con bala de guerra en lugar de hacerlo con bala de salva. Este incidente provocó una gran explosión que

asustó a los militares. Afortunadamente el Ñato resultó ileso, aunque destruyó el tromblón del fusil.

VIII
La búsqueda de Joaquín

Los tres meses de operación militar significaron para nosotros un avance notable: habíamos ocasionado más de cincuenta bajas al enemigo entre muertos, heridos y prisioneros, incluyendo en la lista a tres oficiales de alta graduación. Habíamos ocupado gran cantidad de armamentos, parque, vestuarios y un poco de alimentos. Sin embargo el balance mas notable era la desmoralización y falta de combatividad de los soldados, que contrastaba con la agresividad y temeridad de nuestros guerrilleros. Lamentábamos, sin embargo, la pérdida de Rubio y Rolando, el desaparecimiento del Loro y la falta de contacto con nuestra retaguardia y la ciudad.

En estas circunstancias iniciamos nuestro octavo mes en las montañas de Bolivia y el cuarto de combates sostenidos. Pese a las dificultades, el hambre, las enfermedades, la falta de contacto con la ciudad y el hecho de no encontrar a Joaquín, nuestra moral era alta. La guerrilla era una fuerza agresiva, consciente de su poder, y daba golpes tan fuertes al ejército que no le habían permitido reorganizarse, modificar su táctica ni replicarnos con agilidad.

Durante el corto transcurso de la guerra. Che nos dio

lecciones de solidaridad humana que se proyectaban incluso, frecuentemente, a los enemigos. Uno de estos hechos sucedió a principios de julio, precisamente el día 3. Estábamos todavía cerca del camino petrolero, donde habíamos chocado con el ejército. Los días anteriores buscábamos agua y comida y nos habíamos devorado un puerco que tenia sabor a manjar. Esa mañana, después de caminar por las márgenes de un arroyo. Che ordenó una emboscada en el camino mencionado, esperando que pasaran camiones del ejército. Pombo debía avisar con un pañuelo amarillo cuando el vehículo entrara a nuestro radio de fuego. Después de 5 horas y media de espera, pasó un camión militar y Pombo hizo la tan ansiada señal. Inexplicablemente para nosotros, Che, que debía abrir fuego contra el vehículo para continuar nosotros disparando, no gatilló su M-2.
Más tarde, para que todos escucháramos, dijo:
Era un crimen dispararle a esos soldaditos.
La anécdota está relatada en su Diario como si fuera un hecho intrascendente.
Dice:
"A las 14.30 pasó un camión con chanchos que dejamos pasar, a las 16.30 una camioneta con botellas vacías y a las 17 un camión del ejército, el mismo de ayer, con dos soldaditos envueltos en frazadas en la cama del vehículo; no tuve coraje para tirarles y no me funcionó el cerebro lo suficientemente rápido como para detenerlos, lo dejamos pasar."

¡Cuánta diferencia con los oficiales del ejército boliviano y con los propios soldados que asesinaron al Che y a los compañeros que cayeron con él en la quebrada del Yuro!. Tal vez los mismos que el Che consideró un crimen matarlos, fueron los que algunos meses después se retrataron sonrientes junto al cadáver.

La mayoría de los análisis que se hacen sobre el desarrollo de nuestra guerrilla son superficiales y muchas veces frívolos. No se ha investigado suficientemente su desarrollo o, sencillamente, se han tomado hechos aislados para combatir la teoría del foco.

A pesar de nuestras limitaciones por la búsqueda constante de Joaquín, lo que nos impedía movilizamos hacia otras zonas más convenientes para que nosotros operáramos, pudimos confirmar que la convivencia con los campesinos lógicamente tendría que ser favorable para nosotros. Ello lo pudimos comprobar en Moroco, un pequeño poblado en las márgenes del río. Allí llegamos el 19 de junio y ocurrieron hechos que es necesario examinar con detención, pues dan un índice de lo que significa la permanencia de las fuerzas guerrilleras entre la población.

Como era natural, al principio la acogida fue fría. Incluso hubo una buena dosis mezcla de curiosidad y desconfianza. Ese mismo día llegaron al poblado tres individuos armados de revólveres y fusiles máuser que dijeron ser comerciantes en chanchos. No hicimos reuniones ni el mitín que se acostumbra en estos casos para informar a los pobladores de nuestros principios y

pedirles su incorporación o solidaridad. Sencillamente nos dedicamos a charlar con ellos, pedirles datos sobre caminos, trillos, antecedentes sobre otros vecinos, etcétera. Esta conducta familiar nos permitió captar valiosos amigos y allí se produjo nuestro primer reclutamiento: Paulino, un muchacho campesino que tenía allí su familia y conocía toda la zona. A pesar de su juventud (tenía alrededor de 22 años) estaba afectado por la tuberculosis, producto de la mala alimentación y de la vida miserable que llevaba en esa región.

Al día siguiente se produjo un acontecimiento espectacular. Paulino nos informó que los tres "comerciantes" no eran tales, sino espías que enviaba el ejército para realizar labores de inteligencia. La valiosa información de Paulino, que a su vez la había recibido de su novia, otra muchacha del poblado. nos permitió detenerlos.

Fue una colaboración sumamente importante que nos mostraba las ricas perspectivas que existen cuando el contacto con los campesinos es prolongado. Paulino continuó posteriormente con nosotros y fue enviado a Cochabamba llevando algunos mensajes, los que no llegaron a su destino porque el ejército detuvo al muchacho.

En ese mismo lugar Che trabajó como dentista y se sacó el cariñoso apodo de Fernando Sacamuelas.

Nuevamente empezamos a buscar Río Grande y posteriormente la desembocadura del Rosita para llegar a Samaipata, donde pudiera estar Joaquín, ya que Ché le había comunicado que ésta era una zona probable de

operaciones. Sorpresivamente el día 10 una escuadra nuestra compuesta por Coco, Ñato, Pacho y Aniceto tuvo un choque con el ejército. El acontecimiento se desarrolló así: los cuatro compañeros llevaban la misión de llegar a la casa de un campesino para buscar alimentos e información, cuando se encontraron inesperadamente con los soldados que avanzaban por las márgenes contrarias del río. Inmediatamente se intercambió un tiroteo nutrido con un inmenso gasto de parque por parte de los nuestros. Posteriormente se retiraron Ñato y Aniceto y luego lo hicieron Coco y Pacho. No tuvimos noticias de bajas en las filas enemigas hasta que dos días después los noticiarios radiales anunciaban que habíamos muerto a un soldado y herido a otro. Aunque no habíamos sufrido ninguna baja, el ejército, en sus partes oficiales, anunciaba mi muerte y la de otros dos compañeros no identificados. Ésta era una simple maniobra de carácter sicológico para disminuir en parte el impacto de nuestros golpes, el efecto desastroso para ellos que estaba causando en la opinión pública. Por eso, mientras nosotros llegamos de nuevo al Río Grande y luego al Rosita en busca de nuestra retaguardia con la cual habíamos perdido contacto desde hacía casi tres meses, el ejército desviaba una parte de sus recursos a las tareas represivas en las minas. Aunque no nos informamos por las emisoras bolivianas, que estaban censuradas, una radio argentina dio la noticia de la masacre de San Juan en las minas de Siglo XX, con un

saldo de 87 víctimas. En esta forma, el gobierno lacayo del gorila Barrientos pretendía acallar el clamor de las peticiones obreras y los signos evidentes de apoyo de este sector hacia nuestra lucha. Esta acción demostraba, indudablemente, la debilidad del régimen. Nosotros adquiríamos más conciencia de que un grupo pequeño de hombres de vanguardia es capaz de destruir los cimientos de una sociedad corrompida en un tiempo infinitamente menor que todo el esfuerzo que emplean los politiqueros en conciliaciones, componendas y reformas sin importancia que frustran finalmente al pueblo.

En esta ocasión el Che hizo un llamado a los mineros (el comunicado Nº 5) instándoles a unirse a la lucha guerrillera y explicando las verdaderas tácticas de lucha que debe adoptar el pueblo; ese manifiesto fue conocido sólo después de su muerte.

Dos días más tarde, el 26, chocamos nuevamente con el ejército. Estábamos acampados en Piray, en las faldas del río Durán. Che había ordenado una emboscada mientras otro grupo de compañeros iba a buscar alimentos al pequeño pueblito de Florida. Alrededor de las cuatro y media de la tarde, envió de relevo a Pombo, Arturo, Antonio, Ñato y Tuma, con el objeto de que descansaran Miguel y la gente de la vanguardia. En los momentos de llegar se sintió un fuerte tiroteo. Tendidos en la arena había 4 soldados, aunque no todos estaban muertos. El ejército estaba desplegado al otro lado del río totalmente seco, ocupando buenas posiciones. Che

llegó a ocupar su posición de combate y se situó al lado de Benigno y dio orden de que los compañeros de relevo, que ahora se convertían en refuerzos, se colocaran en el flanco en que estaba Miguel. Sentimos unos gajos quebrarse, por lo que supusimos que el ejército se estaba replegando, un ruido de camión nos indicó que llegaban refuerzos al enemigo. Inmediatamente se inició el tiroteo, que nos sorprendió en una zona sin una buena defensa. Pombo fue herido en un pie con una bala de ametralladora 30. Posteriormente, Che dio la orden de retirada. Cuando se cumplían estas instrucciones se conoció la noticia de que Tuma había sido herido en el vientre. Rápidamente fue trasladado a una de las casas de Piray, a varios kilómetros de la emboscada. Moro lo anestesió y empezó la operación, pero Tuma o Tumaino, como le decíamos cariñosamente, no alcanzó al término de la intervención. Tenía el hígado destrozado y una serie de perforaciones intestinales.

Ese fue un día de dolor intenso para nosotros. Se perdía uno de los mejores compañeros, el más alegre, un combatiente ejemplar y querido. Sobre él escribió el Che:

"Con él se me fue un compañero inseparable de todos los últimos años, de una fidelidad a toda prueba y cuya ausencia siento desde ahora casi como la de un hijo. Al caer pidió que se entregara el reloj, y como no lo hicimos para atenderlo se lo quitó y se lo entregó a Arturo. Este gesto revela la voluntad de que fuera entregado al hijo que no conoció, como había hecho yo con los

relojes de los compañeros muertos anteriormente. Lo llevaré toda la guerra".

Pombo, que estaba herido, sintió la muerte de Tuma como si fuera el familiar más querido. Se habían prácticamente criado juntos, combatiendo juntos en la guerra de liberación de Cuba, habían participado juntos en el Congo y ahora la muerte los separaba en Piray.

Esa misma tarde se tomaron prisioneros a dos nuevos espías, uno de ellos oficial de carabineros; luego de advertirles cuáles eran las normas de la guerra y de amenazarlos con una sanción severa si se les volvía a sorprender en esa actitud, fueron dejados en libertad, pero en calzoncillos. Por una mala interpretación de una orden del Che en el sentido de que fueran despojados de todo lo que servía, se les quitó la ropa. Cuando el Che conoció esta acción se indignó, llamó a los compañeros que la habían realizado y les dijo que a los seres humanos había que tratarlos con dignidad, que no se les debía ocasionar humillaciones ni vejaciones gratuitas. A su lado el cadáver de Tuma.

El mes de julio estuvo jalonado de acontecimientos guerreros, mientras la crisis del gobierno del gorila Barrientos era aguda. Al mismo tiempo teníamos las primeras noticias de Joaquín a través de distintas informaciones radiales que anunciaban combates entre fuerzas guerrilleras y el ejército, lejos del lugar en que estábamos situados nosotros. Por esa razón decidimos dirigirnos a Sarnaipata. Lugar que como habíamos an-

ticipado, estaba acordonado como zona de operaciones con Joaquín. Nuestro plan inmediato era tomar el pueblo incluido eI cuartel de policía, comprar alimentos y medicinas, especialmente las que hacían falta al Che para eI asma. Primero pasamos por Peña Colorada, una zona muy poblada que nos recibió con poco entusiasmo y luego nos reagrupamos en Alto de Palermo. Para llegar a Samaipata decidimos apoderarnos de un vehículo adecuado. Paramos varios, pero uno intentó fugarse por lo que nos vimos obligados a dispararle en las gomas. Posteriormente partieron en un camión a cumplir esta misión, Pacho, Coco, Ricardo Julio, Aniceto y Chino.
Nuestra escuadra llegó primero a una pequeña fuente de soda donde tomaron unos refrescos. Dos carabineros que entraron a ver lo que sucedía fueron tomados presos y desarmados.
Más tarde llegó al lugar un teniente de apellido Vacaflor que también fue tomado prisionero. Mientras el Chino, Julio y Aniceto se quedaban custodiando a los dos carabineros presos y cumplían el objetivo de buscar medicina, el resto de la escuadra se dirigió con el teniente al cuartel para tomarlo. El oficial dio la contraseña y la puerta se abrió sin dificultad. Inmediatamente entraron Ricardo, Pacho y Coco capturando a algunos soldados mientras otros hacían resistencia. Incluso uno disparó sobre Pacho, pero Ricardo que estaba atento lo salvó empujándolo. Éste fue el único que presentó combate hasta el último, por lo que fue necesario dispararle, muriendo inmediatamente.

Nuestro botín fue 9 soldados capturados, uno muerto, una ametralladora BZ-30 y cinco máusers. La acción se realizó en presencia de todo el pueblo y una cantidad de viajeros que se encontraban allí de manera que tuvo una repercusión enorme. Los presos fueron dejados en la carretera a un kilómetro del pueblo. Además se compró alimentos y se obtuvieron medicinas, aunque ninguna servía para el asma.

Entre el material que requisamos estaba un mapa con toda nuestra ruta trazada y se preveía una posible salida hacia la carretera. Después de esta operación relámpago nos retiramos. Los días siguientes caminamos en dirección a Florida. En el transcurso de la marcha escuchamos por radio la noticia de dos acciones guerreras: una en el Dorado, entre Samaipata y Río Grande y otra en Iquirá. En ambas se anunciaban que por parte nuestra habían ocurrido bajas. Inmediatamente nos dimos cuenta de que el grupo que estaba combatiendo era el de Joaquín. Paralelamente las emisoras anunciaban una crisis que afectaba la base de sustentación política del gobierno, con el retiro del PRA y del PSD del llamado "Frente de la Revolución" que sostenía al gorila Barrientos. Al mismo tiempo se escucharon unas lastimeras declaraciones de éste rogando que lo dejaran terminar su periodo presidencial. Fue en ese momento cuando Che dijo, conversando con un grupo de nosotros, que era una lástima que no hubiese cien hombres más en la guerrilla, para acelerar la descomposición del régimen

Al terminar el mes escuchamos noticias de otras dos acciones militares de Joaquín, y al mismo tiempo chocamos dos veces con el ejército. El 27 estábamos preparándonos para buscar un camino que eludiera Moroco donde, según las informaciones que nos habían dado campesinos, había una gran cantidad de soldados cuando Willy anunció que un grupo de soldados estaba entrando en la emboscada que teníamos tendida. En el lugar se situaron Chapaco Willy. León, Arturo, Ricardo, Chino, Eustaquio Aniceto y yo. Los soldados caminaban lentamente y casi con descuido. Hicieron algunas señales y luego dispararon tres tiros de mortero. Como no hubo respuesta siguieron avanzando. Eran solamente ocho porque el resto se había quedado rezagado. Cuando estuvieron cerca disparamos matando a cuatro de ellos El resto huyó por el monte. Inmediatamente organizamos nuestra retirada sin quitarles las armas ni el equipo porque esto significaba arriesgar innecesariamente a hombres nuestros y seguimos. Dos días más tarde volvimos a chocar, pero en condiciones diferentes. Estábamos en las márgenes del Rosita, a una hora de camino de la desembocadura del Suspiro Eran aproximadamente las 4:30 de la mañana (Che no había dormido en toda la noche afectado por el asma. Miguel estaba despierto para hacer el cambio de posta y Moro calentaba café cuando éste último vio la luz de una linterna en la orilla del río. Moro preguntó:
-Oiga, ¿quién es? Desde la orilla le contestaron:

-Destacamento Trinidad.
Ché oyó todo el diálogo, pues estaba en la improvisada cocina. Inmediatamente nuestros compañeros dispararon. A Moro se le encasquilló el M-2 pero Miguel lo protegió con su Garand. Che ordenó entonces la formación de una línea de defensa. Los soldados estaban ocultos en un pequeño barranco. Benigno les tiró una granada que cayó en el agua. El ruido de la explosión los asustó de tal manera que corrieron despavoridos. Esto permitió que les disparáramos con facilidad. Miguel que era hombre audaz, llegó hasta donde estaba uno de los soldados heridos, le quitó su M-1, su canana y lo interrogó logrando obtener valiosa información de que eran 21 hombres que se dirigían hacia Abapó y que en Moroco, el lugar que estábamos eludiendo estaban apostados 50 soldados.
En esta emboscada cometimos varios errores. Los caballos que teníamos con nosotros se cargaron con mucha lentitud. Más todo fue un exceso de confianza en nuestra capacidad y en un desprecio por el poder del enemigo.
Un compañero se retrasó probándose un par de botas nuevas. A otro se le cayó la carga de frijoles. Un caballo se espantó y se perdió con un mortero, algunos fusiles, ropa, etc. Así nos cogió la claridad. Los soldados se repusieron de la sorpresa, recibieron refuerzos de Moroco, se reagruparon y nos persiguieron. Cruzamos por un chaco donde estaba la hermana de uno de los campesinos que nos habían ayudado. La mujer con cariño y mu-

cha serenidad a pesar del tiroteo. que era intenso, nos informó que todos los campesinos de Moroco habían sido apresados y conducidos a La Paz. Nos vendió una lata de leche y nos ofreció gallinas. Actuaba con una tranquilidad pasmosa a pesar de que los soldados estaban ya cerca de nosotros y nos disparaban con fuego sostenido. Al cruzar por uno de los vados, el caballo del Che resbaló y cayó pero Coco, Julio y Miguel hicieron una línea de defensa para impedir que el ejército concentrara el fuego sobre él. Más tarde resbaló Julio, los soldados gritaban alborozados:

-Lo tumbamos, lo tumbamos.

Nuestro grupo cruzó a todo galope el vado, pero no lo pudo hacer más tarde una parte de la vanguardia (Pacho, Aniceto y Raúl) y la retaguardia, donde estaba Ricardo. Al cruzar el vado fue herido Ricardo; Pacho y Raúl se lanzaron al rescate. Raúl cayó muerto con un tiro en la boca y Pacho fue herido con un disparo penetrante en las nalgas que le comprometió levemente los testículos. Pacho se parapetó detrás del cuerpo ya sin vida de Raúl y logró silenciar una ametralladora. Arturo y otros compañeros rescataron a Ricardo, le colocaron en una hamaca, pero desgraciadamente el plasma se perdió en la mochila de Willy. A pesar de todos los esfuerzos que hizo el médico, Ricardo murió en la noche.

¡ Dos nuevas bajas!.

Raúl era un compañero muy callado, nunca hacía preguntas, disciplinado, pero en general no se destacaba

el resto. El día del combate, sorprendió a todos con su comportamiento temerario y heroico. Su magnífica y necesaria solidaridad con un compañero herido lo llevó a la muerte. El respeto que por él teníamos se acrecentó. Ricardo o Papi, como cariñosamente le llamábamos todos. fue el hombre que tuvo el peso de la preparación previa del foco guerrillero. Querido por los compañeros bolivianos, respetado por los cubanos y peruanos que estaban combatiendo allí, no podíamos abandonarlo en un momento tan doloroso. Por eso, porque la guerrilla desarrolla hondamente los sentimientos fraternales entre los hombres, hubo actos de arrojo tan maravillosos para salvarlo como los de Raúl, Pacho y otros compañeros.

El mes de agosto fue el mes malo para nosotros. Nuevamente volvimos a las márgenes del Río Grande con la esperanza de encontrar a Joaquín. Las emisoras locales estaban anunciando cada vez con mayor frecuencia encuentros entre guerrilleros que no éramos nosotros y soldados. En este período pasamos mucha hambre y una sed torturante a tal extremo que algunos compañeros tomaron sus orinas para saciarla. Esta acción les provocó una serie de trastornos intestinales. Para peor Moro, nuestro médico, enfermó de lumbago, una afección tan dolorosa que prácticamente lo dejó inmovilizado. Por lo tanto hubo que prestarle a él los mayores cuidados.

Por otra parte afloraron en Camba los primeros síntomas de cobardía y me planteó que quería abandonar la lucha pues “sus condiciones físicas no le permitían

seguir". Agregó que no veía mayores perspectivas a la guerrilla. El pretexto de su incapacidad física era falso, pues Camba había demostrado ser un hombre de mucha fortaleza. Simplemente tenía miedo y quería desertar. Las perspectivas negativas de la lucha era otro pretexto vergonzoso. Le comuniqué a Che esta situación y él conversó con Camba, advirtiéndole que no podía salir hasta que nuestra pequeña columna concluyera la ruta que ya se había dado a conocer. Camba aceptó.

El 26 tuvimos el único choque con el ejército durante ese mes. Teníamos planificada una emboscada en Río Grande; los soldados, que ya mostraban más preparación, se dividieron en dos grupos y tomaron una serie de precauciones que antes habían desestimado, por ejemplo en la escuadra de siete hombres, cinco se colocaron río abajo y dos se dispusieron a cruzar frente a nosotros. Antonio, que estaba frente a la emboscada, se precipitó errando el tiro. Los dos huyeron en busca de refuerzos y los otros cinco corrieron a saltos por la playa. Con Coco le propusimos a Che que nos dejara ir hasta la otra orilla y tratar de tomar prisioneros a los soldados, pero éstos se parapetaron y nos rechazaron.

Hubo días duros, tensos, de relajamiento de la moral, en los que se necesitaba una voluntad fuerte y una conducción política firme y respetada. Sin estas últimas condiciones la desintegración de nuestra columna era factible. Allí surgió una vez más, con toda su grandeza, el espíritu del Che. Su carácter de Jefe íntegro, indis-

cutido, seguro en el mando, claro en sus concepciones, rápido en sus decisiones, tajante para liquidar cualquier síntoma de descomposición, y decidido a llegar hasta el final en la defensa de sus ideales.

Nunca como entonces tuvo tanto valor su histórico, preciso y categórico llamado a definirse como hombre revolucionario: "Es uno de los momentos -dijo el 8 de agosto- en que hay que tomar decisiones grandes, este tipo de lucha nos da la oportunidad de convertirnos en revolucionarios, el escalón más alto de la especie humana, pero también nos permite graduarnos de hombres, los que no puedan alcanzar ninguno de los dos estadios deben decirlo y dejar la lucha".

Los hombres que continuaron la lucha a su lado no sólo acentuaron su cariño y admiración por este jefe excepcional, sino que además se comprometieron, cualesquiera que fueran las circunstancias, a vencer o morir por sus ideales que en estos momentos catalizan a hombres y mujeres de todo el mundo.

Aunque lo ignoramos en ese momento y sólo nos dimos cuenta días más tarde, todo el resto del grupo de Joaquín cayó en la emboscada del Vado del Yeso, el 31 de agosto. delatados en forma miserable por el campesino Honorato Rojas. El ejército esperó pacientemente que Rojas los llevara hasta la trampa y cuando estaban vadeando el río, los asesinaron por la espalda. Allí se extinguió heroicamente la vida de Tania, la mujer guiada por sus ideales revolucionarios y la admiración

que tenía por el Che; trabajó pacientemente dos años en Bolivia preparando el terreno para nuestro trabajo final y luego empuñó el fusil para luchar por la libertad de nuestro pueblo. Tania con la leyenda de mitos y realidades que mundialmente han tejido en torno a ella entró en la historia continental como una heroína.

La muerte de Joaquín y de nuestra retaguardia que en sí era sólo una escuadra sin capacidad combativa por la forma en que estaba integrada, con la cual operamos solo un mes y estuvimos separados cuatro meses, fue un golpe de suerte para el ejército. Uno o dos días antes de la emboscada, nosotros con el Che a la cabeza, llegamos hasta uno da los lugares donde había acampado este compañero. Las huellas estaban frescas aún.

Los antecedentes que hemos reunido más tarde nos permiten conocer que Joaquín y su escuadra sufrieron indecibles penurias, hambre, angustia, nos buscaron tanto como nosotros a ellos. Sin embargo nunca desmayaron, su moral se mantuvo alta, decididos a morir por nuestros ideales antes que entregarse, fieles a la consigna creada por el Che de ¡VICTORIA O MUERTE!

Aunque sólo teníamos 22 hombres, uno de los cuales -el médico- estaba en malas condiciones, Camba era un desertor que estaba aterrorizado y sólo nos acompañaba por la fuerza de las circunstancias, y León nada nos había dicho que estaba "rajado", nuestro pequeño ejército se hacía respetar, mantenía su actitud agresiva y estaba dispuesto a llegar hasta las últimas consecuencias.

El Che nuevamente reinició con fuerza su educación sobro nuestro grupo, especialmente para mejorar algunas debilidades que se estaban notando. Sus charlas, retos, o "descargas", como él las llamaba, tenían a veces el carácter de consejo de padre a hijo y en otras era enérgico y duro, como correspondía a las circunstancias. También sabía ser tierno, especialmente cuando se acordaba de su familia o de los compañeros que formaron parte de su vida militar como Tuma o Rolando. Un día, recordándose de sus hijos, nos contó con un sentimiento de cariño y nostalgia la última conversación que habla sostenido con su hija Celita. Próximo a partir definitivamente de Cuba, fue a su casa para ver por última vez a los niños y despedirse de ellos. Como es natural iba caracterizado de Ramón, el hombre maduro con facha de comerciante que recorría buena parte del mundo burlando la vigilancia de la CIA. Su disfraz era tan bueno que no lo reconoció ni la posta que estaba en su casa ni su hija. Che la tomó en sus brazos, después la sentó en las piernas y le acarició la mano. La niñita le dijo a Aleida, su esposa, que presenciaba la escena:
-¡Mamá, este viejuco me quiere enamorar!
Che no demostraba dolor cuando contaba esta anécdota, aunque su voz denotaba una gran ternura. Nosotros comprendíamos cuánto significaba para él esa frase de su hija querida, a la que ni siquiera le podía dar un adiós como lo hace cualquier padre en una situación similar.
La misma ternura demostraba para los compañeros

guerrilleros y éstos retribuían su afecto y admiración sin dobleces, como una entrega total. Precisamente por esos días, Che se había autocastigado como ayudante de cocina porque se le había mojado el fusil al cruzar un vado. Al cruzar de nuevo el Río Grande se le perdieron los zapatos. Inmediatamente el Ñato, que era hombre que resolvía todos los problemas menudos que se presentaban, le fabricó un par de abarcas de cuero, enteramente cerradas. Estos zapatos caseros fueron los que despertaron curiosidad y comentarios el día de su muerte en el Yuro y luego en Vallegrande.

Así impidió el Ñato que Che caminara descalzo. Cualquiera de nosotros le hubiera dado los zapatos, pero estoy seguro de que el Che habría rechazado violentamente este gesto. A su vez Che retribuía este afecto con una serie de actitudes que nosotros valorábamos. Por ejemplo, el 17 de setiembre en los días en que teníamos menos comida y nuestra situación no era buena, ordenó cocinar arroz, un plato de lujo, para celebrar el 22 cumpleaños de Pablito, compañero de gran valor y el más joven de todos los guerrilleros. Igualmente había celebrado el cumpleaños de Benigno el 6 de setiembre.

IX
La emboscada de la Higuera

Septiembre fue un mes de combates, de pérdidas humanas valiosas, de largas caminatas y privaciones, de pro-

misorios contactos con los campesinos, de altibajos en la moral de la tropa y en el que se empieza a vislumbrar la pérdida definitiva de Joaquín y su grupo.

El 2 fue nuestra primera escaramuza, que pudo tener un saldo netamente favorable para nosotros si no ocurre un hecho que relataremos sólo con el objeto de trasmitir experiencias que pueden servir en el futuro.

Chino estaba de posta con Pombo cuando vio un soldado a caballo. En lugar de disparar, gritó: ¡Un soldado!. Naturalmente el soldado fue alertado disparando en forma instantánea hacia el lugar de donde había surgido el grito. Mientras Chino manipulaba su arma, Pombo fue más rápido y tiró varios disparos matando al caballo. El soldado huyó. Al día siguiente una escuadra nuestra integrada por Benigno, Pablito, Coco, Julio, León y yo chocó con unos 40 soldados en el Masicurí, en la casa de un latifundista.

El encuentro ocurrió sorpresivamente. Estábamos discutiendo con el encargado de la casa y la mujer de éste cuando aparecieron los soldados. Al vernos se replegaron y tendieron un semi-cerco. Inmediatamente empezaron a dispararnos. Les replicamos con fuego sostenido y por lo menos vimos caer a uno de ellos. Sin embargo, no pudimos llevar alimentos y nos retiramos.

El día 6 -cumpleaños de Benigno- hubo otra escaramuza. Una patrulla casi nos sorprende por descuido de la vanguardia, pero después de un breve tiroteo no pasó nada y nos fuimos tranquilamente.

Los días siguientes fueron de caminatas constantes en las que observamos que la enfermedad de Moro, nuestro médico, se agravaba constantemente y sufría de intensos dolores. Che lo cuidaba con dedicación y se esmeraba en crearle las mejores condiciones para aliviar, aunque fuera levemente, su mal. Por otra parte él mismo era aquejado por nuevos ataques de asma y carecía de medicinas para controlarlos.

El 22 de septiembre llegamos a Alto Seco, un villorrio de unas 50 casas modestas con pésimas condiciones de higiene. Sin embargo el pueblito tiene cierta importancia. En el centro hay una plazuela, una iglesia y una escuela; también tiene un camino de tierra por el cual pueden llegar algunos vehículos motorizados. Inmediatamente supimos que el Corregidor había acudido presuroso a Valle Grande a dar cuenta al ejército de nuestra presencia.

La reacción de la población fue interesante. Los habitantes no se retiraron del lugar. Lentamente se fueron acercando a nosotros, con gran desconfianza. Su temor, porque existía temor, no era a los guerrilleros propiamente, sino a la perspectiva de que se combatiera en el pueblo o las represalias que pudiera tomar el ejército contra sus habitantes.

Es preciso destacar que por primera vez se realizó un mitin en el local de la escuela a la que acudieron asombrados campesinos que guardaron silencio y escucharon con atención. El primero en hablar fui yo. Expliqué

cuáles eran nuestros objetivos, les recalqué sus duras condiciones de vida, el significado de nuestra lucha y su importancia para el pueblo, ya que de nuestro triunfo dependía que la suerte de ellos cambiara positivamente. Por primera vez habló también a los habitantes del lugar el Che, aunque nadie lo reconoció. Che explicó el abandono en que permanecía el pueblo, la explotación de que eran víctimas los campesinos del lugar, y dio varios ejemplos. Entre ellos destacó que Alto Seco sólo tenía un pozo antihigiénico para abastecer de agua a los vecinos. "Acuérdense -les dijo- que después de nuestro paso por aquí recién se acordarán las autoridades de que ustedes existen. Entonces les ofrecerán construir algún policlínico, o mejorar algunos aspectos. Pero ese ofrecimiento se deberá única y exclusivamente a la presencia nuestra en esta zona y, si alguna obra realizan, ustedes sentirán, aunque indirectamente, el efecto beneficioso de nuestra guerrilla".

Éste fue el único mitin que realizamos en toda la guerra; nuestra propaganda en el campo la dieron nuestros exitosos combates; el trato permanente entre guerrilleros y campesinos hace el resto.

En los días siguientes recorrimos Santa Elena y Loma Larga hasta llegar a Pujío, el 25. Nuevamente la curiosidad y desconfianza al principio, para luego recibir un trato cordial. La gente se nos acercó hasta tomar confianza con nosotros.

Dos hechos caracterizaban nuestra situación:

-Moro seguía mal y estaba muy débil.
-Camba estaba francamente "rajado". En esta oportunidad el Che y yo hablamos con él para decirle que esa misma noche se afeitara, cambiara de ropa, para que luego pudiera buscar una salida sin que lo detectara el ejército. Camba dijo que todavía no era necesario, y que seguiría con la columna hasta que cambiara de rumbo con el objeto de que él pudiera llegar con relativa facilidad a Santa Cruz.
Esa noche dormimos a la vera del camino.
El camino entre Pujío y Picacho realizado en la madrugada del 26 lo hicimos sin inconveniente. La población nos trató bastante bien. Incluso dos viejitas campesinas invitaron a Julio y Coco a dormir en la casa y les regalaron varios huevos. Por razones obvias de seguridad ambos compañeros no aceptaron tan acogedor y generoso ofrecimiento. Estos actos de solidaridad, indudablemente, confortaban. Demuestran también que eI campesino no es tan impermeable en su trato con el guerrillero y que con una labor regularmente sostenida, es fácil captarlo y movilizarlo como auxiliar importante en las tareas combativas hasta su total integración.
Muy temprano llegamos a Picacho. La población estaba de fiesta y nos trató bastante bien. Nos invitaron chicha y algunos bocados; menudearon los abrazos para despedimos; el Chapaco dijo algunas palabras en un brindis.
Decidimos seguir la marcha. Nuestro próximo punto era La Higuera. Como era de esperarlo, nuestra presencia es-

taba totalmente detectada. Coco se incautó de un telegrama que había en casa del telegrafista donde el sub-prefecto de Valle Grande comunicaba al corregidor de ese lugar la presencia de fuerzas guerrilleras en la zona.
Pocos minutos mas tarde se libraría el más negativo de nuestros combates.
Durante los últimos días la enfermedad de Moro había recrudecido. El 26 su salud continuaba siendo mala, y ésta era otra de las preocupaciones más serias del Che. Tal vez era la presión más grave, puesto que las noticias de las emisoras sobre Joaquín, aunque todavía fragmentarias, permitían suponer que el grupo estaba definitivamente perdido. Ello significaba que terminaba la búsqueda en círculo y que la columna se desplazaría hacia otra zona de operaciones.
A las 13 horas de ese día salió la vanguardia para tratar de llegar a Jaguay. Después de media hora cuando el centro y la retaguardia se aprestaron para alcanzarlos se escuchó nutrido fuego a la entrada de La Higuera.
Che organizó inmediatamente la defensa del poblado para esperar a la vanguardia. Nadie dudó en ese instante que los nuestros habían caído en una emboscada por eso esperamos nerviosos y tensos las primeras noticias. El primero en regresar fue Benigno, con un hombro atravesado por una bala, la misma que había matado a Coco. Luego lo hicieron Aniceto y Pablito, este último con un pie dislocado. También habían muerto en la emboscada Julio y Miguel.

El combate fue ligero y desigual. El ejército, con un gran poder de fuego y un número aplastante de hombres, había atacado sorpresivamente a nuestros combatientes en una zona sin ninguna defensa natural, totalmente desprovista de vegetación, podían dominar desde el firme en que se encontraban una vasta extensión de terreno con armas de grueso calibre.

Miguel fue muerto casi instantáneamente, Coco quedó mal herido. El resto de los compañeros peleó heroicamente tratando de rescatarlo, dando una hermosa prueba de solidaridad. Cuando Benigno arrastraba su cuerpo sangrante, una ráfaga de ametralladora lo remató y una de las balas hirió a Benigno, otro rafagazo mató a Julio.

Coco y yo éramos -si así cabe decirlo- más que hermanos. Camaradas inseparables de muchas aventuras, juntos militamos en el Partido Comunista, juntos sentimos el peso de la represión policial en muchas oportunidades y compartimos la cárcel, juntos trabajamos en Tipuani, juntos recorrimos el Mamoré, aprendimos agricultura y pasamos largas jornadas cazando caimanes, juntos ingresamos a la guerrilla. En esta nueva aventura no lo veré a mi lado pero siento su presencia, exigiéndome cada vez más.

Un día, conversando en el monte a propósito de la muerte de Ricardo, que produjo un fuerte impacto en su hermano Arturo, Coco me dijo:

-No quisiera verte muerto, no sé cómo me comportaría. Afortunadamente creo que si alguien muere primero,

ése seré yo ... .
Coco era un hombre muy generoso, capaz de emocionarse y llorar como un hombre por un ser querido, como lo hizo el día que murió Ricardo.
Yo no lo vi morir. Tampoco derramé una lágrima, por una cuestión de carácter, me cuesta mucho llorar. Pero no por eso el dolor, el sentimiento y el afecto por un hombre tan querido es menos intenso. Coco, Julio y Miguel, compañeros de jornadas heroicas, alcanzaron el escalón más alto de la especie humana y se graduaron de hombres y de guerrilleros, como lo hicieron antes Joaquín, Tania, Rolando, Marcos, Tuma, Rubio, Aniceto y tantos otros compañeros queridos.
Por eso el Ché que no era partidario de prodigar elogios, dijo de ellos:
"Nuestras bajas han sido muy grandes esta vez; la pérdida más sensible es la de Coco, pero Miguel y Julio eran magníficos luchadores y el valor humano de los tres era imponderable".

X
El Yuro

La emboscada de La Higuera marcó una nueva etapa, angustiosa y difícil para nosotros. Habíamos perdido tres hombres y, prácticamente, no teníamos vanguardia. El médico seguía mal y la columna estaba reducida a sólo 17 guerrilleros desnutridos por la prolongada

carencia de proteínas, lo que naturalmente influía en la capacidad combativa. Definido ya el problema de Joaquín, los próximos pasos del Che se orientaban a buscar otra zona de operaciones donde el terreno nos fuera más favorable. Teníamos necesidad inmediata de contactamos con la ciudad, para solucionar problemas logísticos y recibir refuerzos humanos, puesto que nuestras fuerzas se habían desgastado, sin que hubiésemos podido reemplazar a los hombres que habían caído. Sin embargo era previo romper dos cercos, uno que estaba rondando casi en nuestras propias narices y el otro que había dispuesto el ejército y que habíamos conocido a través de filtraciones periodísticas dadas a conocer por emisoras argentinas y chilenas. Para nadie era un misterio que nuestra presencia estaba claramente detectada y así lo anunciaban también las informaciones de carácter internacional, aunque las emisoras locales, silenciadas por el régimen, daban solamente una información muy general.

Entre el 27 de setiembre y el 1º de octubre permanecimos ocultos, aunque algunos compañeros realizaban exploraciones para buscar una salida adecuada por los "firmes", que nos permitiera eludir las fuerzas enemigas. Nuestra ración se redujo considerablemente y sólo consistía en tres cuartos de una pequeña lata de sardinas, y una cantimplora de agua para todo el día. Para peor el agua era amarga. Pero no había más y la mandábamos a buscar en la noche o cuando aún estaba oscuro

en la madrugada. Dos compañeros cargaban todas las cantimploras, bajaban tomando toda clase de precauciones y borraban los rastros.

Hasta el día 30 los soldados, en gran cantidad y perfectamente equipados, pasaban frente a nosotros sin detectarnos. El 1º de octubre empezamos a movernos con un poco más de rapidez y después de varios días de privaciones comimos unas frituras que cocinó Chapaco y Che ordenó que se repartiera un poco de charqui frito. Para que el fuego no fuera detectado por los soldados lo protegimos con frazadas.

Las emisoras por otra parte empezaron a dar mayores informaciones, entre las cuales resaltaban las delaciones de Camba y León, que habían desertado el 26, y los cambios de los puestos de avanzada del Estado Mayor del Ejército. Nuestras caminatas se realizaban extremando las precauciones, aunque a veces pasábamos por lugares algo poblados a plena luz del día. Así llegamos al 8 de octubre.

La tarde anterior habíamos cumplido 11 meses desde que el Che ingresó al monte en Bolivia y hasta ese momento el balance no era precisamente desfavorable a nosotros. El ejército sólo había dado un golpe grave, el de La Higuera, que por otra parte fue casual. Todo lo demás era un saldo positivo puesto que, a pesar de lo reducido de nuestras fuerzas, habíamos capturado cerca de un centenar de soldados, incluyendo oficiales de alta graduación, habíamos puesto fuera de combate a

otra gran cantidad de enemigos y nos habíamos incautado de diversas armas y mucho parque.
Era imprescindible, como nueva fase táctica, romper el cerco para llegar a la nueva zona de operaciones, donde podríamos dar combate imponiendo nuestras condiciones al enemigo, y al mismo tiempo contactarnos con la ciudad, cuestión importante en este período para reforzar nuestra columna.
Cualquiera que lea el Diario del Che, aunque éstos sólo son apuntes de tipo personal donde se reflejan más los problemas negativos (aspectos negativos) con el objeto de analizarlos para corregirlos más tarde, se podrá dar cuenta de que en ningún momento se denotaba desesperación o pérdida de fe, a pesar de los muchos momentos angustiosos por los que pasamos. Por eso, al resumir los 11 meses de operaciones Che sintetiza su pensamiento diciendo que han pasado "sin complicaciones, bucólicamente".
La madrugada del 8 de octubre fue fría.
Los que teníamos chamarra nos la colocamos. Nuestra marcha era lenta porque el Chino caminaba muy mal de noche y porque la enfermedad de Moro se acentuaba. A las dos de la mañana paramos a descansar y reanudamos nuestra caminata a las cuatro. Eramos 17 figuras silenciosas que avanzábamos mimetizándonos en la oscuridad por un cañón angosto llamado el Yuro.
La mañana se descargó con un sol hermoso que nos permitió observar cuidadosamente el terreno. Buscába-

mos una cresta para dirigimos luego al río San Lorenzo. Las medidas de seguridad se extremaron, especialmente porque la garganta y los cerros eran semipelados, con arbustos muy bajos, lo que hacía casi imposible ocultarse.

Che decidió entonces enviar tres parejas de exploradores: una por el cerro hacia la derecha, integrada por Benigno y Pacho; otra por el cerro hacia la izquierda, integrada por Urbano y otro compañero, y la tercera hacia adelante, a cargo de Aniceto y Darío. Pronto regresaron Benigno y Pacho, la información no resistía duda: los soldados estaban cerrando el paso. El problema era saber si nos habían detectado o no. ¿Qué perspectiva nos quedaba?

No podíamos volver atrás; el camino que habíamos hecho, muy descubierto, nos convertía en presas fáciles de los soldados. Tampoco podíamos avanzar, porque eso significaba caminar derecho a las posiciones de los soldados. Che tomó la única resolución que cabía en ese momento. Dio orden de ocultarse en un pequeño cañón lateral y organizó la toma de posiciones. Eran aproximadamente las 8 y 30 de la mañana. Los 17 hombres estábamos sentados al centro a ambos lados del cañón, esperando. El gran dilema del Che y de nosotros era saber si el ejército había descubierto nuestra presencia o si sus posiciones eran simplemente una maniobra táctica que correspondía al cerco que nos estaba tendiendo desde hacía varios días.

Che hizo un análisis rápido: si los soldados nos atacaban entre las 10 de la mañana y la 1 de la tarde estábamos en profunda desventaja y nuestras posibilidades eran mínimas, puesto que era muy difícil resistir un tiempo prolongado. Si nos atacaban entre la 1 y las 3 de la tarde teníamos más posibilidades de neutralizarlo. Si el combate se producía de las 3 de la tarde hacia adelante las mayores posibilidades eran nuestras, puesto que la noche caería pronto y la noche es la compañera y aliada del guerrillero.

A las 11 de la mañana aproximadamente fui a reemplazar a Benigno a su posición, pero éste no bajó y se quedó ahí tendido, porque la herida en el hombro le había supurado y le dolía mucho. Definitivamente nos quedaríamos allí Benigno, Darío y yo. En el otro extremo de la quebrada estaban Pombo y Urbano, y en el centro el Che con el resto de los combatientes.

Aproximadamente a las 13 y 30 Che envió al Ñato y Aniceto a reemplazar a Pombo y Urbano. Para cruzar hacia esa posición debíamos atravesar un claro que era dominado por el enemigo. El primero en intentarlo fue Aniceto, pero una bala lo mató.

La batalla había comenzado. Teníamos la salida cerrada. Loa soldados gritaban: -Cayó uno, cayó uno... En la misma garganta estrecha, en una posición que ocupaban los soldados, se escuchaba el tableteo regular de ametralladoras que, al parecer, estaban cubriendo el camino por el que habíamos venido la noche anterior.

La posición nuestra quedaba frente a una fracción del ejército y a la misma altura, de manera que podíamos observar sus maniobras sin que ellos nos detectaran. Por eso sólo tirábamos cuando ellos hacían fuego, para no delatarnos. Por su parte el ejército creía que los disparos nuestros sólo partían desde abajo, o sea, desde la posición en que se encontraba el Che.

La situación más difícil era la de Pombo y Urbano. Ocultos detrás de una roca recibían fuego ininterrumpidamente. No podían salir de allí porque al cruzar el claro podían liquidarlos con suma facilidad, como lo hicieron con Aniceto. Con el objeto de obligarlos a salir de esa trinchera natural el enemigo les disparó un granadazo; la explosión levantó una gran polvareda que aprovecharon Pombo y Urbano. Con una velocidad impresionante traspasaron el claro mientras los soldados disparaban al bulto y gritaban agresivamente. Ambos cayeron justamente en el lugar en que estaba Ñato esperando.

Los tres intentaron salir por un camino de retirada que nos había indicado previamente el Che para llegar a un lugar de reunión anteriormente acordado. Sin embargo lograron vernos y captaron nuestras señas de que se quedaran donde estaban.

La batalla continuó sin interrupciones. Disparábamos sólo cuando ellos hacían fuego para no delatarnos y para ahorrar parque. Desde el lugar en que estábamos ubicados dejamos fuera de combate a varios soldados.

Anochecía cuando bajamos a juntarnos con Pombo,

Urbano y Ñato, y a buscar nuestras mochilas. Ya estábamos actuando en nuestro medio. Preguntamos a Pombo -¿Y Fernando? -Nosotros creíamos que estaba con ustedes, nos respondieron.

Cargamos nuestras mochilas y nos dirigimos presurosos al lugar de contacto. En el camino encontramos botados algunos alimentos, entre ellos harina, lo que nos llamó profundamente la atención, porque el Che jamás permitió que se botara alimento, cuando hubo necesidad de hacerlo, la carga se ocultó cuidadosamente. Más adelante encontré el plato del Che, bastante pisoteado. Lo reconocí inmediatamente porque era una vasija honda de aluminio bastante característica. Lo recogí y lo guardé en mi mochila.

No encontramos a nadie en el lugar de reunión aunque reconocimos las huellas de pisadas y las abarcas del Che, que dejaba una marcha bastante diferente a las demás y por lo mismo era fácilmente identificable. Pero esta huella se perdía mas adelante.

Supusimos que el Che y el resto de la gente se había dirigido hacia el río San Lorenzo como estaba previsto, con el objeto de ir internándose en el monte, lejos del alcance del ejército, hasta alcanzar la nueva zona de operaciones. Esa noche caminamos los seis (Pombo, Benigno, Ñato, Daño, Urbano y yo) con una carga más liviana.

En el fondo de la quebrada habíamos botado algunas cosas que nos parecían innecesarias para aligerarnos y marchar más rápido.

Mi mochila estaba abierta y faltaba la radio, es indudable que el que la sacó fue el Che antes de retirarse, y era natural. Hombre sereno, previsor, jamás organizaba una retirada sin planificar desesperadamente. Por el contrario, en estos momentos de grandes decisiones su figura de jefe y conductor militar y político se agigantaba. Por eso es obvio que la radio la sacó para escuchar las noticias, ya que la información pasa a constituir un elemento muy importante en el monte.

Marchamos con sigilo. Ninguno ocultaba su inmensa preocupación por la suerte del Che y el resto de los compañeros.

Después de perder el rastro de nuestra gente volvimos a caer en La Higuera, lugar que nos traía recuerdos dolorosos que aun no se habían borrado. Nos sentamos casi frente a la escuela del lugar. Los perros ladraban con persistencia pero no sabíamos si era delatando nuestra presencia o estimulados por los cantos y gritos de los soldados que esa noche se emborracharon eufóricos.

¡Jamás nos imaginamos que a tan corta distancia de nosotros aún estaba allí herido, pero con vida, nuestro querido Comandante!

Con el transcurso del tiempo hemos pensado que tal vez, si lo hubiésemos sabido, habríamos tratado de hacer una acción desesperada por salvarlo, aun cuando eso nos significase morir en la empresa.

Pero esa noche tensa y angustiosa, ignorábamos absolutamente lo que había sucedido, y en voz baja nos

preguntábamos si quizás otro compañero, además de Aniceto, había muerto en el combate.

Seguimos caminando, bordeando La Higuera sin alejarnos mucho y al amanecer, con las primeras luces del día, nos ocultamos en un lugar del monte muy poco denso. Habíamos decidido caminar solamente de noche de manera que el día era de vigilancia rigurosa.

El día 9 fue tranquilo. Dos veces vimos pasar un helicóptero, el mismo que en esos instantes llevaba el cadáver aun tibio del Che, asesinado cobardemente por orden de la CIA y de los gorilas Barrientos y Ovando, pero nosotros no sabíamos nada.

No teníamos más comunicación con el exterior que un pequeño aparato de radio que era de Coco, pero ahora lo cargaba Benigno. Esa tarde Benigno escuchó una información confusa. Una emisora local anunciaba que el ejército había capturado gravemente herido a un guerrillero que, al parecer, era el Che. Desestimamos inmediatamente esta posibilidad, puesto que si lo hubiese sido, pensábamos, habrían hecho un gran escándalo, pensamos que el herido podría ser Pacho y la confusión derivaba de algún parecido que podría haber entre ambos.

Esa noche caminamos por quebradas infernales, riscos filudos y empinados, que ni las cabras habían escogido. Pero Urbano y Benigno, con su sentido de orientación extraordinario y una decisión inquebrantable, nos guiaban sacándonos lentamente del cerco.

Avanzamos poco. El día 10 nos sorprendió en un lugar

aun cercano a La Higuera y comentamos alegremente que el agua que estábamos tomando era la misma que más abajo tomaban los soldados. Otra vez estábamos esperando la noche para alcanzar el Abra del Picacho por donde pensábamos romper el cerco.

Aproximadamente a la una de la tarde, Urbano escuchó una noticia que nos dejó helados: las emisoras anunciaban la muerte del Che y daban su descripción física y su indumentaria. No había posibilidad de equivocarse, porque señalaban entre su indumentaria las abarcas que le había hecho el Ñato, una chamarra que era de Tuma y que el Che se ponía para abrigarse en las noches, y otros detalles que nosotros conocíamos perfectamente.

Un dolor profundo nos enmudeció: Che, nuestro jefe, camarada y amigo, guerrillero heroico, hombre de ideas excepcionales, estaba muerto. La noticia horrenda y lacerante, nos producía angustia

Permanecimos callados, con los puños apretados, como si temiéramos estallar en llanto ante la primera palabra. Miré a Pombo, por su rostro resbalaban lágrimas.

Cuatro horas más tarde el silencio fue roto Pombo y yo conversamos brevemente. La misma noche de la emboscada del Yuro los seis nos habíamos puesto de acuerdo para que él asumiera el mando de nuestro grupo hasta que encontráramos al Ché y al resto de nuestros compañeros. Era preciso, en este instante tan especial, tomar una decisión que honrara la memoria de nuestro querido jefe. Intercambiamos algunas opi-

niones y luego, ambos nos dirigimos a nuestros compañeros. Es difícil reflejar exactamentete, en los menores detalles, un momento saturado de tantas emociones, de sentimientos tan profundos, de dolor intenso y de deseo de gritar a los revolucionarios que todo no estaba perdido, que la muerte del Ché no se convertía en panteón de sus ideas, que la guerra no habla terminado.

¿Cómo describir cada uno de los rostros? ¿Cómo reproducir fielmente cada una de las palabras, de los gestos, de las reacciones, en aquella soledad impresionante, bajo la amenaza siempre permanente de una fuerza militar canibalesca que nos buscaba para asesinarnos y ofrecía recompensa por nuestra captura ‘’vivos o muertos”? Sólo recuerdo que con una sinceridad muy grande y unos deseos inmensos de sobrevivir, juramos continuar la lucha, combatir hasta la muerte o salir a la ciudad, donde nuevamente reiniciaríamos la tarea de reestructurar el Ejército del Che para regresar a las montañas a seguir combatiendo como guerrilleros.

Con voces firmes pero cargadas de sentimiento, esa tarde surgió nuestro juramento, el mismo que ahora cientos de hombres de muchas partes del mundo han hecho suyo, para plasmar en la realidad el sueño del Ché.

Por eso en la tarde del 10 de octubre Ñato, Pombo, Darío, Benigno, Urbano y yo dijimos en la selva boliviana. “Che: TUS IDEAS NO HAN MUERTO, NOSOTROS, LOS QUE COMBATIMOS A TU LADO, JURAMOS CONTINUAR LA LUCHA HASTA LA MUERTE O

LA VICTORIA FINAL. TUS BANDERAS, QUE SON LAS NUESTRAS, NO SERÁN ARRIADAS JAMÁS. VICTORIA O MUERTE!"

XI
La ruptura del cerco

¿Por qué sobrevivimos a los cercos que se nos tendiera después del Yuro, con fuerzas inmensamente superiores a nosotros en número y armamento?

Muchos pueden pensar que sólo se deba a ese factor primario que se llama "instinto de conservación" o al ansia de continuar viviendo. Creo sinceramente que no fue sólo eso.

Es cierto que queríamos continuar viviendo, pero eso no era todo. Esencialmente éramos agresivos y estábamos dispuestos a dar combate en cualquier circunstancia, como lo hicimos siempre.

¿Era imposible, entonces, romper el apretado cerco enemigo y regresar a la ciudad en busca de contactos para continuar la lucha?

La tarde del 10 de octubre, después que juramos no desertar jamás del proceso revolucionario, planificamos la ruptura del cerco y decidimos buscar al resto de los sobrevivientes. Por la radio nos informamos que el ejército sabía que sólo quedábamos con vida 10 guerrilleros; nuestro grupo integrado por los seis ya mencionados y otro, cuya dirección de marcha no conocíamos, pero

suponíamos que era la misma que la de nosotros, integrado por Chapaco, Moro, Eustaquio y Pablito. En la identificación nuestra y en el dato del número exacto de los que quedábamos, colaboraron los desertores Camba y León. Ya nos habíamos dado cuenta de la forma en que se extendía el cerco enemigo, sus características y la forma en que procedían los soldados. Por eso decidimos romperlo por la parte más abrupta. Infortunadamente el día 11 fueron muertos en la desembocadura del río Mizque los compañeros Moro, Pablito, Eustaquio y Chapaco. Seguramente habían tomado la misma decisión nuestra, de no entregarse jamás, y murieron combatiendo dignamente. Ellos habían escogido un rumbo contrario al nuestro (al sur), seguramente buscando también la ciudad. Sólo quedábamos nosotros.

Estábamos en malas condiciones físicas. Habíamos comido poco y realizado un gran esfuerzo en los días anteriores, al margen de que las grandes tensiones también habían hecho efecto sobre nuestro organismo.

Volvimos a aligerar la carga. Ñato, que llevaba todo el instrumental médico, lo enterró, pues en el futuro no nos serviría, y convirtió en olla la caja metálica que antes servía para esterilizar. La sopa de harina que cocinamos después de tantos días de privaciones sólo sirvió para "engañar las tripas", pero no reparó nuestras fuerzas.

Al comenzar la madrugada del 12 de octubre empezamos a marchar en dirección a un sector del cerco. A las 3 de la mañana cruzamos el camino de La Higuera al

Abra del Picacho, el mismo que ya antes habíamos hecho con el Ché. Todo estaba silencioso. Cuando clareó ya estábamos al otro lado del Abra. Caímos cerca de una choza y decidimos llegar hasta allí para preguntar a sus moradores la ubicación exacta del lugar, reorientarnos, tratar de abastecernos de alimentos y continuar. Buscamos a los campesinos pero no encontramos a nadie. Quedarse en la choza era demasiado peligroso, por lo que estimamos más conveniente ocultarnos en los espinales que rodeaban la casa.

Dos hechos, totalmente antagónicos, marcaron el transcurso del día. Un muchacho de unos 12 años, muy despierto, nos identificó el lugar exacto donde estábamos, nos indicó la dirección del río, nos prestó una olla para cocinar y empezó a ordeñar una vaca para darnos leche. Desgraciadamente un campesino que pasaba por el lugar nos vio y corrió hacia el Abra a denunciarnos a los soldados que en buen número se encontraban concentrados allí como parte del cerco estratégico que habían tendido alrededor de nuestra mermada columna. Por nuestra debilidad física no pudimos darle alcance. Tampoco quisimos dispararle, precisamente porque se trataba de un campesino.

En esta emergencia nos vimos obligados a partir Inmediatamente, sin cocinar y sin esperar la leche. Caminábamos bordeando un arroyo muy encajonado que desemboca en el río San Lorenzo, cuando Urbano, que caminaba a la vanguardia, vio a los soldados que ya

habían tomado posiciones. Provistos de todos los recursos técnicos se nos habían adelantado, y allí estaban esperándonos.
Urbano, de reflejos rápidos disparó instantáneamente. Los soldados replicaron al fuego.
Ésta fue la última vez que cargamos las mochilas; obligados por las circunstancias a eludir con rapidez al enemigo, sacamos sólo la ración de azúcar y nuestras respectivas chamarras. El resto lo botamos.
Subimos por una empinada ladera, muy abrupta y peligrosa, para caer al otro lado del arroyo. Como ésa es una zona que sólo tiene árboles en las quebradas, nos veíamos en la obligación de salir de cualquier manera para ubicar un lugar mejor.
Nos arrastramos hasta llegar a una especie de "isla" de monte, con una superficie aproximada de 50 metros cuadrados. La situación era relativamente peor que la anterior, porque el pequeño campo estaba rodeado por pampas abiertas donde los soldados podían matarnos fácilmente. Nos ocultamos y guardamos silencio, esperando que no nos hubiesen detectado hasta que cayera la noche para salir.
Algunos campesinos comenzaron a rondar la zona El ejército nos empezó a cercar. Aproximadamente a las 16 y 30 horas del 12 de octubre, un círculo compacto de soldados estrechaba sus posiciones en torno a la isla". Era la mejor oportunidad para eliminarnos, pero la ultima palabra no estaba dicha.

Los seis compañeros resolvimos agruparnos en la parte más alta del pequeño bosque y responder al fuego enemigo solo cuando estuviéramos seguros de dar en el objetivo. Los soldados empezaron a disparar, a insultarnos y a exigirnos la rendición. Nosotros nos manteníamos en silencio, atentos a las maniobras que ellos estaban realizando.

Fueron momentos sumamente difíciles. Pensábamos que había llegado nuestro último momento, de manera que nos preparamos para caer dignamente. En uno de esos instantes propuse enterrar el dinero que nos quedaba y los relojes para que no cayeran en poder de los soldados, pero Pombo. con mucha seguridad, afirmó que el cerco se podía romper en la noche. Todos seguimos entonces con nuestras respectivas pertenencias. El silencio desconcertó al ejército. Algunos soldados, reflejando su miedo, gritaban:

-Aquí no hay nadie, vámonos.

Otros nos insultaban. Pronto se inició una nueva operación. Grupos de soldados empezaron a "peinar" la islita, tarea fácil si se consideraba su reducido tamaño. Cuando los tuvimos cerca disparamos. Tres soldados y un guía cayeron muertos. Las tropas se replegaron, pero en seguida nos empezaron a tirar rafagazos de ametralladora y granadas, pues ya estábamos ubicados. Pero también varió su tono insolente. Ahora ya no nos insultaban, sino nos gritaban: -Guerrilleros ríndanse. Para qué siguen combatiendo si ya murió su jefe...

Como había previsto Pombo, el fuego cesó apenas cayó la noche. Pero para desgracia nuestra apareció una luna hermosa, que derramaba su luz por todos los rincones. Intentar la salida en tales circunstancias era arriesgar demasiado.
Nos quedamos vigilantes. El frío que se descargó con una inclemencia terrible traspasaba la ropa y nos llegaba hasta los huesos. Tiritábamos mientras mirábamos el cielo, esperando que se ocultara la luna.
A las tres de la mañana las sombras se descolgaron por todo el sector. Este era el momento que habíamos esperado con impaciencia. Nos arrastramos lentamente; para sorpresa nuestra los soldados se habían replegado un poco. Al parecer las cuatro bajas que habían sufrido la tarde anterior los había obligado a tomar precauciones. Pronto llegamos cerca de las posiciones enemigas. Los puestos de los soldados estaban situados a una distancia de cinco metros entre sí. El clima y la espera también los había afectado.
Seguimos avanzando cuando de pronto uno de los soldados, en lugar de disparar nos gritó: -Alto, quién anda ahí...! Fue nuestra salvación. Nos lanzamos a una de las trincheras, matamos a dos soldaditos y nos quedamos ahí, reagrupados. Se generalizó un tiroteo intenso que duró aproximadamente 15 minutos o más. Cuando terminó empezamos a salir. El cerco más cerrado que nos había tendido el ejército estaba roto.
Nuestra salida del monte ha servido para que escritores y periodistas divulguen historias fantásticas. Algún día,

porque ahora no es el momento ya que perjudicaríamos a los campesinos que nos ayudaron, relataremos los detalles de esta acción que de verdad tiene aspectos increíbles y fascinantes. Bástenos sólo afirmar que, sin esa solidaridad, nuestra supervivencia habría sido sumamente difícil.

A partir de la madrugada del 13 de octubre caminamos solamente de noche, tratando de eludir el contacto con la población, excepto en las ocasiones en que este contacto era imprescindible para adquirir alimentos o recoger información. Teníamos cierta desconfianza porque algunos campesinos -no todos ni la mayoría- motivados por la recompensa de 10 millones de bolivianos que se ofrecía por nuestras "cabezas", como lo anunciaban las radios, corrían a denunciarnos a los soldados. Pero hubo muchos que nos ayudaron a salir de la zona neurálgica, nos guiaron hasta Valle Grande, nos proporcionaron alimento, nos dieron valiosa información y guardaron silencio a pesar de los golpes, las amenazas v hasta los robos de que fueron víctimas por parte del ejército.

Durante un mes caminamos buscando la carretera Cochabamba - Santa Cruz. El día 13 de noviembre intentamos nuestra primera salida seria hacia la ciudad. Ñato y Urbano llegaron hasta Mataral a comprar abarcas y ropas para cambiar nuestros raídos "trajes" y modificar nuestra apariencia patibularia. En la tienda del lugar ambos recogieron la información de que los soldados

habían detectado nuestra presencia y se aprestaban a combatirnos. Inmediatamente regresaron para avisamos. Por la tarde divisamos varias patrullas que nos buscaban insistentemente. Permanecimos ocultos todo eI día. Esa noche empezamos de nuevo a caminar, cruzamos la carretera y tratamos de alejarnos del sector. Sin embargo el 14 nos descubrió el ejército y nuevamente sostuvimos un combate desigual. En el alto de una loma, cuando ya estábamos próximos a eludir a la fuerza enemiga, un tiro derribó al Ñato. Formamos una línea de defensa, y lo arrastramos hasta nuestras posiciones. Pero ya estaba muerto,

El Ñato, hombre querido por todos, firme en sus convicciones, valiente, atento a solucionar estos pequeños problemas domésticos que a veces, si se acumulan, provocan tantas consecuencias desagradables, moría en el último combate, después de afrontar peligros mayores que éste, en el que perdió la vida. Son las sorpresivas alternativas de la guerra. Como homenaje sencillo a este prototipo de hombre de pueblo, sólo cabría decir:

-Fue un guerrillero cabal, y un hombre leal con las ideas de liberación.

A partir de Mataral marchamos paralelos a la carretera, esperando que la gente de la ciudad, que había recibido duros golpes, se diera cuenta de nuestra maniobra y acudiera a ayudarnos para salir del monte. Sin embargo la fuerte represión había destruido la débil organización que dejamos, y los cuadros que quedaban también

se encontraban en una situación difícil, lo que impedía buenas condiciones de operatividad. La maniobra nuestra fue detectada fácilmente por el ejército, ya que inevitablemente Íbamos dejando rastros a nuestro paso. Por eso, hasta diciembre sostuvimos muchas otras escaramuzas con los soldados, provocándoles nuevas bajas. Deliberadamente nunca hemos explicado nuestra salida del monte, porque ella pone en peligro la vida de varios campesinos y sus familiares que se jugaron enteros por nosotros, así como honestos revolucionarios de la ciudad. Ellos comprendieron el sentido de nuestra lucha y arriesgando lo poco que tienen crearon las condiciones para que pudiéramos iniciar la etapa de reestructuración del E.L.N. Algún día no lejano habrá que hacerles justicia. Es necesario advertir, sin embargo, que esa actitud solidaria y generosa desmiente categóricamente a quienes pretenden hacer creer que la población rural es impermeable a las ideas revolucionarias, y que con ellas "no hay nada que hacer". Afortunadamente, y con orgullo, nosotros podemos decir lo contrario. Además, estamos seguros de que en la próxima etapa de la lucha guerrillera el campesino, tarde o temprano, estará masivamente con nosotros, pues nuestro ejército representa sus ideales de superación social, económica y política.
Como breve epílogo podemos decir: Urbano y yo fuimos los primeros en salir a la ciudad. Allí tomamos contacto con otros compañeros y organizamos la salida de Pombo, Benigno y Darío.

El resto de la historia es conocida, pero no ha terminado aún. La segunda parte se escribirá pronto y con nuevas acciones guerreras en las selvas bolivianas.

XII
El foco: esperanza de liberación

Desde su aparición, la guerrilla boliviana despertó las esperanzas de América Latina y de otros continentes y se convirtió en el centro de polémicas que aún no se acallan. Se puede decir, sin temor a equivocaciones, que durante más de un año catalizó la política internacional directa o indirectamente. Si en el plano externo obtuvo tal gravitación es obvio que los sucesos nacionales aun giran en torno al foco, a los acontecimientos guerreros, que conmovieron al mundo por la participación del Chey las proyecciones continentales que tuvo esta gesta. Hoy, con más madurez y con una impresión más exacta de lo que sucedió, el pueblo espera anhelante el resurgimiento de un "foco" que sea la continuación del que nació en Ñancahuazu. Su reaparición provocará nuevos fenómenos políticos y remecerá la conciencia de las masas adormecidas de este continente.

A poco más de un año de la muerte del Che en la quebrada del Yuro es necesario realizar un balance sereno que permita al pueblo conocer "desde dentro" las verdaderas perspectivas de la lucha armada

-¿Murieron con el Che la teoría del foco y las pers-

pectivas de liberación continental? La respuesta debe ser honrada. Para los críticos interesados, para los que deseaban el fracaso de esta empresa heroica, en el Yuro quedó sepultaba toda perspectiva de hacer triunfar en América un movimiento armado de liberación. Incluso algunos sectores que impúdicamente se autodenominan "vanguardia del pueblo" han calificado la primera etapa de la lucha guerrillera en Bolivia como un "Waterloo". Es innecesario recalcar lo que se demuestra en uno de los capítulos de este libro: su traición fue un eficaz instrumento de ayuda al imperialismo. No es por casualidad que el general norteamericano Westmoreland, el fracasado estratega de la guerra del Vietnam, los haya ungido en la reunión de la Junta Interamericana de Defensa en Brasil, como una fuerza "colaboracionista" del imperialismo.

Estos sectores son los que se han empeñado con más obstinación en divulgar que la teoría del foco guerrillero no es más que un aventurerismo de izquierda. Lo cierto es que en este continente, un solo país se ha liberado realmente y marcha hacia la construcción del socialismo. Y su independencia la logró mediante la lucha armada y el desarrollo de un foco guerrillero. Por el contrario nadie puede demostrar todavía que mediante otras formas de lucha, conciliaciones con una burguesía inservible y lacaya del imperialismo, el pueblo haya podido conquistar el poder

¿Es el foco guerrillero un concepto estratégico y táctico

equivocado? ¿Qué significación tuvo en Bolivia y qué puede esperarse de él?

Más que conceptos teóricos preferimos mostrar ejemplos y sintetizar la historia de esta experiencia, que influirá hondamente en América Latina. Una revolución necesita irradiarse y catalizar al pueblo. Nosotros consideramos nuestro pueblo a toda la población de este continente. Por esta razón, para irradiarse la revolución necesita de un centro de operaciones político-militar, de un foco que permita extender la lucha armada a las más vastas latitudes. Aspirar a la liberación de una pequeña zona, conformarse con ella y defenderla, pensando que el enemigo actuará débilmente es caricaturizar la lucha armada.

El foco necesita apoyo universal, aunque es evidente que en la primera etapa de la lucha sólo participa la vanguardia. De un lado está la guerrilla y del otro el ejército lacayo con un extraordinario apoyo externo, con la intervención grosera y descarada del imperialismo. La masa se mantiene en el medio expectante, obligada a veces a colaborar con el enemigo mediante el terror planificado que generalmente termina en masacre. Es necesario que la guerrilla crezca y se desarrolle, que imponga respeto para que la masa se decida a volcarse detrás de esa vanguardia. Pero en el primer momento es imperioso que la guerrilla sobreviva. En el caso del foco boliviano, las fuerzas guerrilleras no lograron superar la primera etapa por razones distintas

a las que se han divulgado distorsionadamente.
En primer lugar hubo factores ajenos a nuestra voluntad, pero que posteriormente fueron cargados a nuestra larga lista de "errores". Tal es el caso de la ciudad. El foco necesita base de apoyo para solucionar diversos problemas logísticos. En estas circunstancias la ciudad Juega un papel interesante, aunque no decisivo porque su trabajo, de todas maneras, no determina la suerte de la guerra. Sin embargo es imprescindible contar con el apoyo de la ciudad, no sólo para la logística y la información sino, y como tarea importantísima, desarrollar la agitación entre las masas urbanas en torno al "foco" y sus acciones, llevar la guerra a todos los confines del país, y que ésta no sólo se desarrolle allí donde se encuentra el "foco", borrar el concepto de retaguardia del enemigo, y convertir el suelo que pisa en arena movediza. Una guerra sin frentes, En el caso de nuestro "foco" todo este aparato no pudo ser estructurado por las limitaciones de tiempo después que el PC negó este aporte. Era difícil montar un aparato eficiente en vísperas de los primeros combates. Cometimos el error, es cierto, de confiar en quienes se proclamaban revolucionarios pero que, en la practica, dieron la espalda a la revolución. Esta lección la hemos aprendido y no se repetirá. Hubo también presiones inherentes a nuestra columna que son de nuestra exclusiva responsabilidad. Es justo reconocer que la necesidad de sacar de la zona de operaciones a Debray y Bustos limitó nuestras po-

sibilidades de acción, así como la posterior búsqueda permanente y absolutamente necesaria de Joaquín y la retaguardia nos restó libertad de maniobra.

Pero ¿puede considerarse esta circunstancia un error táctico o estratégico del "foco"?

A pesar de estos factores adversos la guerrilla ejerció una acción catalizadora, puesto que provocó inseguridad en el gobierno, obligó a los partidos de izquierda a solidarizarse con la guerrilla para evitar el desbande de su militancia, y se notó una gran efervescencia en el proletariado minero y justas demandas de mejoramiento económico-social, las que fueron ahogadas en sangre.

Desde marzo de 1967 hasta el presente, toda la política boliviana se desarrolla necesariamente, en torno de las actividades del "foco"; las guerrillas se han convertido en una pesadilla constante que provoca el insomnio de los gorilas de esta parte del continente. Para todos está claro que la interrupción de la lucha es simplemente una tregua que será rota en poco tiempo más.

Por otra parte se ha tejido una verdadera mitología en relación con la falta de apoyo campesino. Por las presiones descritas, nuestro paso por las poblaciones campesinas fue fugaz. Prácticamente no tuvimos contacto con ellos, de manera que mal podíamos persuadirlos si no existía convivencia. A pesar de ello, en algunos capítulos de este libro se puede apreciar claramente que cada vez que tuvimos oportunidad de permanecer un tiempo relativamente más largo con los campesinos

logramos, por lo menos, interesarlos o neutralizarlos y, en casos notables, su valiosa colaboración. Ejemplo elocuente es la actitud que observaron en Moroco y posteriormente en el transcurso de Pujío a La Higuera. No podemos caer en el error de magnanimizar esta conducta, pero tampoco debemos despreciarla.

Por otra parte nosotros no nos hicimos jamás la ilusión de que el apoyo campesino sería instantáneo. Estábamos conscientes de que en un principio el campesinado sería en su mayoría una fuerza expectante e incluso, obligado por eI terror, a ser colaborador del ejército. Con la acción permanente, la capacidad de vencer que se le muestra al campesino, y la convivencia con él lo neutralizarán primero, y lo convertirán en la base fundamental del ejército guerrillero después.

Estamos convencidos de que el campesinado es una fuerza potencialmente revolucionaria, y que de allí saldrán cuadros valiosos que nutrirán nuestro Ejército de Liberación. Por otra parte el campesino fue totalmente impermeable a la calificación de "extranjeros" que el gobierno aplicó despectivamente a combatientes heroicos de Latinoamérica, que llegaron a luchar por la liberación de Bolivia. Si en algo influyó esta propaganda en la ciudad -efecto que no está absolutamente medido ni probado- en el campo su acción fue muy pobre.

A poco más de dos años desde la aparición de la guerrilla, consideramos que el pueblo ha avanzado notablemente en su grado de madurez, y su sentimiento de simpatía

para los combatientes de otras latitudes, se ha acrecentado. Ésta es también una actitud positiva del "foco"', pues ha contribuido a erradicar sentimientos chauvinistas.

Pero eso no es todo. Nuestra guerrilla fue una fuerza agresiva que se hizo respetar en un lapso relativamente breve. Aunque estratégicamente estuvo a la defensiva, tácticamente estuvo a la ofensiva, siempre observando rigurosamente la máxima del Che de que "los combates se ganan o se pierden pero se dan".

Estuvo "estratégicamente a la defensiva" porque no siempre escogimos el terreno que nos convenía, por circunstancias transitorias. Hemos explicado suficientemente la situación de la retaguardia dirigida por Joaquín, lo que nos obligó a buscarlo incesantemente. A ello se agrega el problema de los enfermos y la falta de apoyo de la ciudad, que, en muchas oportunidades, nos obligó a caminar por lugares desprovistos de vegetación, inexplorados, donde el ejército podía emboscarnos con relativa facilidad. Siempre estuvimos conscientes de este factor pero ello no nos acobardó. Como fuerza ofensiva ha llamado inclusive la atención de los estrategas del imperialismo, porque con una fuerza numéricamente escasa, el Che pudo desmoralizar durante largo tiempo al ejército regular, y lo derrotó en sucesivas oportunidades. Su ofensiva táctica consiste en que siempre tuvo la iniciativa en los combates.

A nuestro juicio, el "foco" guerrillero sigue teniendo vigencia. Su derrota transitoria no significó su desapa-

rición. En tal caso boliviano cumplió un papel fundamental, enriqueciendo las condiciones subjetivas, mostrando universalmente las condiciones miserables de vida de la población y desarrollando vertiginosamente la conciencia de una masa que espera ansiosa la hora de combatir. Aún hoy, sin acción armada, el foco sigue teniendo una gravitación fuerte.

XIII
Che: hombre del siglo XXI

Che fue un hombre del siglo XXI.

Aunque su nombre resplandece en la historia "solo" como un genio militar, el desarrollo político y social de los pueblos, que brotará como un torrente de la lucha de liberación, lo tendrá que situar como el revolucionario más completo de nuestra época.

Ernesto Guevara y Fidel Castro aparecen en el escenario continental en un momento histórico en que el imperialismo norteamericano ejerce sin contrapeso su dominación sobre nuestros países; ordena masacres en forma sistemática; cambia a gobiernos corrompidos por otros más inmorales; los gobernantes tradicionales se disputan el triste cetro de quién es más lacayo y servil y se presencia el grotesco espectáculo de veinte manos extendidas pidiendo limosna a Estados Unidos; los pueblos son dirigidos por núcleos claudicantes, políticamente petrificados y fatalistas, incapaces de catalizar a

esa cantera generosa y rica que es la masa, para iniciar la gran aventura de nuestra independencia definitiva.
Existe desencanto, frustración y desconfianza.
En medio de esa noche negra de coloniaje y opresión, la Revolución Cubana, victoriosa sangre de pueblo hecho poder, muestra un camino para sacudir las cadenas. Camino duro, cruel y largo, pero el único real para triunfar: la lucha amada.
Enérgicamente derriba viejos y nuevos mitos creados por fuerzas seudorrevolucionarias que, al enquistarse dentro del sistema, se convierten en parte de él. Cuando más, tratan de introducir reformas para perfeccionarlo. En la práctica se olvidan de que el imperialismo es nuestro principal enemigo y que hay que combatirlo hasta extirparlo de raíz.
América oprimida, patria con líderes sin vigencia, se nuclea entonces esperanzada tras la bandera de los nuevos conductores: Che y Fidel. Che se identifica con el pueblo y se funde con él para emerger más enriquecido ideológicamente, más puro. A su vez el pueblo se identifica con el Che y trata de formarse en su ejemplo. Y esa revolución, considerada como fenómeno "excepcional", remece a las masas adormecidas por principios ideológicos monstruosamente deformados.
Che rescata la ideología revolucionaria, la coloca en su justo lugar, le da interpretaciones correctas y la enriquece con aportes teóricos que tendrán vigencia mientras exista opresión imperialista. Después entramos de

lleno al mundo del hombre nuevo, que él se empeñó en formar, tipificó y representó con su ejemplo de heroísmo que ahora motoriza a juventudes de todos los continentes. La huella de su humanismo está impresa en todos sus actos. Constructor de vanguardia de la sociedad socialista cubana, destruyó implacablemente el falso concepto de excepcionalidad que se le otorgó a esta revolución. Porque no creía en esta supuesta excepcionalidad, sistematiza el pensamiento bolivariano de que "la Patria es América" impulsando a nuestros pueblos a convertir este continente oprimido en un escenario de la guerra antiimperialista tan importante como el heroico Vietnam.

Che no dudó jamás de que en América Latina son más fuertes los factores que nos unen de los que nos separan: tenemos un lenguaje común: excepto en Brasil; tradiciones, costumbres v tradición socioeconómicas similares. Somos explotados brutalmente por el imperialismo. La democracia es una simple ficción. Estamos gobernados por tiranos, y los países que tenían débiles rasgos de democracia burguesa los han trocado en masacres horrendas, hambre y cárcel para el pueblo.

Heredamos de los españoles colonialistas las formas feudales de la explotación de la tierra. El desarrollo del capitalismo crea nuevas situaciones y los patrones latifundistas se alían con el imperialismo para crear el capital financiero y monopolista cuyo radio de acción es mundial. Se pasa la etapa del colonialismo económico

generosamente calificado de "subdesarrollado" por los economistas domésticos.

El subdesarrollo no es otra cosa que la explotación, el saqueo de nuestras riquezas por la potencia imperial, el subempleo, la cesantía, el hambre y la miseria. En todos los países latinoamericanos, excepto Cuba, el panorama es idéntico.

Las condiciones objetivas, entonces, para la liberación continental, están dadas por los factores enumerados, por la represión brutal y desmedida, por el odio que se acumula cada vez con más fuerza en el pueblo. Como valor subjetivo sólo falta la conciencia (elemento tan indispensable en cada análisis que se haga sobre el Che) de que la victoria sobre el imperialismo mediante la lucha armada llegará tarde o temprano, que es el único camino posible para alcanzar la libertad.

La excepcionalidad no existe. Sólo ha cambiado la "calidad" de la lucha. Ahora será más sangrienta, sin tregua, más dura, como se demostró ya en las montañas de Ñancahuazú. El imperialismo aprendió su lección. No está desprevenido.

Por eso Che escoge a Bolivia como foco inicial de la gesta libertadora continental. Sus misérrimas condiciones de vida son producto de la fría explotación imperialista en complicidad con los gobernantes lacayos. Aquí está todo por hacer; desde una revolución agraria que cree formas de vida modernas y satisfaga las necesidades del pueblo, hasta un desarrollo industrial sólido,

que lo independice de la importación de productos manufacturados esenciales, vendidos a precio de usura y en condiciones humillantes.

Hombre de fina percepción, el Che comprende que es inhumano que una población de cuatro millones de habitantes consuma apenas 1.800 calorías diarias por persona, cuando el consumo necesario para subsistir en condiciones adecuadas es de 3.000 calorías; que se consuma 30 litros de leche o productos lácteos por persona al año, cuando en los países desarrollados el consumo es de 300 litros; que el 10% de la población no tenga casa donde vivir, y que las que existen, incluyendo las de los oligarcas y corrompidos del régimen, sean malas, no reúnan condiciones de salubridad, porque el 86% de ellas no están dotadas de instalaciones de agua en su interior, y que el 42% de la población muera de desnutrición o por enfermedades parasitarias. Esta es otra de las causas principales de su viaje a Bolivia.

La grandeza del Che resalta con más nitidez cuando interpreta a Marx, "monumento de la inteligencia humana'", como acostumbraba a definirlo, para normar todos sus actos y para desarrollar dentro de la sociedad cubana y, por qué no decirlo, en una masa tan heterogénea como es la europea, la asiática y la americana, una conciencia que permita al hombre obtener una verdadera liberación en toda su extensión. Y eso es el comunismo. Porque a la luz de los hechos nadie podrá discutir ya que el Che fue un verdadero comunista, el mejor de todos,

en una época en que la lucha ideológica lleva al mundo a sucesivas guerras (Cuba, Corea, Argelia y Vietnam).
De esta conciencia decantada o, en términos no exagerados, purificada, derivan conceptos económicos que colocan a Marx no en calidad de fetiche, de ideas que pierden su sentido original, sino en posición de pensamiento vivo y activo. Lo mismo hace con Lenin.
Ejemplos son la NEP, la teoría del valor y la planificación socialista. ¡Cuántos economistas famosos, cuya palabra era considerada ley, caen pulverizados por los disparos conceptuales del Che!
Con rigurosa seriedad científica demuestra que la NEP (nueva política económica de la URSS) es una concepción leninista transitoria para desarrollar las bases da la sociedad soviética. Es un repliegue táctico en un momento especial de la historia del primer país socialista del mundo. Sin embargo, en forma dogmática y ligera, muchos economistas y dirigentes de la política económica de varios países socialistas, la aplicaron o la aplican otorgándole validez universal permanente. Consecuencias de ese falso análisis son los retrasos y altibajos económicos que surgen más tarde en los países socialistas. Por eso defiende con firmeza la dirección política económica partiendo de que "el comunismo es una meta de la humanidad que se alza conscientemente".
De la aplicación mecánica de la NEP nacen graves contradicciones que el Che no vacila en atacar, una vez que las ha detectado, sin temor a que los teóricos equi-

vocados lo combatan despiadadamente. Así es posible presenciar discusiones de elevado nivel en las que el Che planta una bandera que para nosotros tendrá una vigencia permanente, cuando dice:

"Sí, el estímulo material se opone al desarrollo de la conciencia, pero es una gran palanca para obtener logros en la producción. ¿Debe entenderse que la atención preferente al desarrollo de la conciencia retarda la producción? En términos comparativos, en una época dada es posible, aunque nadie ha hecho los cálculos pertinentes; nosotros afirmamos que en tiempo relativamente corto el desarrollo de la conciencia hace más por el desarrollo de la producción que el estímulo material, y lo hacemos basados en la proyección general del desarrollo de la sociedad para entrar al comunismo, lo que presupone que el trabajo deja de ser una penosa necesidad para convertirse en un agradable imperativo".

Ante los ojos asombrados del mundo crece y se desarrolla ahora una nueva sociedad socialista, la de Cuba, mejorada, heroica, solidaria con todas las luchas de liberación, que practica activamente el internacionalismo proletario, que vence las dificultades porque tiene una conciencia desarrollada: la que Che, Fidel y los más esclarecidos dirigentes le dieron en el exacto momento histórico.

Por esta razón no hablamos del Che como una cosa muerta: sus ideas están vigentes. Al hablar de Ché no podemos dejar de mencionar a Fidel, ni al hablar de

Fidel podemos dejar de mencionar a Che.
La influencia que ha ejercido el Che en la juventud de varios continentes, su magnetismo personal y su grandeza se acrecentaron hasta convertirse en una leyenda apasionante, que movilizó al imperialismo a presionar a través de sus medios publicitarios para que se anunciara donde estaba.
Paralelamente se inició una campaña publicitaria fabulosamente orquestada y sostenida durante largo tiempo, con el objetivo de tratar de disminuir su figura y neutralizar, aunque fuera levemente, el impacto político, militar y emocional que provocaría su aparición dirigiendo la lucha de liberación en algún lugar del mundo. Con este objeto se inventaron rencillas entre Che y Fidel, discrepancias entre Che y la Revolución Cubana (que era parte de él mismo), presentándolo como un hombre "herido en su amor propio", "despreciado, atacado por sus ex-amigos". En esta forma el gesto grandioso del Che, su responsabilidad dirigiendo un foco guerrillero, podría aparecer mezquino, personalista y hasta resentido.
Este problema preocupó al imperialismo desde el año 1965, y desde entonces hasta ahora, a poco más de un año de su muerte, la CIA ha empleado diversos agentes y medios para desarrollar esta labor. El más notorio de estos agentes, por los medios de difusión que se pusieron a su alcance, es el abogado de nacionalidad argentina Ricardo Rojo, autor de un folleto titulado "Mi amigo el Che".

Es infantil presumir que el Che pudiese haberme entregado una lista de sus amigos. Es indudable que un revolucionario sólo considera amigos a sus camaradas de lucha. Y en este sentido el Che fue siempre categórico, para delimitar dónde empezaba y dónde terminaba la amistad. Ejemplos notorios se pueden encontrar en todos sus escritos, partiendo de los episodios guerreros de la Sierra Maestra, hasta su Diario en Bolivia. Che era un hombre capaz de emocionarse y en su vida de guerrillero y conductor de pueblos siempre tuvo un gesto sentido, una palabra cariñosa para sus amigos. Y amigo del Che fue "Patojo", el revolucionario guatemalteco que murió combatiendo por la libertad de su patria. Amigo del Che era Camilo, el legendario guerrillero de la Sierra Maestra. A otros hombres los quiso en un sentido diferente, como quiere un padre a sus hijos. Es el caso de Tuma y Rolando.

Frente a figuras tan limpias y heroicas, ¿pudo el Che alguna vez considerar "su amigo" a un individuo de una línea política tan zigzagueante y tortuosa como Ricardo Rojo? que es el mismo que comerció con la vida y memoria de los guerrilleros de Salta, que esperó la muerte de la madre del Che para inventar diálogos y conversaciones con ella y con su hijo.

No me hubiese referido a las calumnias de Rojo contra Che y las supuestas divergencias con la Revolución Cubana, pues ellas ni siquiera son novedosas, si no fuera que alguna gente de buena fe pudiere considerar que

el relato mal intencionado de Rojo estuviese escrito por un amigo y porque algunos párrafos presentados, para que aparezcan verosímiles, no pueden ser desmentidos por sus protagonistas porque ya están muertos.

Afortunadamente, por la misma fuerza moral del Che, que guiaba todos sus actos, y por su conducta heroica, demostrada en muchas batallas, ninguna leyenda tortuosa urdida por la CIA o por sus agentes, algunos de los cuales con audacia y descaro se autotitulan "amigos", podrá empañar su querida figura o manchar su paso de revolucionario por Cuba, donde dejó un pueblo que lo ama.

La identificación entre Che y Fidel, el respeto y cariño mutuos, eran indestructibles. No es casual que el Che, hombre que odiaba los halagos personales o para otros, haya escrito sobre Fidel:

"Tiene las características de gran conductor que, sumadas a sus dotes personales de audacia, fuerza y valor, y a su extraordinario afán de auscultar siempre la voluntad del pueblo, lo han llevado al lugar de honor y de sacrificio que hoy ocupa. Pero tiene otras cualidades importantes, como son su capacidad de asimilar los conocimientos y experiencias para comprender todo e! conjunto de una situación dada, sin perder de vista los detalles y su inmensa fe en el futuro, v su amplitud de previsión para prevenir los acontecimientos y anticiparse a los hechos, viendo siempre más lejos y mejor que sus compañeros. Con estas grandes cualidades cardinales, con su capacidad de aglutinar, de unir,

oponiéndose a la división que debilita; su capacidad de dirigir a la cabeza de todos la acción del pueblo; su amor infinito por él, su fe en el futuro y capacidad de preverlo, Fidel Castro hizo más que nadie en Cuba para construir de la nada el aparato, hoy formidable, de la Revolución Cubana".

¡Cuánta sinceridad hay en este juicio! Para nosotros que convivimos con el Che hasta la batalla final, que aprendimos a conocerlo como ser humano integral, como soldado, comandante y camarada insuperable, las obligaciones de la Revolución Cubana -vanguardia de nuestra Patria Americana- son más grandes.

Así también la identificación de Fidel con el Che, del pueblo cubano con el Che, son absolutas. Nadie mejor que Fidel para sintetizar el dolor que causó su muerte:

".. .Nos duele no sólo que se haya perdido como hombre de acción, nos duele lo que se ha perdido como hombre virtuoso, nos duele lo que se ha perdido como hombre de exquisita sensibilidad humana, y nos duele la inteligencia que se ha perdido. Nos duele pensar que tenía sólo 39 años en el momento de su muerte, nos duele pensar cuántos frutos de esa inteligencia y de esa experiencia que se desarrollaba cada vez más, hemos perdido la oportunidad de percibir.

"Desde el punto de vista revolucionario, desde el punto de vista de nuestro pueblo, ¿cómo debemos mirar nosotros el ejemplo del Che? ¿Acaso pensamos que lo hemos perdido? Cierto es que no volveremos a ver nue-

vos escritos, cierto es que no volveremos a escuchar de nuevo su voz. Pero el Che le ha dejado al mundo un patrimonio, un gran patrimonio; nosotros -que lo conocimos tan de cerca-, podemos ser en grado considerable herederos suyos".

Nosotros, guerrilleros del E.L.N., queremos aspirar también a ese honor. Y ningún camino más puro, más honesto, que reiniciar la lucha continental en el escenario que lo dejó impreso en el sitial más alto de la historia:

Bolivia. ¡VICTORIA O MUERTE!.

Bolivia, 1969

Inti y Coco, combatientes

Antonio Peredo Leigue

El casete dejaba escuchar la melodía que siempre me conmovió:
"Un día, Coco Peredo, en Ñancahuazú..."
Regresábamos de Vallegrande ya de noche, dando tumbos por el camino accidentado. Mi hermano manejaba el jeep. En el asiento trasero, dos compañeros cubanos iban tan callados como nosotros. Ensimismado como todos, Chato no apreciaba los peligros que se asomaban a cada vuelta del camino. Apenas podía ver cinco metros por delante, pero manejaba como queriendo vencer las distancias a toda velocidad. En un momento, sentimos que el vehículo se inclinaba peligrosamente; apenas se oyó un "¡cuidado...!" y luego volvió el silencio. Afuera sólo alumbraban los conos de las luces delanteras del jeep. Adentro, no era posible ver nada. La música fue inundándome poco a poco hasta que me hizo estallar. Entonces lloré. Lloré silenciosamente, tragándome los sollozos. Dejé que las lágrimas corriesen libremente por mi cara. No intenté limpiarme. No sé si mis acompañantes sintieron aquella opresión que me invadió y la forma en que se liberó, calladamente, con fuertes estremecimientos. Tres pequeños cajones iban atrás. Los restos de Miguel, Julio y Coco estaban en cada uno de ellos. La muerte los había alcanzado más de 30 años atrás, en una de las últimas acciones de lo que históricamente se conoce como la guerrilla de Ñancahuazú. De aquel Ñancahuazú que había cantado Malaco Méndez Roca, imaginando las proezas de esos muchachos que conoció

niños y vio crecer en las polvorientas calles de Trinidad y en los turbulentos ríos del Beni.

"Un día, Coco Peredo, en Ñancahuazú,
cual una radiante aurora surgiste tú, fulgiste tú;
y en ese mismo momento
tu Beni entero
dijo: ¡Coco Peredo!,
¡Coco Peredo en Ñancahuazú!..."

La canción siguió trepidando en mis sienes. No pude dejar de llorar hasta que se escucharon las últimas notas. Apenas dos días antes, cuando nos anunciaron que habían encontrado aquellos restos, si bien supe que era trascendental y emocionante recogerlos, porque durante tres décadas estuvieron enterrados sin saber dónde, no me imaginaba la congoja que me invadiría al tenerlos tan cerca.

Habíamos salido muy temprano de Santa Cruz en dos vehículos. Delante íbamos mi hermano Chato y yo; detrás, mi esposa María Martha con mi hijastro Fernando. Casi sufrimos un grave percance en la primera tranca: Chato no vio la barra hasta que estuvo sobre ella; cuando frenó el jeep, aquélla estaba pegada al parabrisas delantero.

En la iglesia de Vallegrande se rezaron los responsos por los siete cuerpos que iban a trasladarse a la ciudad, esa misma tarde y, de allí, enviarlos a Cuba, donde iban a descansar en la cripta construida, para ese efecto, en Santa Clara, junto a los restos del Che, encontrados apenas unos meses antes.

Los recuerdos se agolpaban. Veía a Coco, con esa hermosa sonrisa que gritaba a los cuatro vientos su amor por la vida. Lo veía con Inti; siempre juntos los dos, haciendo que las alegrías de uno fueran más que suficientes para ambos y que las penas del otro siempre fuesen compartidas.

Sentí el rostro de Inti instalarse en mi mente. Lo recordé en esa sucesión de imágenes que me confunden hasta ahora. Delgado, callado, introvertido en su primera juventud; robusto, sereno, firme, después de Ñancahuazú. Ahí estaban ambos. Los sentía como si, al estar cerca de esos restos, pudiese reconstruir una historia que, durante tantos años, sólo era una serie de retazos sin orden ni concierto. Ahora, aunque sin orden aún, algo me estaba diciendo que debía encontrar el modo de darle forma a todo ese cúmulo de sensaciones.

Recordar a Coco arreglando ese automóvil viejo, sin saber apenas de mecánica, para ponerlo en condiciones de ofrecerlo en venta y, de ese modo, pagar la primera cuota de uno nuevo que le permitiese cumplir, de mejor forma, el oficio de taxista al que se había dedicado.

Recordar a Inti rompiendo de un puñetazo la ventana donde estábamos velando el cuerpo de nuestro padre, porque no podía o no sabía expresar de otro modo su dolor.

“Regaste tu noble sangre
cual surtidor...”

Los versos parecían seguir las irregularidades del terreno en el camino de Vallegrande a Santa Cruz.

Era curioso. Allí, en esa habitación de la clínica donde murió papá, recuerdo a Coco, a Inti y a mi madre; después llegó Oscar. Para entonces, Chato estudiaba en Moscú y Gaty vivía en Santa Ana.
Si. Eramos una familia numerosa y complicada.

El camino a la vida

Nuestra madre, Selvira Leigue Llanos, no había cumplido los veinte años, cuando se convirtió en la tercera esposa de Rómulo Arano Peredo, mucho mayor que ella y padre de varios hijos.
Ambos pertenecían a una misma familia, como ocurría frecuentemente en el Beni. De hecho, Rómulo había vivido parte de su juventud en la casona patriarcal de taita Carmelo y mama Corina, los padres de Electa Llanos Cuéllar. Pero Selvira, que era la menor de la numerosa prole que tuvo ésta con Napoleón Leigue Aponte, no lo conoció sino muchos años después.
Eran los años de la guerra del Chaco. El hermano mayor de la familia Leigue Llanos, también llamado Napoleón, había sido reclutado y trasladado, por un larguísimo camino lleno de dificultades, hasta el Chaco. Tantas eran éstas, que, doña Electa y las hijas que quedaron en Trinidad, recibieron noticias de que, "Napo", había muerto en el camino y fue enterrado allí mismo.
Con el esposo fallecido varios años antes, doña Electa debió enfrentar sola la crianza de sus cuatro hijos:

Napoleón, Carmen, Emma y Selvira, teniendo, como única herencia, una casa situada a media cuadra de la plaza principal.

Cuando llegó la inquietante noticia, hubo consejo familiar; cuatro mujeres decidiendo lo que iban a hacer para recuperar el cuerpo del hijo y hermano que creían muerto. Carmen, la mayor, tenía un hijo muy niño y, además, aportaba a la casa con su intensa actividad de comerciante. Emma, recién casada y embarazada, no podía ausentarse. Sólo quedaba Selvira, aunque tenía apenas 18 años y estaba empleada en el correo local.

Las cuatro mujeres decidieron que ésta viajase a Cochabamba, siguiendo la misma ruta que había hecho el destacamento de reclutas. Había que salir de puerto Almacén, sobre el río Ibare, hasta alcanzar sus nacientes, seguir de allí por caminos de herradura hasta Todos Santos y avanzar a Cochabamba. Doña Electa y sus otras dos hijas quedaron en Trinidad llenas de angustia por la suerte del hijo mayor y de la menor, pero sabiendo que aquél era el único modo de terminar con la incertidumbre.

¿Quién cuidaba a aquella adolescente que hizo tan tortuoso camino rodeada de arrieros y canoeros durante tantos días? Sólo podía mantenerla vigilante la decisión de cumplir la misión que le había encomendado su familia que, para todo y sobre todo, era el único mundo en el que había vivido e iba a seguir viviendo.

Días de agotador trajín, noches que, poco a poco, se hi-

cieron sosegadas, cuando comprendió que podía confiar en aquellos hombres rudos, de modales groseros, rápidos para la chanza gruesa o para el desafío violento, pero respetuosos y hasta tiernos, cuando se trataba de ella.

"rocío de madrugada
en pleno abril, en limpio abril..."

La canción parecía palpitar en el ambiente. No sé si los demás tenían la misma sensación pero, en la total oscuridad de esa cabina zarandeada por los saltos que daba el jeep, tenía la impresión de que las palabras me limpiaban la mente de tantas angustias reprimidas, de tantas tristezas ocultas, de tantos sollozos jamás expresados.

Aquellos huesos colocados dentro de una caja, no eran nada más que eso: restos, pero fue una sensación abrumadora encontrarme frente a ellos, ver la fosa en que estuvieron enterrados tanto tiempo, conversar con quienes habían cavado, cavado y cavado hasta encontrarlos. Y ahora estoy cavando en mi memoria. Tratando de recuperar a esos dos hermanos que perdí hace ya treinta años. Inti y Coco, con Gaty, Chato y yo, los cinco hijos que nacieron de la unión de Rómulo y Selvira.

En Cochabamba fue donde, ella conoció a su futuro esposo. A lo largo de ese camino lleno de dificultades no encontró ningún indicio de su hermano Napoleón. Al llegar a Cochabamba, siguiendo las instrucciones de su madre, buscó a don Rómulo, el primo que iba a ayudarla para volver a Trinidad, llevarse los restos de su hermano, si era necesario, o hacer lo que fuera más conveniente.

"Napo" estaba bien. Había pasado apenas unos días antes por allí y fue embarcado en tren, junto con muchos otros soldados, hacia el Chaco. Por lo tanto, el primo podía haber hecho arreglos para que Selvira retornase pronto a Trinidad. No eran esas sus intenciones pues, de principio, los grandes y profundos ojos de la prima que recién conocía y su ingenua juventud, lo predisponían al lance amoroso al que le inclinaba su personalidad de conquistador. Ella, por su parte, deslumbrada con la ciudad que veía por primera vez y cautivada por los agasajos de un hombre tan encantador, no puso obstáculos a la propuesta de prolongar su estadía. El asunto se resolvió enviando un telegrama que despejaba la incertidumbre de madre y hermanas.

"...hermanos tuviste pocos,
hoy tienes mil, somos cien mil,
poeta y gigante
de la montaña con tu fusil..."

Los nacimientos

Don Rómulo se había casado muy joven, cuando estudiaba en la Normal Superior de Sucre, que fundara el profesor belga George Rouma y de la que aún éste era director. El matrimonio duró poco tiempo pues la esposa murió al dar a luz a su primogénita María Luisa. Titulado maestro normalista, se radicó en Cochabamba donde hizo armas en el periodismo y la política. Allí

se casó por segunda vez y tuvo tres hijos más: Blanca, Rómulo y Oscar.

Cuando la joven prima llegó, estaba a cargo del diario "El Imparcial", que había fundado luego de dirigir por algún tiempo "El Nuevo Heraldo". Actuaba en política, militando en el Partido Republicano Socialista que lideraba Bautista Saavedra. Pero tenía ideas muy independientes y, desde su diario, se declaraba contrario a la guerra, que en esos días desangraba al país sin esperanzas de éxito, y proponía una partición de ese extenso, lejano y deshabitado territorio.

El romance entre los primos se consolidó. Selvira sintió los primeros síntomas del embarazo, pero la libertad del periodista que se declaraba contrario a la guerra, tenía los días contados. Detenido bajo la acusación de traición a la patria, fue confinado a Corque, una perdida población orureña, casi en la frontera con Chile. Allí se encontraba cuando nací yo, el primero de los cinco hijos que tendrían. Para entonces, se había firmado el cese al fuego en las arenas del Chaco y, Selvira, ya conmigo en brazos, viajó hasta Oruro para encontrarse con Rómulo. Formalizado el matrimonio, la pareja se estableció en Cochabamba.

La casa alquilada donde vivieron los primeros años todavía se alza en la calle Esteban Arce, al lado de la iglesia San Juan de Dios. Toda la planta alta, con sus amplias habitaciones, fue el territorio de sus correrías y sus primeras experiencias.

Bautizada con el nombre de Emma, recordando a la hermana de Selvira muerta poco después, en 1937 nació la segunda hija. Su carita invitaba a compararla con una gatita mimosa y de allí salió el apelativo con que siempre se la conoció: Gaty.

Un año después nacía Guido Alvaro, el 30 de abril de 1938. Su rostro radiante hizo que el padre –o talvez alguien, por halago, lo sugirió- lo llamara Inti, dándole el nombre nativo del sol.

Roberto fue mellizo. Los gemelos nacieron el 23 de mayo de 1939, pero al tercer día falleció el segundo, sin haber recibido nombre. "Tojo" es mellizo en idioma nativo y, así, a Roberto le dijeron "Tojito" desde entonces. Pero Gaty, en su media lengua, pronunciaba Coquito. De ahí quedó como Coco.

El último, Osvaldo tardó dos años en llegar. A él, lo llamaron Chatito, por ser el más pequeño.

En 1941, estaba completa la familia Peredo Leigue.

Don Rómulo vivía entre La Paz y Cochabamba. La política y el periodismo seguían siendo sus ocupaciones. El trajín, entre las dos ciudades, era inevitable.

En 1942, y con el menor aprendiendo a caminar, Selvira se fue por varios meses a Trinidad. Cuando volvió a Cochabamba, dejó a Inti en la casa de la abuela Electa. Ella, la tía Carmen (Talita en la familia) y el primo Pibe, se habían prendado de aquel travieso y testarudo niño que parecía siempre saber lo que quería y lo demostraba frecuentemente. Pero el primo, que por

entonces cursaba ya la secundaria, sentía que él era el hermano que nunca había tenido.

Fue en Trinidad donde Inti hizo las primeras letras. Pueblo pequeño de cuatro cuadras a la redonda, tenía pocas escuelas básicas, un instituto técnico que enseñaba corte y confección, un liceo de señoritas y un colegio de varones. Desde el campanario de la iglesia podía divisarse un mar verde que se adentraba en las mismas calles de la capital beniana. Un largo brazo líquido, el arroyo San Juan, la bordea por dos de sus lados. Por entonces, todavía, en la época de lluvias que colmaban su cauce, los chicos podían jugar con algún bufeo (delfín de agua dulce) que ocasionalmente alcanzaba sus aguas. Después llegaron los cazadores y deshabitaron los ríos del Beni.

Entre la escuela y el arroyo, en escapadas hasta el camal, Inti fue haciéndose más decidido.

Por entonces, Pibe ya hacía algunas armas en la política. Fundado en 1940, el Partido de la Izquierda Revolucionaria (PIR), tenía el imán de su lucha por los desposeídos, la seguridad de una propuesta prometedora y el convencimiento de una doctrina de alcance mundial. La historia posterior del PIR diría otra cosa, pero en ese momento era una esperanza para los pobres y un estandarte para los jóvenes. En el Colegio Nacional "6 de Agosto", era dirigente de la federación de estudiantes, bajo banderas piristas.

El mundo íntimo

1946, sería un año de graves acontecimientos. Presidía el gobierno el coronel Gualberto Villarroel, militar que intentaba seguir las convicciones nacionalistas de sus predecesores Toro y Busch. El poder de la gran minería complotaba para derrocarlo. La "rosca", como se conocía a aquélla, valiéndose del descontento de algunos sectores, utilizó al magisterio como punta de lanza y fomentó una serie de enfrentamientos que culminaron el 21 de julio de ese año, con el derrocamiento y asesinato del presidente y algunos de sus allegados.

Don Rómulo, por entonces senador adicto a Villarroel, estimuló a sus hijos mayores Rómulo y Oscar a tomar el mismo camino. Ellos se incorporaron al Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR), que integraba el gobierno y ocuparon cargos públicos, Rómulo en Trinidad y Oscar en Santa Ana.

Ese 21 de julio, Rómulo hirió de bala a una persona y, a su vez, quedó gravemente herido. Trasladados de urgencia a Cochabamba y operados ambos, Rómulo falleció y el otro logró salvar.

Después del sangriento derrocamiento de Villarroel, a don Rómulo le quedaba el camino del exilio. Pero, además, la violenta muerte de su hijo que, por versiones maliciosas, atribuyó a la familia de su esposa, motivó una brutal ruptura familiar.

"Rotundo sobre la mira

de tu fusil
tú vienes a mi frontera
todas las noches recio y viril...”

¿De dónde salían tantos estremecimientos? Con una ternura que se había formado en la primera infancia y que, seguramente, permaneció escondida durante tantos años, aquella noche de camino entre Vallegrande y Santa Cruz, estaba recobrando a Coco, a ese niño de cara inocente que era incapaz de una maldad y que sonreía con delicia cuando hacía una travesura o decía una picardía. Lo recordaba muy serio, en una de las oportunidades en que mamá lograba reunirnos a su alrededor. La conversación típicamente grave de niños que quieren aparentar ser adultos, se refería, como era de esperar, a los años posteriores. Uno decía: “yo, voy a hacerte una casa grande, hermosa, de dos pisos”; el otro agregaba: “yo te compraré un auto, o mejor dos”; la otra añadía: “yo voy a arreglar la casa, voy a cocinar, voy a hacer tortas, para que no tengas nada que hacer”. La madre sonreía con las promesas infantiles, pero Coco, no había dicho nada, de modo que le preguntó: “Y tú, Coquito?”; con la cara más inocente del mundo, respondió: “Yo?... yo voy a vivir contigo”.

Pero la realidad era dura. Selvira debió comenzar a trabajar inmediatamente de llegar a Trinidad, luego de la ruptura y el exilio de don Rómulo. Se hizo cargo de un orfanato, con lo que pudo solucionar vivienda y sustento al mismo tiempo, para una familia tan numerosa que

sólo dependía de sus esfuerzos.
Pero en la siguiente época de lluvias, Trinidad sufrió una inundación como no recordaban ni los más ancianos. Las aguas llegaron a media cuadra de la plaza. La casa de doña Electa –Mamita, para sus hijos y nietos, por igual- perdió la mayor parte de sus habitaciones, corroídas por el agua.
En febrero de 1947, la mayoría de la población debió ser evacuada a Cochabamba. Durante un par de meses, hasta que las aguas bajaron, estuvieron allí Selvira con sus hijos y los más de cuarenta huérfanos del asilo. Vivieron en una quinta, "Santa Rosa", a medio camino entre Cochabamba y Quillacollo.
Trinidad parecía una ciudad muerta, cuando comenzaron a regresar los evacuados. Al bajar las aguas, dejaron todo el sedimento de la amargura, porque cada habitante de Trinidad había perdido al menos una parte de su pobre patrimonio.
A Selvira le tocó perder casi todo. Muy poco después, el gobierno decidió cerrar el asilo; ella quedó sin trabajo y, con los hijos debió buscar otra vez refugio en la casa de Mamita.
¡Era un prodigio ver trabajar a Mamita! Menuda, de rostro enjuto y porte erguido, tenía una agradable voz de soprano que no distorsionaba la ausencia total de dentadura. Su blanco cabello le llegaba a la cintura; lo cuidaba con aceites y enroscaba en la nuca. Un cigarrillo negro casi siempre se consumía entre sus labios,

pero de vez en cuando siseaba alguna vieja melodía con entonación cabal.

Además de los hijos que engendró –la tradición familiar dice que llegó a tener dieciseis, casi todos muertos en su primera infancia- se ingenió para hacerse cargo de otros hijos, que cumplían las funciones de criados. Zacarías, Casilda y Elías no habían conocido otro hogar. Después llegó Ignacia, ya mayor pero, del mismo modo, se quedó con Mamita. Y los hijos de Casilda y de Ignacia nacieron y crecieron en la misma casa.

Muy temprano, Mamita ya estaba levantada, preparando la harina para el pan. A media mañana, la masa estaba reposando, esperando que tomara punto, para adquirir las cien formas distintas que sus hábiles manos le daban. Empanadas, pan con queso, pan dulce, tortillas. ¡Nunca he vuelto a comer tortillas como las que ella hacía! Al mediodía se iniciaba la horneada y, a primera hora de la tarde, Elías salía a vender.

Después del almuerzo, ya refrescada con el baño, se dedicaba a coser en su máquina a pedal. Al atardecer, tomaba el huso e hilaba algodón. Sólo los domingos descansaba.

Selvira intentó participar de esa actividad, pero fue insuficiente para sus necesidades; luego quiso compartir con Talita los avatares del comercio, pero no estaba hecha para eso. Consiguió, por último, trabajar como copista en una notaría.

"...el Inti, Mayeco, el Ñato,

la estirpe leal;
sonríe desde la cumbre
ese tu hermano mayor el Che".

La cabina del jeep parece inundarse con la melodía. El dúo que canta, los hermanos Avila, es también del Beni, como Malaco Méndez Roca, el autor de la letra. La orquestación está preparada para un auditorio vasto y un escenario gigante; puede ser que por eso me da la sensación de que iba a desbordar las estrecheces del vehículo. Benianos, en la inmensidad de un mundo que los está tragando literalmente.

Después de aquella gran inundación, sin que apenas se sintiera, Trinidad fue dejando de ser aquella aldea sumergida, y a la vez protegida, por un mar de vegetación. Ciertamente que llegaban los aviones, pero más por fantasía que por necesidad. La vida seguía el ritmo del carretón.

Al retorno de Cochabamba, en la casa de la abuela comenzó la reparación de las habitaciones destruidas. Una se convirtió en un alar abierto y más allá, se derribó otra pared para dar paso a un gran galpón.

Las dos salas delanteras y el corredor enladrillado que las bordeaba internamente, enmarcaban el primer patio donde estaban, semi enterrados, los tinajones que recogían el agua de lluvia para beber. Al interior, el canchón, propiamente dicho, donde lo mismo estaba la cocina, la noria, el sitio para bañarse, el retrete, algunos árboles frutales y una planta de algodón.

Ese era el mundo en que crecieron los hermanos Pe-

redo. De la escuela Juan Francisco Velarde al Colegio Nacional "6 de Agosto" pero, sobre todo, de las calles a los caminos del monte.

Contando apenas con sus primeros diez años, Inti y Coco ya nadaban libremente en el arroyo, cuando la época de lluvias llenaba su cauce o se daban una escapada hasta la laguna Suárez, a Chetequije o, incluso, hasta Cotoca, una pequeña estancia a legua y media de Trinidad.

Con mi tendencia reposada, yo no era compañero de sus andanzas. Dice Chato -que los seguía siempre que podía-, que se ingeniaban para "prestarse" un caballo que encontraban descuidado y se lanzaban a correr sin montura ni estribos; era inevitable que, más de una vez, fueran despedidos por el animal. En una ocasión, Inti se golpeó ambas manos, pero aguantó el dolor hasta que la hinchazón, dos días después, obligó a llevarlo al médico que debió enyesarlo.

Les era fácil hacer amigos y siempre estaban formando pandillas que organizaban toda suerte de travesuras. Después de todo, la madre trabajaba todo el día, sin darse tiempo para vigilarlos; la tía Talita estaba muy ocupada en sus asuntos comerciales y la abuela Electa fomentaba las aventuras de los nietos.

Aprendiendo a vivir

Los hermanos Peredo, en esos años, aprendimos política, como un ingrediente más de la vida cotidiana. Los

dirigentes del PIR transitaban por la casa de la abuela, como paso obligado de sus actividades. Germán Vargas Martínez y Hernán Melgar Justiniano, diputados de ese partido, René Chávez Muñoz, senador y Gerson Justiniano Guiteras, dirigente local, eran visitantes cotidianos. Varias reuniones se realizaban allí, con la participación de Pibe. Aquélla era una casa pirista y, para cualquier efecto, toda la familia estaba considerada como afiliada a ese partido.

Para las elecciones de enero de 1947 llegaron los líderes nacionales José Antonio Arce y Ricardo Anaya. Inevitablemente, fueron agasajados en la casa.

En 1949 murió Zacarías, Selvira viajó a Oruro con Inti y ocurrió la guerra civil.

Vayamos por partes. El mayor de los criados de la abuela Electa sufría de una hernia que, de tanto en tanto, le provocaba violentos dolores que lo postraban en cama. Para nosotros, Zacayo (así le decíamos), era la persona que siempre estaba dispuesta a facilitar nuestras necesidades. Sin él, nos faltaban muchas cosas. Aquel ataque fue fulminante. Lo llevaron al hospital, pero no pudieron salvarlo. Recuerdo que, a primera hora de la tarde, cruzábamos la plaza para dirigirnos al hospital, cuando vimos de retorno al cura con sus dos acólitos, que a las claras mostraban estar volviendo de un sacramento fúnebre. Sin decirnos nada, echamos a correr, pero no llegamos a ver con vida a Zacayo.

Al día siguiente cumplía años Chato. Pero estábamos

de luto y no hubo celebración.
Por alguna razón extraña, cada vez que nuestra madre viajaba, su compañero era Inti. Ella lo prefería a los otros, incluyendo Gaty que, por ser mujer, podía ser más apropiada compañía.
Tía Talita estaba en Oruro. Pibe, que estudiaba allí, había pasado por una huelga política en la universidad y, para estar con su hijo, se fue Talita. Selvira partió poco después, llevando a Inti. Posiblemente estaba buscando alguna perspectiva mejor para la numerosa prole.
Guillermo Tineo Leigue, que así se llama Pibecito, estaba comprometido con la hija de un alto empleado de minas, que gerentaba Huanuni. Y allí estaban todos invitados, incluyendo a Inti, cuando estallaron las huelgas y se produjo la sangrienta represión con que se inició la guerra civil.
Travieso e independiente, Inti se escabulló de la casa al escuchar el zafarrancho. Cuando se dieron cuenta de su ausencia, todos salieron en su busca. Selvira logró encontrarlo parado entre los soldados que disparaban y los mineros que se defendían. Espectaba azorado el derroche de fuego, pero no parecía asustado, según recordaba la madre después. Seguramente aquél fue su primer encuentro con las armas.
Aunque, a decir verdad, en el Beni, las armas abundaban. Junto con aprender a pescar con un sedal de fabricación propia, todo niño de ese mundo, ya había hecho algunos disparos con un rifle de salón. Bastaba alejarse

del pueblo media legua para encontrar blancos apropiados. Bandadas de loros que aturdían a su paso y hasta alguna familia de monos, eran más que suficientes para la práctica de los infantes que se aplicaban mejor a ese entrenamiento que a las primeras letras en la escuela. Por entonces, nada se decía de la conservación del medio ambiente ni del cuidado de las especies. Menos aún en el Beni, que parecía sobrado de vida en cualquier sentido que se mirase.

Fue también el año del reencuentro con el padre.

Desde aquella brutal separación, en julio de 1946, no había ningún contacto con él. De pronto, llegó una carta firmada por Oscar, el medio hermano que compartía el exilio con don Rómulo, en la lejana Buenos Aires. Anunciaba que, el padre, había caído víctima de una meningitis y los médicos daban pocas esperanzas.

El correo, pese a la lentitud propia de ese tiempo, estableció un contacto que pareció cotidiano. Don Rómulo superó la crisis, convaleció rápidamente y comenzamos a recibir cartas de él.

Así se formó una relación distinta de padre a hijos. En las cartas que llegaban de Buenos Aires, podía notarse una necesidad de reconocer a esos hijos que había dejado años atrás; trataba, a la vez, de transmitirles sus propias percepciones. Con algo de ansiedad por compartir sensaciones, describía parques, calles, edificios de esa ciudad que, para los hijos, se hallaba tan fuera de su realidad.

Pero el padre estaba lejos, quedaban aún muchos resabios de resentimiento por su abandono y eran otras las preocupaciones de los hermanos Peredo.
Habían de madurar pronto, por diversas razones, principalmente la económica. La familia no podía seguir dependiendo de los magros ingresos de Selvira, que martillaba una vieja máquina de escribir, día y noche, para aumentar la paga que recibía en la notaría. Gaty comenzó a hacer repostería. Inti y Coco aceptaban cualquier encargo que significase una propina. Yo trabajaba como tipógrafo en un semanario y, para 1950, ingresé a la oficina de censos.

Definiciones

Fue ese año que comenzaron a definirse nuestras posiciones políticas. El PIR había atravesado la desgastadora experiencia de compartir responsabilidades de gobierno. Se comprometió con la "masacre blanca" en las minas de los barones del estaño y, en la guerra civil del '49, estuvo al lado del gobierno. Inevitablemente, iba a producirse una crisis interna.
La fracción más combativa de la juventud del PIR, encabezada por Víctor Hugo Libera, propuso la transformación del PIR en Partido Comunista. Libera era beniano y, por tanto, casi de inmediato llegó a Trinidad en busca de apoyo. Una gran reunión de colegiales escuchó sus argumentos y, con gran entusiasmo, lo apo-

yó; entre ellos estaban los Peredo. Pero las intenciones quedaron ahí.

En tanto, la estructura del nuevo partido, tenía aún que pasar por varias pruebas. Una nueva fracción del PIR, esta vez los obreros, se declararon comunistas, pero formaron un partido paralelo. Tendría que finalizar 1951 para que, ambos grupos, decidieran unirse.

Se vivían los meses previos a la Revolución Nacional. En ese ambiente, en la casa de la abuela –que había sido casa pirista-, unos diez colegiales decidieron, muy formalmente, adherirse al Partido Comunista y organizar su comité regional en Trinidad. Anunciaron su decisión a la dirección nacional, enviando una carta por correo ordinario. Recibieron respuesta por un enviado especial: se llamaba Antonio Arguedas y era telegrafista a bordo de Transportes Aéreos Militares (TAM). Seguramente era el correo más seguro, pero el uniforme militar nos parecía un agravio, de modo que volvimos a utilizar el correo ordinario para responder. Arguedas, pese a esa inicial desconfianza, fue nuestro amigo desde entonces.

En los primeros meses de 1952, don Rómulo retornó del largo exilio en Buenos Aires. Para entonces, ya era reconocido como un igual por los jefes del Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR) con quienes compartió la expatriación. Fue natural que le encomendaran importantes papeles preparatorios del golpe que se organizaba contra la dictadura.

Al sofocar la rebelión del ’49, el gobierno se sintió su-

ficientemente consolidado. Por tanto, cuando convocó a elecciones generales, permitió la participación del MNR, aunque no autorizó el retorno de sus dirigentes exiliados. Pese a que las leyes restringían al máximo el derecho a voto, los resultados favorecieron al MNR, por encima del partido gobernante. La reacción del presidente fue desorbitada: anuló las elecciones y, voluntariamente, entregó el gobierno a una junta militar. Se habían dado las condiciones para una eclosión popular. Eso ocurrió en abril de 1952. Víctor Paz Estenssoro retornó triunfalmente e inició el proceso que se conoce como Revolución Nacional.

Selvira, una vez más llevando a Inti, viajó a La Paz para encontrarse con don Rómulo. Nunca había dejado de amarlo y jamás perdió las esperanzas de reconstruir su matrimonio. A principios de 1953, así ocurrió efectivamente. En marzo, toda la familia estaba instalada en un departamento de la calle General Lanza, en La Paz. Naturalmente, una de las primeras preocupaciones de los hermanos, fue vincularse con el Partido Comunista. Sergio Almaraz era, por entonces, secretario general. Se lo encontraba en una pequeña librería que ocupaba una habitación en la planta alta de un viejo edificio que aún subsiste en la esquina de la plaza Murillo y calle Ballivián. Por alguna razón, en los otros locales de ese piso trabajaban militantes y simpatizantes comunistas; recuerdo a Lucho Leytón, con su taller de vitrales y al sastre Florentino Chávez.

Quedamos asignados a la "Jota" que, pese a haber tenido ya dos conferencias nacionales, no terminaba de organizarse.

En cuanto a estudios, los inseparables Inti y Coco fueron inscritos en el Colegio "Hugo Dávila". Allí terminaría el bachillerato Inti; Coco iba a abandonar las aulas sin alcanzar ese grado.

El cambio de ciudad, supuso una radical transformación de sus costumbres. Más que sus otros hermanos, ambos sentían nostalgia por los amplios horizontes benianos, contrastados con ese cerrado círculo de cerros que parecían custodiar el horizonte.

Más que en cualquier otra actividad, pusieron todo su afán en la militancia política. Pronto se hicieron fuertes en los trabajos partidarios.

Diva Arratia, una de las dirigentes nacionales de la "Jota", estudiaba en la Escuela Normal que compartía aulas con el colegio de ambos hermanos.

Recuerda cómo, al salir un día de sus clases acompañada por sus compañeros de curso, fue interceptada por dos colegiales que no conocía y que se presentaron en broma y, en broma siempre, la apartaron de sus compañeros y la custodiaron hasta su casa, a la que entraron y se presentaron sin dar respiro a nadie. Desde ese momento, Inti y Coco fueron infaltables en el hogar de los Arratia. Alegre y amigable, Coco captó muchas simpatías. Decidido y disciplinado, Inti encabezaba los grupos de trabajo. Del círculo en que ambos militaban surgió la idea de

hacer un gran aviso luminoso, celebrando el aniversario de la Juventud Comunista de Bolivia.

En ese tiempo, La Paz era una ciudad pequeña. Miraflores llegaba a la Plaza de la Revolución, recién construida y Villa Copacabana apenas era un conjunto de chacras. Por el sur, Villa Victoria era un barrio periférico y, ese plano inclinado que se desprende de la ceja de El Alto no estaba habitado ni tampoco arbolado. El MNR había tomado la costumbre de escribir allí consignas con inmensos caracteres dibujados con fuego, que se veían desde cualquier punto de la ciudad. El procedimiento era rudimentario: se alineaban bases de turril o vasijas de lata con gasolina, que se encendían a primera hora de la noche.

Pues bien. En uno de los cerros, al norte de la ciudad, con el mismo método, los jóvenes del círculo dibujaron la hoz y el martillo y escribieron "Viva la Juventud Comunista de Bolivia". Habían calculado que, el letrero, permaneciese durante una hora antes que lo barrieran los milicianos, pero allí estuvo hasta que se agotó el combustible.

El departamento de la General Lanza era pequeño y pronto fue cambiado por una casa ubicada en el pasaje Villegas, sobre la calle Campos, en San Jorge.

Los cuatro varones fueron a ocupar dos habitaciones, independientes del bloque central de la vivienda. Esto permitió gran libertad para sus actividades, en gran medida clandestina por la línea de acción de los comunistas.

Si bien don Rómulo no ocupaba ningún cargo público, tenía muy buenas relaciones con los más altos personeros del gobierno. Oscar, ocupaba un puesto notorio. De modo que, la actividad de los cuatro muchachos, entraba en constante contradicción con la vida familiar. Para entonces, incluso Chato que ya tenía 12 años, estaba integrado a la militancia.

Papá, manteniendo un gran respeto por la personalidad de sus hijos, jamás hizo cuestión de nuestra participación en cualesquier tarea partidaria. Es más: muchos almuerzos familiares se transformaban en amenas discusiones mantenidas en un alto nivel filosófico. Nunca permitió que la discusión descendiera al plano de la diatriba ni las acusaciones torpes.

Claro que siempre hay una excepción. En el cuarto que ocupaban Inti y Coco, había escondidas dos policopiadoras que trabajaban por la noche para imprimir el periódico de la "Jota", diversos panfletos y "palomitas" e incluso, una o dos veces, el periódico del Partido, por problemas en la imprenta donde regularmente se editaba, aunque la regularidad no haya sido nunca la mejor cualidad de ese periódico.

La policía política del gobierno conocía al detalle esta actividad. El jefe de ésta, amigo personal de papá, le explicó la situación antes de tomar cualquier medida. Una tarde, papá me increpó duramente por lo que él consideraba un abuso. Esa noche, los cuatro nos ocupamos del fatigoso traslado, no por el peso de las má-

quinas, sino por el sigilo necesario.
"Te esperan los tajibales
y el Mamoré,
espera la pampa abierta
que tu guitarra vibre otra vez..."
De tanto camino interminable, el traqueteo se había transformado en un ritmo adormecedor.
En esa especie de ensoñación que parecía envolvernos a todos, trataba de situarme en el momento y el lugar de este presente.
Intenté recrear los rostros de los dos compañeros que iban en el asiento trasero. Eran desconocidos para la mayoría de la gente, aunque hacía más de dos años que estaban en Vallegrande, escarbando en la tierra para encontrar la historia.
Treinta años habían pasado. Treinta años que esos huesos permanecieron sepultados en algún lugar. Durante todo ese tiempo, fue imposible iniciar una búsqueda activa. Todo lo más, se fue recogiendo información dispersa, en la esperanza de que, algún día, pudieran comprobarse las varias versiones acumuladas.
Llegaron a Bolivia silenciosamente, seguramente se irían de la misma forma. Sus rostros aparecieron fugazmente en los televisores de todo el mundo, cuando dieron con los siete cuerpos enterrados en la pista aérea de Vallegrande, uno de los cuales era el de Ernesto Che Guevara.
Pero yo recordaba muy bien las caras de esos dos compañeros aunque, en esa noche especial, cuando todo pa-

recía tan irreal, tenía que hacer un esfuerzo para identificarlos; incluso no podía saber con certeza si estaban allí, porque el silencio que me rodeaba era total.
Poco a poco, el camino fue haciéndose menos accidentado, señal de que estábamos por llegar a Mataral, donde comenzaba la carretera pavimentada.

Los retos de las ansias

En aquella otra época que inundaba mis recuerdos, Tipuani atraía a muchos. El oro siempre ha tenido esa magia. Pibe, ya casado y con dificultades económicas de todos los días, decidió probar fortuna. Talita partió también y, junto con Mamita, la familia se instaló en ese centro aurífero.
La fiebre del oro, como todos los mitos, tiene sus propias leyendas. El río que serpentea por esas colinas arrastra grandes cantidades de mineral, según los lugareños. Había pertenecido a la empresa Aramayo y se decía que, al dictarse la nacionalización de las minas, sus ejecutivos, bloquearon la mina más productiva. Los buscadores de oro, se dividían entre quienes lavaban arena en el río y los que buscaban las vetas en los cerros de la zona. Como ocurre siempre, la vida de éstos era miserable. Al final de cada semana llegaban al pequeño poblado con lo poco que habían obtenido en seis días de duro trabajo. Oficialmente, sólo podían vender al Banco Minero de Bolivia, pero los rescatadores ofre-

cían mejor precio, y a ellos acudían con las pocas chispas que habían encontrado.

Para esta compra venta, se habían establecido medidas de peso miniaturizadas, pues por lo general, ninguno de los buscadores de oro conseguía reunir un gramo, en la semana de trabajo. Para pesar las chispas, el gramo se dividía en cuatro semillas y, cada una de éstas, en cuatro palitos. Seis u ocho palitos, era todo lo que habían logrado y, con el producto de esa venta, debían vivir la semana siguiente, soñando en que –esta vez- encontrarían la veta que los haría millonarios de la noche a la mañana.

La tragedia rondaba incesantemente en los campamentos. De pronto, en un lugar se encontraba oro en mayores cantidades. La gente comenzaba a llegar hasta allí. Entonces, el hacinamiento provocaba un incidente desastroso, generalmente un incendio, y el lugar quedaba abandonado. Los supersticiosos buscadores de oro, decían que era la maldición del metal.

Allí, un día de 1955, llegaron Inti y Coco. También irían sus hermanos, en diferentes fechas, pero ellos decidieron trabajar buscando reunir algún dinero.

En esa búsqueda, se hicieron de una máquina embotelladora de bebidas gaseosas. En realidad, era chatarra. Pero funcionaba a costa de mucho trabajo. Lavaban a mano las botellas. Preparaban la bebida y llenaban los envases. Entonces había que poner el gas y la tapacorona, lo que se hacía con la máquina en cuestión. Era una bomba manual. Ponían la botella ajustada a una boca y,

con una palanca, se inyectaba el gas; luego se sellaba la botella. Pero, la máquina estaba muy deteriorada y, para inyectar suficiente gas, había que bombear con la palanca varias veces. Se necesitaba algo más de una hora para alistar una docena de botellas.

Fueron algunos meses de aquel esfuerzo que, con demasiada frecuencia, se mostraba frustrante. No obstante, ellos persistían en superar las dificultades que se presentaban, con la idea de que, en algún momento, lograrían reunir un capital que les permitiera renovar la gastada maquinaria que se resistía a seguir sirviendo, pues había alcanzado el límite de su capacidad.

Gaty, la hermana, también estaba allí. Conoció a un empleado del Banco Minero con quien, al poco tiempo, se casó. Al acontecimiento acudimos todos. La ceremonia formal dio paso a una celebración modesta. Para la ocasión, alguien consiguió un tocadiscos prestado y un disco de 45 rpm. Durante toda la noche bailamos un bolero, pues el reverso del disco estaba muy rayado, como para utilizarlo.

Nuestra madre iba con frecuencia a Tipuani. No había ninguna dificultad, pues había entre seis y siete vuelos diarios, por el intenso comercio que tenía la zona. Ya que el único rescatador oficial era el Banco Minero, en la caseta que hacía las veces de terminal aérea, todos los pasajeros que salían de Tipuani debían pasar por un registro que, alguna vez y dependiendo del capricho de los policías, podía ser particularmente minucioso.

Una de aquellas veces, Selvira fue objeto de un registro abusivo que inmediatamente llegó a conocimiento de los dos hermanos.

Sin dudar ni un momento, ambos comenzaron a buscar al policía. Este, al saberlo, emprendió la fuga en una canoa a motor. Inti y Coco lo persiguieron durante varios días hasta encontrarlo.

La "embotelladora" no daba ganancias, de manera que decidieron volver a La Paz. Pero por poco tiempo. Sus inquietudes no transitaban por los corredores ni las aulas de un colegio y, muy pronto, emprendieron viaje hacia el Beni, donde habían dado sus primeros pasos. La ocasión se presentó propicia pues Pibe, el primo tan ligado a ellos, también abandonó la aventura de Tipuani y regresó a su tierra natal.

esperan los siringueros,
los chacareros llenos de fe.
La selva incuba y
la epopeya canta después.

Había pasado la oscuridad. Transitábamos por pavimento que, aunque deteriorado de tanto en tanto, hacía más cómodo el trayecto. El paso de otros vehículos y algunas luces aquí y allá, terminaron con la oscuridad que, hasta entonces, impedía la visión en el interior del vehículo. Supongo que, en mis mejillas, quedaban las huellas de mi desahogo, pero la penumbra no era suficiente para notarlo; al menos, así lo esperaba. Volví el rostro, un poco como queriendo situarme en esa reali-

dad, saber que no había estado viajando solo, sentir que allí estaban las personas y las cosas, tal como debía ser. Casi adivinando, supe que atrás venían las tres urnas. Tuve la idea de asegurarme que no habían sufrido ningún daño luego del ajetreado camino que habíamos hecho entre Vallegrande y Mataral. Los dos compañeros cubanos se adelantaron a mi intención y se apresuraron a decir: "No te preocupes... todo está bien".
Todo está bien... todo está bien...
La frase quedó en mi cabeza repitiéndose como en sordina.

Los ríos verdes

Todo estaba bien, por entonces; por aquel entonces de mis recuerdos. Pibe había llegado a un acuerdo de arrendamiento de una lancha que hacía viajes a lo largo del río Mamoré. Inti y Coco, adolescentes que maduraban a fuerza de necesidades y voluntad, resultaron la mejor opción para hacerse cargo de este trabajo.
Cuando le pedí a Pibe, hace unos meses, que recuperara sus recuerdos, con mucha precisión, escribió: "Desde el segundo semestre de 1956, trabajaron en la lancha "Santa Ana", vapor de 100 toneladas. Alternativamente eran "Comandante" o "Inmediato", como se llamaba al primero y segundo de a bordo. Entre Inti y Coco existió una unión impresionante; nunca discrepaban airadamente, aunque discutían y dialogaban". La lancha era propiedad del brasileño Amadeo Rodríguez Barbosa;

posteriormente, alquiló del mismo propietario la "Río Yacuma" de 120 toneladas.

Sigue recordando Pibe: "En el recorrido por el río Mamoré, se compraba leña a los campesinos ribereños, ya que el caldero de la lancha se movía alimentado con leña. Rápidamente los dos hermanos se hicieron amigos de los leñateros. Eran muy trabajadores y correctos en su relación con todos".

Después se dedicaron a la agricultura cultivando, cada cual por su cuenta, "chacos" en los que sembraron arroz. Siembra, cuidado y cosecha fueron una larga experiencia que no quisieron repetir, en su juvenil impaciencia. Buscaron entonces reunir algún capital en la caza del caimán, duro oficio que templó sus nervios. Un accidente echó al fondo del río los cueros obtenidos. Había llegado la hora de retornar.

De nuevo en La Paz, todavía Inti volvió por unos meses al Beni, para realizar trabajo político en época electoral. Superando esas irregularidades, Inti concluyó el bachillerato. Coco ya trabajaba en su proyecto para hacerse de un taxi. Sin embargo, ya entonces, ambos tenían la decisión de ser activistas políticos.

De ese tiempo es esta anécdota que muestra la conducta decidida de Coco. Chato la cuenta así: "En una ocasión, recibimos la misión de repartir el periódico del partido en la fábrica de fósforos, una factoría que tenía un contingente numeroso de obreros. Eran las épocas de gloria del MNR, cuando las milicias de obreros y campesinos

ostentaban orgullosas los viejos mauser y otras armas de las que se habían pertrechado después del triunfo de abril. Entonces los obreros miraban a los comunistas como asesinos o, en el mejor de los casos, como pecadores y no los querían para nada. Alguien dio la voz de ataque y pronto empezó la gresca. Por supuesto, llevamos la peor parte; nos dieron una golpiza brutal. Aturdido por los golpes y por la sangre que me tapaba la vista, alcancé a divisar a Coco, que llegaba con un segundo envío de documentos para volantearlos entre los trabajadores. Apenas se dio cuenta de lo que sucedía, se enfrentó solo a la multitud enardecida; logró abrir un espacio para que los demás saliéramos de escapada".

¡Cuántas veces ocurrieron episodios de ese tipo!

El jefe de Control Político, por la relación que tenía con nuestro padre y con Oscar, el hermano mayor, seguía muy de cerca las actividades de los comunistas Peredo. En una ocasión, mientras voceaban el periódico partidario en la populosa avenida Buenos Aires, apareció en un jeep el temido jefe policial. Inti no dudó en acercarse y venderle un ejemplar que éste compró con una sonrisa condescendiente, para luego irse. Aún estaban celebrando la ocurrencia, cuando llegó un contingente de agentes que los llevaron a prisión por el delito de vender una publicación opositora.

Fueron varias las ocasiones que estuvieron en las celdas de Control Político. Oscar, que tenía su casa a 20 pasos de la nuestra, siempre estaba con nosotros en uno u otro

domicilio. Pero habíamos establecido un acuerdo tácito del que nadie hablaba, pero cumplíamos estrictamente: al caer preso cualquiera de nosotros –Inti y Coco eran víctimas de ese trato con bastante frecuencia- se suspendían los encuentros que reanudábamos sin comentarios, una vez que los hermanos volvían a estar libres. En una ocasión, después de recibir el "castigo" acostumbrado en las celdas de esa cárcel situada en la calle Potosí, Inti fue dejado en libertad. De inmediato se rehusó a salir, declarando: "salimos juntos todos los camaradas o no sale ninguno". Por supuesto, lo volvieron a su celda.
El coronel Claudio San Román, que fue jefe de Control Político desde 1952 hasta el día en que Barrientos derrocó a Paz Estenssoro, tenía un poder absoluto. Es sabido que, personalidades tan importantes de ese tiempo, como el Dr. Hernán Siles y el líder sindical Juan Lechín, tenían que recurrir a halagos y pedir como un favor, cuando intercedían por alguna persona que había caído en sus celdas. Viejo conocido de nuestro padre, no perdía ocasión de presentarse en la casa, formalmente de visita, pero en realidad buscando intimidarnos con su presencia.
Resulta paradójico que, el 4 de noviembre de 1964, cuando se derrumbó el gobierno de Víctor Paz, mientras Inti estaba detenido en Control Político, San Román, acompañado de Oscar, se encontró con Coco que, unido a los grupos que se dirigían a las cárceles y otros sitios de detención para liberar a los presos políticos, se

dio tiempo para indicarles el mejor camino hasta una embajada, donde encontraron refugio.
Doce años de la Revolución Nacional, doce años de una forma de ver el entorno nacional, con una determinada óptica. Había euforia en las calles aquel 4 de noviembre. Juan Lechín, el máximo dirigente obrero, en la clandestinidad desde varios meses atrás, llegó a la Federación de Mineros a primera hora de la tarde y, en andas, fue llevado hasta la plaza Murillo donde intentaron ingresar al palacio de gobierno. Una descarga de fusilería convenció, a los ilusos, que aquél no era un triunfo del pueblo.
Los hechos posteriores, con su carga de predominio empresarial y sujeción al imperio, confirmaron aquella perspectiva. Seguramente, Inti y Coco, tuvieron a partir de entonces una idea más definida de la perspectiva política del país.

El mundo de la acción

Inti tenía un nivel de dirección muy alto para su edad. Había sido elegido y ratificado como primer responsable del regional de La Paz y, por tanto, era miembro titular del comité central. Cierto es que la militancia comunista, en Bolivia, era relativamente joven, pero Inti sobresalía, con el agrado de muchos y el descontento de otros. En 1965, los asaltos armados contra los centros mineros ordenados por el general René Barrientos, en ejer-

cicio del gobierno, terminaron con cualquier ilusión que pudiera albergarse respecto al curso de los acontecimientos.

Inti propuso, ante el comité central, la creación de un aparato militar, capaz de responder a la represión. Con muchas dificultades, y evidenciando desagrado, los dirigentes de su partido aprobaron el proyecto y le encargaron a él mismo su ejecución, esperando que no prosperara en el intento.

Venciendo muchas dificultades, desde los primeros días de 1966, comenzaron los entrenamientos. Inti no tuvo necesidad de buscar voluntarios para incorporarlos a esta misión; al contrario, debió elegir entre los muchos que se postularon, pese al sigilo con que se manejó el tema.

Coco, casi de inmediato, fue asignado a tareas de coordinación y, como no podía ser de otro modo, "Loro" Vásquez trabajó con él. Desde tiempo atrás se había consolidado una relación muy especial entre los dos hermanos y Jorge Vásquez Viaña. Fraternos como se sentían, no hubo ninguna duda en asumir esa tarea.

Los acontecimientos iban a precipitarse en los meses siguientes. Una polémica internacional había desnudado las discrepancias sobre el carácter de la revolución en América Latina, entre los partidos comunistas latinoamericanos y el recién creado Partido Comunista de Cuba. Todo indicaba como necesario un diálogo que limara las pronunciadas aristas de esas diferencias que

alcanzaron el nivel de enfrentamiento público en más de una ocasión. Consultas entre unos y otros, concluyeron en la necesidad de buscar el diálogo con los dirigentes cubanos. Mario Monje y Jorge Kolle, se apresuraron a ofrecerse como emisarios. En Cuba, desplegaron toda su habilidad para convencer, a la alta dirección cubana, de encontrar puntos de acuerdo para una conferencia latinoamericana de partidos comunistas. Como prenda de garantía presentaron la preparación de un grupo de bolivianos, lo que debía mostrar la disposición del PCB de enfrentar la violencia del Estado, con la violencia revolucionaria. Mario Monje, como primer secretario del partido, se integró al grupo de entrenamiento armado, para reafirmar el camino que habían asumido los comunistas bolivianos. Querían dejar un mensaje muy claro: Cuba podía confiar en Monje y Kolle.

Mientras tanto, de retorno del Congo, el Che había llegado nuevamente a Cuba y, conociendo que se preparaba la lucha armada en Bolivia, decidió participar de ese proyecto.

Para mediados de ese año, ya estaban en Bolivia Ricardo (José María Martínez Tamayo), Pombo (Harry Villegas)y Tuma (Carlos Coello). Era la avanzada que establecería tanto el plan general de operaciones, cuanto la infraestructura que fuese necesaria.

El grupo boliviano que participó en los preparativos estaba formado por Coco, Loro, Ñato (Julio Luis Méndez) y Rodolfo Saldaña. Ya habían tenido una prepara-

ción intensiva, junto a otros revolucionarios bolivianos y estaban dispuestos al combate.

Entre tanto, Inti se integraba al campamento de entrenamiento con una decena de futuros combatientes.

Para fines de julio, Ricardo envió un informe, que explicaba: "Sobre la situación hemos confrontado algunas dificultades; Estanislao (Monje) vacilaba mucho al principio. Con la llegada de los cuatro (bolivianos) hemos logrado presionar a través del Coco. Todo marcha bien; el hombre luce decidido y se comprometió en ir adelante con el plan, aunque se propone ejecutarlo con un levantamiento en la capital que sirva de aldabonazo y la lucha simultánea en el monte; para ello nos ha prometido 20 hombres de los mejores con los que comenzaremos la cosa... creo ser éste el momento de planteársele a Estanislao la participación de Mongo (Che) en esto. Lo hemos sondeado y nos ha manifestado su decisión de si eso ocurriera luchar a su lado hasta donde fuere". Aún hoy, más de 30 años después, la dirección del PCB sostiene que sólo mucho más tarde conocieron de la presencia del Che.

Casi de inmediato hubo contramarchas, aunque reiteradamente Monje afirmó que cumpliría sus compromisos. Pese a tantas desinteligencias, los preparativos continuaron. En principio, estaba asignada la zona sureste del país, pero se intentó buscar otra alternativa en Alto Beni, sin resultados.

Aún así, no hubo marcha atrás. El Che llegó a La Paz el

3 de noviembre y en las primeras horas del día 5 partió en convoy a Ñancahuazú.

El 7 de noviembre, en una libreta de tapas rojas, el Che iniciará las anotaciones de su diario de campaña. Estas son las primeras frases: "Hoy comienza una nueva etapa. Por la noche llegamos a la finca. El viaje fue bastante bueno. Luego de entrar, convenientemente disfrazados, por Cochabamba, Pachungo (Alberto Fernández Montes de Oca) y yo hicimos los contactos y viajamos en jeep, en dos días y dos vehículos".

Desde antes, Coco se mantenía en la zona. La finca estaba a su nombre y, además, había hecho contacto con algunas personas tanto en Camiri como en Lagunillas, en preparación de los requerimientos de la guerrilla.

Se hizo popular en Camiri por su simpatía y logró que un viejo amigo y militante comunista, Mario Chávez -a quien la historia ha recogido con el sobrenombre de "Lagunillero"-, se instale en Lagunillas para servir de enlace.

Inti llegó al campamento el 27 de noviembre. Esta es su primera impresión, al encontrarse con el Che: "Me golpearon varias reacciones: turbación por el respeto que le tenía (y mantendré siempre), emoción profunda, orgullo de estrecharle la mano, y una satisfacción difícil de describir al saber con absoluta seguridad que en ese momento me convertía en uno de los soldados del ejército que dirigiría el más famoso Comandante Guerrillero".

En marcha

El 1 de enero de 1967, los militantes del PCB que se integraron a la guerrilla debieron tomar una decisión trascendental. El relato que hace Inti en "Mi campaña junto al Che", dice:

"El 31 de diciembre llegaron a la Casa de Calamina Monje, Coco, Tania y Ricardo, que desde ese día se quedaría definitivamente con nosotros.

"Con el Che nos trasladamos al primer campamento.

"Monje estaba muy nervioso. En el trayecto de la ciudad a la finca, Coco le había dicho que Ramón (Che) estaba dispuesto a darle la dirección política de la guerrilla al Partido, que no le entregaría la dirección militar, lo que él, Coco, consideraba justo. Luego presionó a Monje para que se decidiera a incorporarse pronto a nuestro núcleo.

"Monje nos dio la mano muy fríamente.

"Mientras el Che saludaba a los otros compañeros, me preguntó:

"-¿Y cómo está aquí la cosa?

"Le repliqué:

"-Está muy bien, ya lo verás. Además llegas oportunamente porque la guerra hay que empezarla pronto. Decídete a luchar con nosotros.

"Monje contestó:

"-Ya lo veremos, ya lo veremos...

"Che y Monje partieron solos y conversaron unas horas.

"Tarde regresamos al campamento base.
"Cuando llegó, vio a nuestra gente, la saludó y empezó a conversar con todos. Luego examinó la disposición del campamento y entonces hizo el siguiente comentario:
"-Este es un verdadero campamento. Cómo se nota que aquí hay dirección efectiva, que sabe lo que quiere, que tiene experiencia.
"Luego alabó la defensa que el Che había planificado y la división de nuestra columna en vanguardia, centro y retaguardia.
"Dijo otra frase que recuerdo bastante bien:
"-Todo esto demuestra una preparación combativa eficaz.
"Al poco rato Monje me pidió conversar con los compañeros bolivianos. Inmediatamente consulté con el Che para preguntarle si esto era posible. Che contestó afirmativamente.
"Se inició entonces una reunión dramática, tensa a veces, persuasiva en otros momentos, dura en otros pasajes.
"Monje relató en rasgos generales su conversación con Ramón, y luego centró el problema en tres puntos fundamentales, que son los que aparecen en el Diario (del Che):
"1) Renunciaré a la Dirección del Partido porque creo que el Partido como tal no entrará en la lucha, pero por lo menos trataré de lograr su neutralidad. También trataré de sacar de la organización algunos cuadros para la lucha.
"2) Le exigí al Che que la dirección político-militar de la lucha debe corresponderme en forma exclusiva a

mí, por lo menos mientras ésta se desarrolle en Bolivia. Cuando se continentalice podemos hacer una reunión con todos los grupos guerrilleros y en esa oportunidad yo haré entrega del mando al Che, delante de todos.

"3) Le propuse al Che manejar las relaciones con otros partidos comunistas latinoamericanos y tratar de convencerlos para que apoyen a los movimientos de liberación.

"En seguida explicó con más detalles estas cuestiones y agregó con firmeza:

"-No hemos llegado a ningún acuerdo.

"Sentenciosamente agregó:

"-Cuando el pueblo sepa que esta guerrilla está dirigida por un extranjero le volverá la espalda, le negará su apoyo. Estoy seguro que fracasará porque no la dirige un boliviano, sino un extranjero. Ustedes morirán muy heroicamente, pero no tienen perspectivas de triunfo.

"Las palabras de Monje nos indignaron, sobre todo cuando calificó al Che de extranjero, negándole estúpidamente su calidad de revolucionario continental. Pero su desvergüenza llegó al extremo cuando nos propuso desertar.

"El solo hecho de que nos pidiera abandonar al Che en el monte era una actitud traidora. Tal vez pensó que alguno iba a aceptar su miserable proposición.

"Todos lo replicamos con firmeza que no nos íbamos. Que él se quedara, que era un falso orgullo revolucionario negarse a estar bajo las órdenes de otro, sobre todo cuando ese 'otro' era nada menos que el Che, el revolucionario más completo y más querido, el hombre

junto al cual querían luchar miles de latinoamericanos. "Esa noche se hizo un brindis. Yo no estuve porque, a esa hora, cuando en la ciudad estaban anunciando con cohetes y campanas al vuelo el advenimiento del año 1967, me tocaba hacer posta. Los compañeros me contaban que Monje, alzando su copa, afirmó que allí, en Ñancahuazú, se iniciaba una nueva gesta libertaria y deseó éxito a nuestra guerrilla".

Aquel fue un momento decisivo. Los bolivianos que estaban presentes, en ese momento, eran: Jorge Vásquez Viaña, Apolinar Aquino Quispe, Serapio Aquino Tudela, Antonio Domínguez Flores, Freddy Maymura Hurtado, Aniceto Reinaga Gordillo, Lorgio Vaca Marchetti, Orlando Jiménez Bazán, Julio Méndez Korne, Antonio Jiménez Tardío, Inti y Coco. Algunos serían desertores y otros fueron calificados por el Che como "resaca", pero en ese momento, ninguno hizo la menor insinuación de aceptar la invitación de Monje a retirarse de la columna guerrillera.

Ya desde los primeros días, Inti demostró cualidades sobresalientes. Aunque, en el primer momento, el Che había asignado la función de comisario político a Rolando (Eliseo Reyes), antes que terminara diciembre, Inti había asumido esas funciones junto a aquél y, posteriormente, como único encargado de esa delicada responsabilidad. A Inti también se le asignó el control del dinero. Mientras tanto, Coco seguía cumpliendo misiones fuera del campamento. En enero volverá a La Paz, para

hacer contactos que debían servir en la organización de la red urbana de enlace.

Recuerdo que cenamos, una noche de enero de 1967, en un restaurante céntrico. En términos generales, me habló de la guerrilla. No hubo ni asomo de dramatismo o pretensión en sus anuncios. Ninguna mención hizo referencia a la presencia del Che. Me resulta curioso que, en su diario, el Che critique la tendencia a revelar su presencia, especialmente entre los combatientes bolivianos. Fue él mismo quien inició esa costumbre y lo hizo en forma tan sorpresiva, cuando se lo dijo a Loro, que casi provocó un accidente. En la extensa conversación que tuve con Coco, no mencionó esa circunstancia. Nos despedimos como si se tratase de una ausencia corta; no hubo dramatismo, sino un abrazo afectuoso como siempre acostumbrábamos. Aquella fue la última vez que lo vi.

La siguiente oportunidad que supe de ellos, fue por vía de Antonio Arguedas, Ministro del Interior en el gobierno de Barrientos.

Relacionado con nosotros desde los lejanos años ‘50, Arguedas mantuvo su amistad, al punto que me hizo revelaciones peligrosas, sin otra razón que la confianza. Muy pronto me llamó a su despacho para preguntarme sobre Inti y Coco:

- Posiblemente en el exterior, cumpliendo una misión de partido.

- No es cierto. Yo se dónde están.

Al tiempo que sacaba unos papeles de su escritorio, me explicó que, en el sureste del país, se había detectado el sospechoso movimiento de un grupo de personas que estaba haciendo un extenso recorrido, al parecer de reconocimiento, por el Río Grande. Uno había muerto arrastrado por el río.

En el grupo -y aquí puso énfasis- hay dos hermanos cambas a quienes les llaman Inti y Coco.

- Sería una gran casualidad - me dijo - que hubiese otros hermanos que lleven esos mismos nombres.

Hasta allí llegó la conversación. El mensaje era claro: la guerrilla había sido detectada. Pasé la información al partido; de momento, no supe qué providencias se tomaron. Después entendería que nada harían porque, la dirección, no quería y no podía hacerlo.

En Ñancahuazú, después de la visita de Mario Monje, el Che tomó las disposiciones necesarias para iniciar la fase de entrenamiento de la columna. Estos preparativos se prolongaron durante todo enero.

El 1 de febrero se inició la larga caminata hacia el norte que, proyectada para 15 días, se prolongó hasta el 20 de marzo, cuando recién pudieron retornar. El río Rosita fue el punto culminante de ese recorrido. En el camino, ocurrió la primera baja: Benjamín Coronado. Inti relata: "... de físico muy débil... tenía un carácter fuerte, una posición ideológica muy desarrollada y una decisión inquebrantable de defender con su vida nuestros ideales. Che quería mucho a Benjamín, y en los meses que

permaneció con nosotros, siempre lo estimuló a seguir adelante. En el Río Grande, Benjamín caminaba muy agotado y tenía dificultades con su mochila. Cuando marchábamos por una faralla hizo un movimiento brusco y cayó al río, que iba muy crecido y con fuerte corriente. No tuvo fuerzas para dar unas cuantas brazadas. Corrimos a salvarlo e incluso Rolando se tiró al agua y buceó tratando de rescatarlo. No lo pudimos ubicar".

"Hombre sensible (Che), la muerte de Benjamín también lo golpeó. Por eso habló nuevamente de la necesidad de recibir estos hechos con estoicismo, como un riesgo de la guerra.

" - No deben desmoralizarse, recalcó. Hay ocasiones en que parece que las energías hubieran llegado al límite de nuestras fuerzas. Es entonces cuando ustedes deben apelar con energía a su voluntad y dar un paso más. Después de ése, otro y otro, sin detenerse nunca".

Era el 26 de febrero. Habían transcurrido casi cuatro semanas de caminata, con una alimentación magra y un esfuerzo diario que superaba la capacidad física de la mayor parte de ellos.

Poco después llegaron al río Rosita y emprendieron el retorno. Una segunda pérdida, casi en las mismas circunstancias, ocurrió el 16 de marzo.

El Che, en su diario, explica al día siguiente: "Otra vez la tragedia antes de probar el combate. Joaquín apareció a media mañana; Miguel y Tuma habían ido a alcanzarlo con buenos trozos de carne. La odisea había

sido seria: no pudieron dominar la balsa y ésta siguió Ñacahuaso abajo, hasta que les tomó un remolino que la tumbó, según ellos, varias veces. El resultado final fue la pérdida de varias mochilas, casi todas las balas, 6 fusiles y un hombre: Carlos (Lorgio Vaca Marchetti). Este se desprendió en el remolino junto con Braulio pero con suerte diversa: Braulio alcanzó la orilla y pudo ver a Carlos que era arrastrado sin ofrecer resistencia. Joaquín ya había salido con toda la gente, más adelante, y no lo vio pasar. Hasta ese momento, era considerado el mejor hombre de los bolivianos en la retaguardia, por su seriedad, disciplina y entusiasmo".

Faltaban pocos días para que se iniciasen las hostilidades, pero nadie podía preverlas en aquel momento. En el relato de Inti, encontramos esta cita: "El 19 de marzo tuvimos el primer presagio de que algo importante ocurriría al ver una avioneta que sobrevolaba en insistente misión de reconocimiento por la zona. Casi al llegar al campamento Che se encontró con el Negro (médico peruano que venía a quedarse con nosotros) y con Benigno, quien se había adelantado para llevarnos comida. Las noticias que nos dieron fueron nutridas. En el campamento principal estaban esperándonos Debray, el Chino, Tania, Bustos y Guevara, con los nuevos combatientes. El ejército había atacado nuestra finca después que dos hombres habían desertado entregando valiosa información, luego de ser apresados en Camiri".

Los combates

Los acontecimientos se precipitaron; el primer combate ocurrirá el 23 de marzo. ¿Cómo lo sintieron los combatientes? Hay varios testimonios. Rolando (Eliseo Reyes Rodríguez), quien estuvo al frente de esa acción, dice: "A las 0700, mientras le explicaba la emboscada a Benigno, llegan las fuerzas enemigas. Decido no retirarme. Abro fuego tal como estaba planeado. El fuego dura unos 6 minutos, la fuerza enemiga está de acuerdo en rendirse". Más adelante evalúa: "A las 1600 llego al campamento y reporto a Ramón la acción en la emboscada y la actitud del personal, del cual uno solamente (Walter) tuvo los pies fríos. Los camaradas B., Coco, Pedro, Guevara, Paco y Chino se portaron muy bien". La B. parece corresponder a Benigno.

Braulio (Israel Reyes Zayas) confirma: "A las 7 de la mañana, con Rolando y Benigno, el ejército cae en nuestra emboscada y capturamos 27 fusiles...".

Para Coco, aquélla debió ser una acción decisiva. Es cierto que muchas veces había disparado sobre animales en el Beni. Cierto también que pasó por un riguroso entrenamiento guerrillero. Pero en ninguna oportunidad había sentido el impacto que supone participar de una batalla real.

Los restantes miembros de la columna, que apenas habían retornado de la azarosa travesía hasta el río Rosita, también anotan el hecho.

Pacho (Alberto Fernández Montes de Oca), dice: "Primera emboscada de combate.- 10 y 8 am. Me comunica Antonio que Rolando tuvo un encuentro".
Pombo dirá: "Cae en nuestra emboscada una patrulla del Ejército".
Para el Che, el tema no puede ser tan simple; lo anota así: "Día de acontecimientos guerreros... A las 8 y pico llegó Coco a la carrera a informar que había caído una sección del ejército en la emboscada".
Inti, en su rememoración "Mi campaña junto al Che", da detalles de la forma en que ocurrió aquel combate, seguramente tomando el relato que debió hacerle Coco. "A las 7 de la mañana del 23, mientras Rolando revisaba las posiciones de los guerrilleros emboscados, se sintió un chapoteo por el río. Rápidamente se situó en su lugar y esperó que la tropa fuera avanzando lentamente. Se mantuvieron en silencio hasta que penetró un grupo grande. Rolando, como responsable de esta primera acción nuestra, abrió fuego sorpresivamente. Muchos soldados se desplegaron en posición combativa. Los pocos que hicieron frente fueron abatidos en forma rápida. El resto huyó. El fuego duró aproximadamente unos seis minutos, según informó Rolando al Che, hasta que las fuerzas enemigas se rindieron".
Inti fue comisionado por el Che para charlar con los detenidos, presentándose como jefe de la guerrilla. Era evidente, ya para entonces, que se destacaba entre los combatientes bolivianos; pero no sólo eso, sino que era

comisario político y como tal lo reconocían todos los miembros de la columna.

El comunicado que se redactó, estaba firmado por el Ejército de Liberación Nacional; posteriormente aparecerían sólo las siglas: E.L.N. que fue como, desde entonces, se conoció al movimiento revolucionario generado en Ñancahuazú. Los militantes de la organización se reconocieron después "elenos".

Las primeras reacciones del gobierno parecieron confusas. Sin embargo, dos días más tarde, llegó a Santa Cruz un avión procedente de Estados Unidos con "instructores y armamentos para combatir a los guerrilleros". Recién al día siguiente (26 de marzo) hubo un comunicado del comando en jefe de las fuerzas armadas y el presidente Barrientos afirmó que, en el combate hubo 15 guerrilleros muertos y 4 prisioneros, mientras el ejército perdió a 4 soldados y un oficial.

Los partes de ambos bandos, de hecho, fueron una declaración de guerra; una guerra que se prolongaría hasta casi finalizar ese año: 1967.

Para la columna, la situación era muy clara. Había que movilizarse, pese a que el grueso del grupo estaba cansado y desnutrido.

Además, debía resolverse la situación de los visitantes. Convocados por el Che, se hallaban en el sitio en que se iniciaron las acciones, el francés Regis Debray y el argentino Ciro Bustos; Tania (Tamara Bunke Bider) que actuaba de enlace urbano, los había conducido hasta

allí y debió quedarse. También estaba el peruano Juan Pablo Chang (Chino). Se acordó que, tanto Tania como el Chino se integraran a la columna como combatientes. Pero había que sacar a Bustos y Debray.

Con este propósito, se inició la marcha hacia Gutiérrez. En Iripití, hubo nuevos enfrentamientos con el ejército, exitosos para la guerrilla, aunque se produjo la primera baja (Jesús Suárez Gayol, "Rubio"). Constatada la movilización militar en dirección a Gutiérrez, se tomó la decisión de acercarse a Muyupampa.

Es conocida la incidencia de ese episodio. Para acercarse a Muyupampa, el Che instruyó a la retaguardia (10 combatientes, 2 enfermos y 4 "resacas") quedarse atrás, maniobrando pero sin trabar combate con el ejército. La vanguardia y el centro avanzaron hacia esa población y posibilitaron que los dos visitantes -más un periodista que había logrado encontrar a la columna, para supuestamente entrevistar a los combatientes-, se dirigiesen a Muyupampa. No les fue posible pasar desapercibidos; fueron detenidos y, más adelante, sometidos a un juicio, junto con dos desertores y otros combatientes, sorprendidos por el ejército.

Mientras tanto, la columna debió entrevistarse con una comisión de autoridades y un sacerdote, que ofrecieron provisiones, a cambio de que no ingresaran a Muyupampa. El ejército, que ya ocupaba el poblado, impidió que se cumpliera aquella promesa y, al contrario, bombardeó la zona en que se encontraba la columna.

Cumplida esa misión, comenzó la búsqueda de la retaguardia comandada por Joaquín (Vitalio Acuña). Todos los intentos fueron inútiles, aunque el Che persistió hasta el final.

Fue en esas circunstancias que "se nos perdió el Loro Vásquez", como relata Inti. Además de camarada y amigo muy cercano a Inti y Coco, Loro fue uno de los cuatro militantes comunistas asignados a la preparación del foco guerrillero desde mediados de 1966.

A retazos, ha podido reconstruirse la captura y asesinato de Loro. El periodista Luis J. González, en su obra "El Gran Rebelde", hace un extenso relato.

"Jorge Vázquez Viaña fue herido y hecho prisionero en las cercanías de Monteagudo el 27 de abril. Deambulaba solo y perdido en aquella zona desde cinco días antes, en que ya no se presentó al grupo del que formaba parte. Nicolás Montaño, natural de Monteagudo, refiere así su intervención en el hecho: 'Observé huellas extrañas alrededor de mi chaco, tres días antes del Día de la Cruz. Me dí a la tarea de seguirlas. Una vez que localicé al guerrillero, avisé al oficial de guardia de Monteagudo'. El campesino y el oficial fueron juntos al sitio indicado y sorprendieron a Vázquez tendido en el suelo, agazapado entre las hierbas, armado con una metralleta. Montaño le disparó un tiro que le interesó la región intestinal. 'Cuando iba a rematarlo, el oficial de policía me arrebató el arma y pudimos capturar vivo al guerrillero'."

Trasladado a Camiri, fue internado en el hospital de YPFB. Allí sufrió intensos interrogatorios y fue sometido a tortura. González informa -después de una minuciosa investigación- que Loro, sometido a una intervención quirúrgica, no permitió que lo anestesiaran. De allí, fue llevado a Choreti. Luego de una larga gestión, su madre logró verlo, aunque no le permitieron acercarse a él. Este es el relato que se lee en "El Gran Rebelde" sobre la forma en que fue asesinado Vásquez Viaña.

"Después de haberse salvado de varias tentativas de victimación, en la madrugada del 27 de mayo - consagrado en Bolivia al Día de la Madre - fue conducido en un jeep a Choreti, donde estuvo al cuidado del teniente Torres Torres. En esa pequeña localidad, el sub-oficial Florencio Siles Villarroel firmó el parte de 'fuga' de Vázquez: "Logró escapar haciendo un forado en la pared". En las primeras horas de la mañana sin embargo, según aserciones responsables, el cuerpo ensangrentado de Jorge Vázquez Viaña, envuelto en una vieja manta de cuartel, fue embarcado en un helicóptero en el aeropuerto de Choreti. Antes de que los rayos del sol indiscreto iluminaran la escena, la máquina conducida por el teniente Carlos Rafael Estívariz Cardozo levantó vuelo con su carga macabra, tomando rumbo hacia las barrancas de Ñancahuazú... El 29, el Comando de la IV División informó que el prisionero fugó del Hospital Militar de Camiri".

Terminaba mayo. Para entonces, pese a las circuns-

tancias adversas, el balance que hacía la columna, era favorable. Aparte de los éxitos militares, Inti destaca que se notaba una evolución favorable en la relación con los campesinos de la zona. Como ejemplo, relata la incursión en Moroco, el 19 de junio.

"Como era natural, al principio la acogida fue fría. Incluso una buena dosis, mezcla de curiosidad y desconfianza. Ese mismo día llegaron al poblado tres individuos armados de revólveres y fusiles mauser, que dijeron ser comerciantes en chanchos. No hicimos reuniones ni el mitin que se acostumbra en estos casos para informar a los pobladores acerca de nuestros principios y pedirles su incorporación o solidaridad. Sencillamente nos dedicamos a charlar con ellos, pedirles datos sobre caminos, trillos, antecedentes sobre otros vecinos, etc. Esta conducta familiar nos permitió captar valiosos amigos y allí se produjo nuestro primer reclutamiento: Paulino, un muchacho campesino que tenía allí su familia y conocía toda la zona. A pesar de su juventud (tenía alrededor de 22 años) estaba afectado por la tuberculosis, producto de la mala alimentación y de la vida miserable que llevaba en esa región.

"Al día siguiente se produjo un acontecimiento espectacular. Paulino nos informó que los tres 'comerciantes' no eran tales, sino espías que enviaba el ejército para realizar labores de inteligencia... Paulino continuó posteriormente con nosotros y fue enviado a Cochabamba llevando algunos mensajes, los que no llegaron a su

destino porque el ejército detuvo al muchacho".
Siento que estos relatos son como un sueño. Los he leído y luego explicado tantas veces, que -treinta años después de acontecidos- forman parte de mi pasado, de mi realidad. Y, sin embargo, estoy consciente de haber sido un lejano espectador.
Estuve en La Paz, hasta después del 20 de julio de 1967; luego debí emigrar a Chile.
Mientras permanecí aquí, seguí minuciosamente, a través de la prensa, la ruta de la guerrilla. Cada vez que se anunciaba un combate, en un mapa de dimensiones regulares, colocaba un alfiler. Gonzalo Muñoz, que era el director de la publicación en la que trabajaba por esos días, hacía las acotaciones que permitían reconstruir un panorama coherente, en medio de los informes contradictorios que daba el mando militar, un poco con el objeto de desorientar y otro poco porque también ellos estaban desorientados.
De cuando en cuando, brillan en mi mente los alfileres que resaltaban en el sureste del mapa. Siguen siendo un referente para recordarme que yo no estaba allí.
Seguramente, la toma de Samaipata, fue la acción más resonante, aunque en ella sólo participaron seis combatientes: Pacho, Coco, Ricardo, Julio, Aniceto y Chino. Conociendo la situación -una pequeña guarnición militar que no estaba preparada para actuar contra la columna-, se hizo una advertencia telefónica que no fue tomada en serio por las autoridades locales. El grupo

guerrillero tomó la tranca. La acción fue exitosa, aunque no se lograron todos los objetivos. Uno importante, obtener medicamentos contra el asma, no pudo cumplirse.
El asma que aquejaba al Che, era un problema para toda la columna. Naturalmente que retrasaba la marcha, como ocurría con cualquier dolencia que tuviese uno u otro de los combatientes. Pero, por encima de esto, disminuía la capacidad de mando del Che, en circunstancias en que era absolutamente necesaria su conducción.
La búsqueda de la retaguardia comandada por Joaquín, se complicaba. A través de la radio, escuchaban noticias de enfrentamientos en lugares distintos a los que ellos cruzaban; la conclusión era que allí estaba Joaquín y hacia allí se dirigían.
Avanzado el mes de julio, la situación se mantenía sin variaciones. Hubo otros encuentros que reforzaron la confianza en los combatientes. El 30 de julio, esa confianza, iba a tener consecuencias funestas. Inti explica que cometieron varios errores debido a "un exceso de confianza en nuestra capacidad y en un desprecio por el poder del enemigo".
Murieron dos combatientes: Raúl Quispaya y Ricardo, el hombre que llevó el peso principal en la preparación del foco guerrillero.
El Che, que tenía un persistente ataque de asma, sufrió un peligroso percance: el caballo en el que iba resbaló y cayó. Lo auxiliaron Coco, Julio y Miguel que, evi-

dentemente, ya formaban un equipo en la vanguardia de la columna.
Agosto se arrastró entre penurias y desalientos.
"Hubo días duros, tensos, de relajamiento de la moral en los que se necesitaba una voluntad fuerte y una conducción política firme y respetada", dice Inti, añadiendo que allí estaba el Che, pese a su grave dolencia, imponiendo la disciplina que necesitaba el grupo para sobrevivir.
En la otra cara de la medalla, las anécdotas de la solidaridad, dan una imagen vibrante de la columna. El Che perdió sus zapatos en el cruce del río; Ñato le fabricó un calzado rústico de cuero, que era el que tenía cuando fue herido, apresado y asesinado en La Higuera.

La ronda de la muerte

La búsqueda de la retaguardia llegaba su fin. El 31 de agosto, en Puerto Mauricio, Joaquín y el grupo que comandaba cayó en una emboscada.
Cuando cruzaban el río, con el agua a la cintura, fueron acribillados. Allí mismo cayeron Joaquín, Apolinar, Walter, Moisés, Alejandro y Braulio. Tania, al parecer, también fue abatida allí, pero sólo dos días después encontraron su cuerpo, arrastrado por la corriente. Freddy Maymura (Ernesto) y José Castillo (Paco) fueron apresados con vida. Ernesto fue asesinado poco después, por negarse a cumplir una orden humillante. Paco, so-

breviviente de esa emboscada, fue sometido a juicio junto a Debray y Bustos. El único que logró escapar fue Restituto Cabrera (Negro), médico peruano, quien anduvo extraviado varios días hasta que fue ubicado y ultimado, a varios kilómetros de Puerto Mauricio.

"Septiembre fue un mes de combates, de pérdidas humanas valiosas, de largas caminatas y privaciones, de promisorios contactos con los campesinos, de altibajos en la moral de la tropa y en el que se empieza a vislumbrar la pérdida definitiva de Joaquín y su grupo", anota Inti.

El combate más negativo ocurrió el 26 de septiembre. Desde días antes, la columna entraba a las pequeñas aldeas de la zona, conversando con los pobladores. Ese día llegaron a Picacho muy temprano; había fiesta y los combatientes fueron agasajados con chicha y algunos bocados. Coco se había incautado de un telegrama en que el subprefecto de Vallegrande comunicaba al corregidor del poblado de la presencia de los guerrilleros en la zona.

De allí iban a partir rumbo a La Higuera. La vanguardia salió para tratar de llegar a Jagüey. Poco después se escuchó un intenso tiroteo y, en el poblado, el Che organizó la defensa para esperar el retorno de la vanguardia. Relata Inti: "El primero en regresar fue Benigno, con un hombro atravesado por una bala, la misma que había matado a Coco. Luego lo hicieron Aniceto y Pablito, este último con un pie dislocado. También habían muerto en la emboscada Julio y Miguel.

"El combate fue ligero y desigual. El ejército con un gran poder de fuego y un número aplastante de hombres había atacado sorpresivamente a nuestros combatientes en una zona sin ninguna defensa natural...

"Miguel fue muerto casi instantáneamente, Coco quedó malherido. El resto de los compañeros peleó heroicamente tratando de rescatarlo, dando una hermosa prueba de solidaridad. Cuando Benigno arrastraba su cuerpo sangrante, una ráfaga de ametralladora lo remató y una de las balas hirió a Benigno; otro rafagazo mató a Julio".

Sigue Inti: "Coco y yo éramos -si así cabe decirlo- más que hermanos. Camaradas inseparables de muchas aventuras, juntos militamos en el Partido Comunista, juntos sentimos el peso de la represión policial en muchas oportunidades y compartimos la cárcel, juntos trabajamos en Tipuani, juntos recorrimos el Mamoré, aprendimos agricultura y pasamos largas jornadas cazando caimanes, juntos ingresamos a la guerrilla. En esta nueva aventura no lo veré a mi lado, pero siento su presencia, exigiéndome cada vez más".

Después, recuerda:

"Un día, conversando en el monte, a propósito de la muerte de Ricardo, que produjo un fuerte impacto en su hermano Arturo, Coco me dijo:

"-No quisiera verte muerto, no sé cómo me comportaría. Afortunadamente creo, que si alguien muere primero, ése seré yo...

"Coco era un hombre muy generoso, capaz de emocionarse y llorar como un hombre por un ser querido, como lo hizo el día que murió Ricardo.

"Yo no lo vi morir. Tampoco derramé una lágrima; por una cuestión de carácter, me cuesta mucho llorar. Pero no por eso el dolor, el sentimiento y el afecto por un hombre tan querido es menos intenso".

Alguien me sugirió abrir la urna en que estaban depositados los restos de Coco. No me atreví a hacerlo. Tampoco lloré cuando conocí la noticia de su muerte, hace tantos años. Para entonces, yo vivía en Santiago de Chile, a donde había emigrado, perseguido por el régimen.

Recién en 1997 llegué a Vallegrande y, por supuesto, estuve en el Hospital de Malta, donde habían sido mostrados, a la curiosidad pública, los cadáveres de los guerrilleros. Después de visitar la lavandería, en la que fue expuesto el cuerpo del Che y emocionarme con la inscripción que hicieron los miembros del equipo que encontró sus restos ese año, fui hasta el corredor en el que, tirados en el suelo, mostraron los restos maltratados de Coco, Julio y Miguel.

No se cómo expresar las sensaciones que tuve aquel momento. Conservaba en la memoria la foto de los tres cuerpos yacentes, que había visto tantas veces publicada en los diarios. Coco, en primer plano, con la barba crecida y un borbotón de sangre que le mancha parte del rostro. En el brazo, una extensa y profunda herida que nunca he podido explicarme. Por sobre todo ese

horror, la expresión de su rostro es de una infinita tranquilidad; parece dormido.
Los escasos sobrevivientes de aquella aventura épica, recuerdan todavía que Inti cayó en un mutismo casi absoluto y, por momentos, parecía estar desubicado; incluso, en una ocasión, no escuchó la orden de avanzar y quedó bastante rezagado.

En la quebrada del destino

La disminuida columna -apenas 17 hombres- marchó hacia La Higuera, con objetivos claros. Confirmado el aniquilamiento del grupo comandado por Joaquín, había que buscar un nuevo teatro de operaciones. Para ello, debían romper dos cercos que se desplegaban en torno a ellos. La marcha era lenta, tanto por las múltiples precauciones que habían de tomar para no ser detectados, cuanto por el estado de salud de algunos combatientes. Así llegaron, en las primeras horas del 8 de octubre, a la quebrada del Yuro.
A la 1 y media de la tarde, comenzó el tiroteo. Aniceto cayó fulminado. Los guerrilleros disparaban sólo cuando lo hacían los soldados, para evitar que los detecten. Al oscurecer, pudieron reunirse Benigno, Darío e Inti, que se habían mantenido en una posición lateral, con Pombo, Urbano y Ñato, que estaban frente a ellos.
"-¿Y Fernando (Che)?
"- Nosotros creíamos que estaba con ustedes".

Ninguno de ellos sabía lo que había ocurrido con su comandante. Creyendo encontrarlo en un punto de reunión previamente acordado, marcharon hacia allí, sin resultado. Relata Inti: "Después de perder el rastro de nuestra gente volvimos a caer en La Higuera, lugar que nos traía recuerdos dolorosos que aún no se habían borrado. Nos sentamos casi frente a la escuela del lugar. Los perros ladraban con persistencia, pero no sabíamos si era delatando nuestra presencia o estimulados por los cantos y gritos de los soldados que esa noche se emborrachaban eufóricos.

"Jamás nos imaginamos que a tan corta distancia de nosotros aún estaba allí herido, pero con vida, nuestro querido Comandante".

Sólo dos días después, los 6 combatientes tuvieron la certeza de que el Che había caído. "Permanecimos callados -recordaba Inti-, con los puños apretados, como si temiéramos estallar en llanto ante la primera palabra. Miré a Pombo, por su rostro resbalaban lágrimas".

Fue interminable el tiempo en que todos permanecieron quietos y mudos. Después lograron hablar.

"Sólo recuerdo -dice Inti- que con una sinceridad muy grande y unos deseos inmensos de sobrevivir, juramos continuar la lucha, combatir hasta la muerte o hasta salir a la ciudad, donde nuevamente reiniciaríamos la tarea de reestructurar el Ejército del Che para regresar a las montañas a seguir combatiendo como guerrilleros".

En la quebrada del Yuro cayeron siete combatientes,

incluyendo al Che. Los diez sobrevivientes estaban divididos en dos grupos: Chapaco, Moro, Eustaquio y Pablito se dirigieron hacia el sur y cayeron en un combate sobre la desembocadura del río Mizque, en un lugar llamado Cajones. Los otros seis: Inti, Pombo, Ñato, Urbano, Darío y Benigno, marcharon hacia el norte. Tendrían siete encuentros, antes de romper definitivamente los sucesivos cercos que les tendió el ejército.

El primero de éstos, tiene ya carácter de leyenda; lo han relatado con mucho detalle más de uno de los sobrevivientes. Después de la batalla del Yuro, el ejército persiguió con encono a lo que consideraba restos en desbande. El día 12, casi pisándole los talones, obligó a este grupo a refugiarse en una "isla de monte", donde los sitió. En un momento, hicieron un "peinado" del lugar, pero las bajas que sufrieron los hizo desistir de este método y se mantuvieron a la espera. Eran las 3 de la madrugada, cuando la luna finalmente se ocultó y los guerrilleros se arrastraron, intentando deslizarse entre dos trincheras. Sin embargo, un soldado dio el alto y, en una rápida maniobra Inti lo eliminó, se introdujo en la trinchera y agrupó a los otros cinco. Durante 15 minutos, los otros soldados dispararon hacia la "isla", suponiendo que de allí habrían salido los disparos. Cuando cesó el fuego, los seis, rompieron el cerco más cerrado que les había tendido el ejército.

Durante un mes caminaron siempre hasta el norte, en cortas jornadas que aprovechaban la noche. Así lle-

garon hasta Mataral, donde incluso hicieron algunas compras. El ejército, que los seguía de cerca, volvió a detectarlos y se produjo un breve enfrentamiento en el que, un disparo, mató a Ñato.

Jesús Lara, en "Guerrillero Inti Peredo", cuenta: "Después de la muerte de Ñato Méndez, ciudades y pueblos de la república fueron empapelados con un cartel oficial que llevaba los retratos de los cinco sobrevivientes y ofrecía un 'premio' de diez mil pesos bolivianos por cada una de las cinco cabezas. Los guerrilleros debían ser presentados 'en lo posible vivos', para ahitar el sadismo del genocida Barrientos Ortuño. Un día nuestra puerta amaneció con un cartel de esos cuidadosamente pegado en su parte superior. Una muestra de ingenio de la inteligencia castrense, que nos indujo a escribir en Ñancahuazú - Sueños: 'aquellas cinco cabezas con torpe absurdidad puestas a precio, venían a honrar mi puerta y llenaban de orgullo mi casa'."

Mientras tanto, los cinco siguieron avanzando en paralelo con la carretera intentando así anunciar su situación, para que, desde la ciudad y al darse cuenta de la ruta que seguían, pudiese llegarles algún auxilio. Pero esta maniobra fue detectada antes por el ejército, obligándolos a buscar otros rumbos. Así fue que llegaron hasta un pastizal en cuyo centro ubicaron una choza y encontraron un matrimonio campesino que los acogió.

Durante varias semanas rumiaron su soledad, hasta que Inti propuso salir en busca de ayuda. Se preparó el plan

y, a mediados de diciembre, Inti y Urbano salieron a la carretera decididos a viajar hasta Cochabamba, pero la estrecha vigilancia militar les obligó a ir en sentido contrario. Llegaron a Santa Cruz, tomaron un avión y se trasladaron a Cochabamba. Allí hicieron contacto con el suegro de Inti, Jesús Lara, quien logró comprometer a varios dirigentes del PCB.

Con ardor renovado

Inti pudo ver, entonces, a su familia. Desde el inicio de las acciones guerrilleras, Matilde y sus hijos: Rómulo y el segundo llamado también Inti, debieron permanecer ocultos, perseguidos por los organismos de represión. Escuetamente, Jesús Lara relata: "El encuentro fue patético, henchido de emoción, pero sin desbordes y sin efusiones. No en vano el hombre acababa de salir de Ñancahuazú. No en vano la esposa se había templado en ocho meses de persecución, de dolor y quizás también de esperanza.

"Los niños dormían y dormiditos los besó y abrazó el padre.

"La entrevista no podía ser muy larga. Veinte minutos, nada más, y tuvieron que despedirse".

Comenzó entonces la preparación del rescate de los tres que esperaban en el monte. Inti dice: "Deliberadamente nunca hemos explicado nuestra salida del monte, porque ello pone en peligro la vida de varios campesinos

y sus familiares, que se jugaron enteros por nosotros, así como honestos revolucionarios de la ciudad". Pero Jesús Lara hace el relato pormenorizado de esa hazaña, precautelando la identidad de los actores.

Hubo dos intentos fallidos. La expedición fracasó porque Benigno, encargado de hacer el contacto, desconfió debido a la juventud de los enviados y no respondió a la consigna. Sólo una tercera tentativa, con otro grupo que debió superar varias dificultades, logró su cometido. Ya reunidos, se planeó cuidadosamente el rescate y, el 6 de enero de 1968, Pombo, Darío y Benigno llegaron a Cochabamba, ocultos debajo de una inmensa carga de madera.

El siguiente paso, era la salida del país de los tres combatientes cubanos. Inti viajó a La Paz. Tuvo contactos con la dirección del PC; acuerdos y desacuerdos, compromisos y postergaciones. El hecho es que, los tres combatientes cubanos, acompañados por Estanislao Willka -quien en 1970 integraría el estado mayor de la columna que se internó en la región de Teoponte-, llegaron hasta Sabaya, un poblado cercano a la frontera. El plan era llegar a un lugar en Chile en el que debían ser contactados por un emisario.

Bastó un soplón para que se movilizara todo el aparato militar y estuvieron a punto de ser copados. El 15 de febrero lograron atravesar la frontera y, después de una marcha extenuante, llegaron a la región de Camina. El senador socialista Salvador Allende los acompañó hasta

Tahití, de donde fueron recogidos por un avión cubano. La operación -un éxito total por la salida de Pombo, Urbano y Benigno- reveló que Inti seguía dentro de Bolivia. Su búsqueda se hizo más intensa. "Comenzaron a batir amplias zonas del país -dice Lara- donde presumían refugiado al guerrillero: Santa Cruz, Beni, Cochabamba, La Paz, el área minera de Potosí".

Sigue relatando: "El rastreo llegó cerca de su primer refugio cómodo y generoso (en La Paz), obligándole a cambiarlo por otro, estrecho y limitado. Desde aquí comenzó sus actividades de sondeo y de organización. Salía de noche, con muy poco aprecio del peligro, en busca de los contactos necesarios y a concurrir a las reuniones promovidas por él mismo. La larga experiencia recogida dentro del PCB y ante todo en Ñancahuazú le había enseñado que el sectarismo era un agente negativo para el género de lucha que a su juicio debía conducir a la liberación del país".

El ELN -que ya, con ese nombre era conocido en todas partes- tuvo un desarrollo impresionante en unos cuantos meses.

El impacto de las acciones de Ñancahuazú sensibilizó a grandes sectores de la sociedad. Obreros, universitarios, profesionales, comenzaron a integrarse progresivamente. Existían ya grupos en La Paz, Cochabamba y Santa Cruz.

Su idea central era la reinstalación de la guerrilla. En junio, junto a sus compañeros más cercanos -entre ellos

Enrique Ortega- elaboró un manifiesto que se publicó poco después de que él saliera del país, con el propósito de hacer contactos con grupos de simpatizantes en varios países.

El 19 de julio, el manifiesto titulado "Volveremos a las montañas" fue publicado en 'El Diario'. Aquel documento era una noticia de primera importancia para cualquier periódico pero, por supuesto, fue necesaria una cautelosa negociación, que no incluyó ningún pago, para que se publicara el documento.

Comenzaba diciendo: "La guerrilla boliviana no ha muerto. Acaba apenas de comenzar". Hacía un análisis de las circunstancias en que se había desarrollado la campaña de Ñancahuazú. Luego se refería a la situación del país que sólo podía superarse con una transformación profunda, posible únicamente mediante el enfrentamiento armado con el sistema. Pasaba a analizar la actitud de los partidos de izquierda, señalando sus debilidades y desaciertos, por lo que no era posible apoyarse en ninguno de ellos; de hecho, proclamaba la decisión de formar su propio aparato político. Finalizaba así: "Que el imperialismo y sus lacayos no canten victoria, porque la guerra no ha terminado: recién empieza. ¡Volveremos a las montañas! Otra vez estremecerá a Bolivia nuestro grito de ¡Victoria o Muerte!".

Habiendo logrado salir del país, Inti llegó a Cuba, donde sólo pidió contactos que permitieran, al ELN, contar con el necesario eco internacional.

Poco después, su esposa e hijos, fueron sacados del país en forma clandestina y llegaron a Cuba, donde iniciaron una vida nueva, después de año y medio en que debieron cambiar constantemente de albergue y hasta de nombre, para evitar la pertinaz asechanza de la represión.

Una operación similar debió hacerse después para trasladar a la viuda de Coco y sus hijos hasta Cuba, pues en ellos también quería cebarse el sadismo de las fuerzas represivas.

Pero, en la otra cara de la medalla, la insurgencia de Ñancahuazú, despertaba el apoyo de amplios sectores del país. El Congreso de Universidades, realizado en Potosí a fines de 1968, aprobó en forma unánime un conjunto de resoluciones que declaraban la adhesión de los universitarios a los postulados del ELN, proclamaban Comandante de América y Héroe Nacional al comandante Che Guevara, reconocían a Inti como líder del pueblo y de los universitarios y convocaban a éstos a incorporarse al ELN.

Cuando, en 1970, se reunió el Congreso de Mineros, las sesiones se iniciaron bajo un retrato del Che, como un claro referente del curso que seguirían las deliberaciones de esa asamblea.

Era un sábado por la mañana, a fines de 1968, cuando llegó, a la vivienda que habitaba en Santiago de Chile, un hombre joven y menudo. Me preguntó mi nombre y luego me entregó una nota. Apenas eran dos frases en las que Inti me decía que quería verme y que acompañase al portador para concretar la cita. Así conocí a Peruchín que, para confirmar la autenticidad de la nota,

me entregó el anillo de compromiso de mi hermano.
Primero me inundó una inmensa emoción. Luego, el resquemor de que pudiese ser una celada, pero, ¿qué podía perder?; acudía al llamado de mi hermano, que no desoiría de ningún modo, cualquiera fuese la circunstancia.
Tomando diversos vehículos y observando la regla de no fijarme en el recorrido, deambulamos la ciudad por casi dos horas, hasta que llegamos a una casa modesta. Ingresamos a una sala y allí quedé solo, por unos minutos. Cuando apareció Inti, se me anudó la garganta. Nos abrazamos sin una palabra. Lo tocaba y volvía a tocar, sin poder reprimir la absurda pretensión de convencerme de que él estaba vivo y se hallaba frente a mí.
Había cambiado físicamente. Enjuto y algo encorvado, su rostro triangular por lo general tenía un aire adusto, que desdecía su trato afectuoso. Ahora, parecía haber crecido, pues se le veía erguido. Robusto y saludable, se movía con parsimonia. Su rostro se había ensanchado, perdiendo la angulosidad que antes le caracterizaba.
Recuerdo confusamente el diálogo que sostuvimos en aquella oportunidad. No importaban las palabras. Hablamos de Coco, de nuestra madre, de nuestros hermanos. Y, cuando se refirió a él mismo, dijo una frase que me quedó grabada a fuego:
- Después del combate del Yuro, donde yo debí morir, todo el tiempo que viva es de yapa.
Muchos insistían en la importancia de que escribiese su experiencia en Ñancahuazú. Inti no era escritor y, por

eso, se resistía a hacerlo pero, al mismo tiempo, entendía que debía hacer el máximo esfuerzo, para cumplir esa tarea. "Mi campaña junto al Che" es el resultado de un trabajo que, ciertamente, le resultó arduo y complejo, en medio de todo el programa de actividades que había diseñado. Tuvo, si, un gran apoyo cuando se incorporó al ELN el excelente periodista Elmo Catalán que revisó, con él, los originales. Elmo ingresaría a Bolivia y llegaría a ser el comisario político de la organización. En "Mi campaña junto al Che", Inti hace un relato escueto pero completo de las incidencias que ocurrieron desde el momento en que se incorporó al campamento de Ñancahuazú, hasta el último combate en Mataral. Sus descripciones de hechos que, en el Diario del Che apenas son anotaciones o no aparecen, permiten hacerse un cuadro completo sobre todo ese proceso histórico. Al final, en un capítulo ideológico, expresa sus opiniones de profundo cariño y respeto hacia el Che y la comunidad de sus ideas con las que formuló el Comandante de América y de las que se siempre se sintió heredero, no en el sentido del beneficio sino más bien, y con toda propiedad, en la responsabilidad que esto suponía.

Muriendo como vivió

A su retorno a Bolivia, Inti encontró una organización desarrollada. A la vez, traía aportes, tan importantes como la formación de un excelente núcleo de comba-

tientes en Chile. Varios de ellos ingresaron con él, para incorporarse a los preparativos de la columna que debía reanudar las acciones guerrilleras.

Por supuesto, la publicación de 'Volveremos a las montañas', hizo que se redoblara la vigilancia de los órganos de represión. Venciendo grandes dificultades, pero consciente de que cada tarea requería del máximo esfuerzo y la mayor dedicación, Inti viajaba a Cochabamba, estaba en La Paz, circulaba por Oruro y las minas. Eran los centros más importantes, por el momento, teniendo el objetivo de reiniciar las acciones en la montaña.

Al mismo tiempo, sabiendo de la importancia de los medios, no perdía una sola oportunidad para publicar un documento. Al cumplirse el primer aniversario del asesinato del Che, redactó un mensaje que difundió la prensa nacional: "El asesinato físico del Comandante Guevara no fue el panteón de sus ideas. Mientras exista la Revolución Cubana, mientras exista el Ejército de Liberación Nacional como vanguardia de la lucha guerrillera, las banderas del Che no se arriarán jamás".

En enero de 1969, lanzó un mensaje al campesinado a propósito del impuesto predial rústico -así fue como se le llamó- al que Inti definía como "la pieza maestra de un plan para reimplantar en el campo el latifundio y someter a las masas campesinas en beneficio de nuevos patrones y capitalistas norteamericanos".

Mamá llegó a Santiago, a principios de 1969, después de haber permanecido largo tiempo en Trinidad, ais-

lada de los hechos que sacudían al país, por el cuidado que puso tía Talita en evitarle el dolor de saber la muerte de Coco y la sañuda persecución a la que estaba sometido Inti.

Por supuesto, su primera pregunta fue: - ¿Qué ha pasado con Coquito? Por más que Talita se empeñó en ocultarle los periódicos, impedir que escuchase radio y hasta tratar de que no la visitasen, de una forma u otra le llegaron los rumores. Como madre, por supuesto, y ante la imprecisión de las versiones que recibía, abrigaba la remota esperanza de que Coco estuviese vivo.

Me tocó a mí, por tanto, confirmar su muerte. Le entregué el archivo de recortes con la información y las fotografías. Sabía que iba a sufrir, pero era preferible a mantenerla embotada en la ignorancia. Estuvo encerrada dos días en su habitación. Lloraba quedamente. Cuando yo entraba, se abrazaba a mí y sollozaba interminablemente.

A la mañana del tercer día salió y me dijo: - Llévame donde tu hermano Inti.

La formación de una organización siempre es compleja, sobre todo cuando tiene que hacerse actuando en condiciones adversas, peor aún si es en la clandestinidad. El ELN debió enfrentar esas graves dificultades.

A fines de julio de aquel 1969, Inti volvió a viajar a Cochabamba. En esta oportunidad, los contratiempos se convirtieron en peligro de muerte. El alojamiento que habitualmente usaba para sus estancias, estaba vi-

gilado. Una revisión que hicieron tres compañeros, lo confirmó, con resultados fatales: Maya (Rita Valdivia), la responsable del ELN en Cochabamba, fue muerta en el enfrentamiento; Víctor (Enrique Ortega) fue herido y apresado; Raúl Zamora, quien salió para alertar a Inti, días después se suicidó, sintiéndose culpable por haber abandonado a sus compañeros en circunstancias de vida o muerte.

Inti tuvo que pernoctar en domicilios de amigos, que sólo le ofrecían un precario asilo. Poco después, retornó a La Paz, sabiendo que la vigilancia policial era continua; otra vez, el cerco enemigo se estrechaba a su alrededor.

En los primeros días de septiembre, entregó un nuevo manifiesto que fue leído por radio y publicado en periódicos. El documento recordaba: "Cuando en julio de 1968 lancé un manifiesto, explicando al pueblo los alcances de nuestra lucha y las causas de sus victorias y derrotas, muchos creyeron que ésta era una honrosa retirada. Una vez más se equivocaron. Abandonar la lucha es una cobardía que la historia castigará implacablemente y los hombres formados por el Che no claudican ni se rinden".

El 9 de septiembre de 1969, cuando tenía 31 años de edad, Inti daba su último combate en una vieja casona de la calle Santa Cruz en la ciudad de La Paz.

¿Quién lo delató?, ¿por qué no se tomaron mayores medidas de seguridad?, son preguntas que se han hecho más de una vez. Aún siendo tan importantes, esas

circunstancias, ceden ante el hecho fundamental: la muerte de Inti en la plenitud de su juventud.

Ya entonces era reconocido como líder de la revolución en Bolivia. Cierto que la imagen del Che, fulguraba tras suyo, pero es innegable que sus méritos propios lo hacían acreedor a ese puesto y a esa misión.

Los periódicos registraron, en primera plana, las incidencias que culminaron con su muerte. Algunos vecinos, según la crónica, dijeron haber visto que sacaban a un hombre herido. Un año después, Enrique Ortega me hizo un relato que confirma esa versión.

Estábamos en Cuba, a donde había llegado como uno de los diez presos políticos canjeados por los dos técnicos alemanes de la empresa South American Placers, tomados como rehenes al iniciarse las acciones de Teoponte, en julio de 1970. Enrique, que estaba preso en Achocalla (La Paz), -prisión a la que fue trasladado después de su detención en Cochabamba-, aquel 9 de septiembre fue despertado muy temprano por el inusitado trajín de vehículos que llegaban hasta el lugar; el trajín duró entre 7 y 11 de la mañana. Entonces abrieron la puerta de su celda y, luego de esposarlo y vendarlo, lo condujeron hacia otro recinto situado a unos quinientos metros, donde lo introdujeron en una habitación. Cuando le quitaron la venda, se encontró frente al cuerpo exánime de Inti; los agentes le ordenaron identificarlo, lo que le permitió acercarse y tocarlo. Al hacerlo, sintió que aún estaba tibio; era evidente que su

muerte se había producido hacía menos de una hora.
Esa misma tarde, en dependencias de la policía, que entonces se ubicaba en el piso inferior de la casa prefectural, fue exhibido su cadáver, en cuyo rostro quedaban los residuos de yeso de la mascarilla que le hicieron. Había una enfermiza manía de los gorilas para acumular las más extrañas evidencias de sus éxitos represivos.
Eran los últimos días de gobierno del presidente Luis Adolfo Siles Salinas; el 26 de ese mismo mes, sería despojado de su investidura por el golpe que encabezó el general Alfredo Ovando Candia.
El entonces senador Guillermo Tineo Leigue, el primo con quien nos habíamos criado como hermanos, el hermano que nos había dado nuestras primeras nociones de marxismo, reclamó los restos de Inti. Le hicieron la entrega, sólo después de haberse comprometido a enterrarlo en un lugar alejado. En un avión militar debió llevarlos hasta San Joaquín. Lo acompañaba nuestro hermano mayor Oscar, quien quiso estar presente, pese al trato humillante al que lo sometieron. Su cuerpo fue enterrado en una propiedad rural y se encuentra todavía allí, treinta años después de su muerte.
Mamá recibió la dolorosa noticia, cuando se encontraba en Italia.
En aquella entrevista con Inti, a principios de ese año, él la instó a viajar a Cuba, convenciéndola de que, allí, le ayudarían a encontrar a Chato, el hijo menor que no daba señales de vida desde más de un año antes. No po-

día decirle que estaba preparándose para incorporarse a la guerrilla, pero sabía que allí estaría con él.

Después de permanecer en Cuba hasta julio, mamá iba a volver a Chile. Por entonces, los viajes directos eran poco menos que imposibles; debía hacerse un gran desvío por Europa. En Italia, el consulado chileno se negó a otorgarle visa de ingreso. Hubo que hacer gestiones directas ante la Cancillería en Santiago, pero los trámites duraron hasta mediados de septiembre.

Se hallaba en la residencia del embajador cubano, cuando una mañana recibió de sus manos un telegrama. El comandante Fidel Castro le presentaba sus condolencias. En Cuba se izaron banderas a media asta y se declaró duelo nacional.

El legado que Inti y Coco dejaron, se confunde con el que recibimos del Che. Legado de valor y entereza, de consecuencia y honestidad. Entregaron de si, todo lo que podían ofrecer, incluso su vida. Esa conducta, era el producto de su crianza, de un carácter que fueron forjando desde esos tiempos de Trinidad, aquella polvorienta y querida ciudad que los vio crecer, aquellos inmensos ríos y la compacta selva en la que hicieron sus primeras armas de convicción y decisión. Era la consecuencia natural de sus años de sueños adolescentes, cuando se formaron queriendo construir un partido distinto, un partido para la revolución.

Unidos en la vida, estuvieron también unidos cuando la ofrendaron por un ideal de todos, por una utopía que

sigue teniendo plena validez, treinta años después: el socialismo.

Las luces se hicieron más continuas, cuando pasamos las últimas curvas de la carretera que conducía a Santa Cruz. Y aunque el pavimento era uniforme en aquel tramo tan cercano a la ciudad, sentía el leve golpeteo de las cajas que iban en la parte trasera del vehículo.

Con las luces, pareció también desaparecer el ambiente de ensoñación en el que habíamos recorrido aquel largo camino entre Vallegrande y Santa Cruz, entre la búsqueda y el encuentro, entre el momento y la historia.

Había aún varios kilómetros que recorrer. Quedaban muchas cosas por hacer. Teníamos el mañana por delante.

Ministerio de Trabajo,
Empleo y Previsión Social

"Las Naciones Unidas vienen de un modelo fallido, buscaba la paz, pero no hay paz: no ha resuelto las guerras, no ha resuelto el tema ambiental, menos la crisis financiera"

Evo Morales